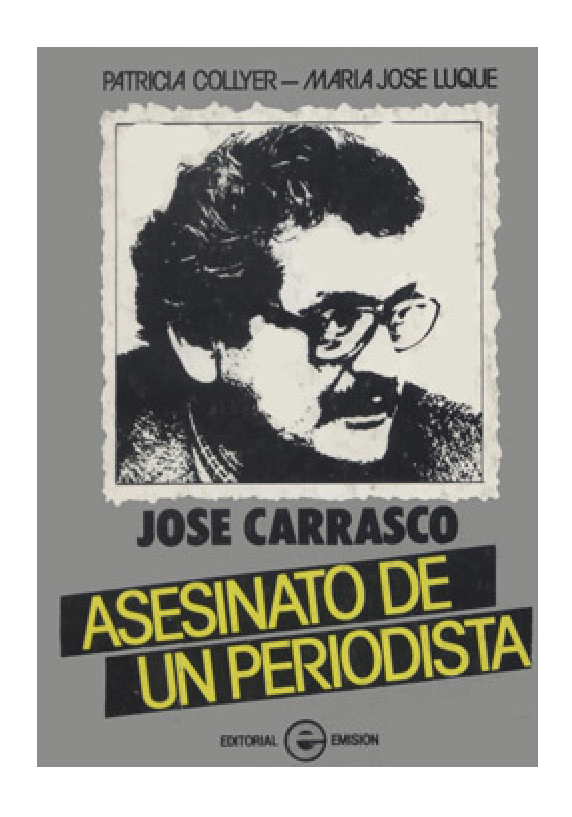
José Carrasco

Asesinato de un periodista"

Patricia Collyer - María José Luque

Editorial Emisión
Santiago, 1986



Indice

PATRICIA COLLYER - MARÍA JOSÉ LUQUE

JOSÉ CARRASCO
ASESINATO DE UN PERIODISTA

EDITORIAL EMISIÓN

Este libro no es sólo fruto del trabajo de quienes lo firman. Esencialmente, es el resultado del aporte hecho por una infinidad de personas que estuvieron cerca de nuestro colega José Carrasco en los distintos ámbitos y momentos de su vida. Muchas de ellas se acercaron en forma espontánea a ofrecer su testimonio. Otras, por razones entendibles bajo el régimen que impera en Chile, hicieron llegar sus relatos pidiendo la reserva de sus nombres.

A ellos y también a quienes fuera del país aportaron con entrevistas a colegas de Pepe y dirigentes de su Partido que viven en el exilio, damos nuestro sincero agradecimiento.

Patricia Collyer - María José Luque

Presentación

La historia que vamos a contar es la de un hombre excepcional. Pepe Carrasco fue nuestro gran amigo pero, sin duda, el más notable compañero. En "*Análisis*" tuvimos la suerte de trabajar con él y recibir a diario su calidez humana y talento profesional. A pocas horas de su alevoso asesinato, Pepe estaba trabajando para cerrar la edición de la Revista que esa misma mañana fuera robada de la imprenta en virtud de un nuevo Estado de Sitio.

Periodista hasta la médula, estaba ese domingo obsesionado por un cambio de portada y por la posibilidad de incluir aunque fueran algunas letras sobre el frustrado atentado a Pinochet. Para ese objeto nos telefoneó una y otra vez, al tiempo de gestionar la detención de la rotativa y redactar la crónica pertinente. A altas horas de la noche el teléfono volvió a sonar, pero esta vez era la voz de Silvia la que nos estremecía con la noticia de que Pepe había sido secuestrado, su casa asaltada y que ella temía lo peor.

Su ocupación en sus últimas horas de vida refleja lo que para Pepe significó su profesión. Recorriendo su trayectoria, observamos que nunca dejó de ser periodista y que, cualquiera fueran las múltiples actividades que emprendió, siempre estuvo vinculado a la redacción de un diario o revista, haciendo de su profesión la herramienta que utilizó talentosa y honestamente para difundir sus ideas y promover un orden justo. Nunca olvidaré su alegría cuando le pedí que retornara a Chile, porque en "*Análisis*" necesitábamos de su aporte, experiencia y forma de entrega. La idea de volver al país era entonces su gran anhelo y lucha personal, pero también su gran duda. Sin embargo, lo que lo decidió a dar el paso difícil y riesgoso fue la posibilidad de ser parte de nuestra Revista, de nuestro esfuerzo. Esto, que para nosotros constituye un honor, ahora además representa nuestro gran desconsuelo: ¡Cómo no haberlo protegido más! ¡Cómo no calcular que aquella noche era tan propicia para que los homicidas consumaran su propósito de matarlo!

Con la muerte de Pepe perdimos a un gran periodista, pero también a un gran político. Militante activo del MIR, era de aquellas especiales figuras que trabajan en función de los objetivos de la Patria, antes que los de su grupo de referencia o de las aspiraciones personales. Su trayectoria política es un testimonio constante de entrega generosa, en la que él no pidió más que la posibilidad de dar mucho más de lo que se exigía, de lo que parecía razonable. Pepe sufrió la cárcel, la tortura, el exilio y un retorno cargado de tensiones. En 1974, para escapar del tormento físico y sicológico, llegó una vez a abrirse las venas y con su sangre imprimir en los muros de la celda su grito de libertad y desahogo. Pues bien, el intento de suicidio, la confusión de sus vigías y la llegada a un pabellón de urgencia le salvaron aquella vez la vida.

Lo vimos estos últimos años trabajando incesantemente por la formación de la Intransigencia Democrática, siempre con su madurez, tolerancia y gran visión política. Cuando se trataba de conciliar a tantas visiones e intereses distintos, Pepe mostraba un talento, humildad y perseverancia que fueron indispensables en el logro de los acuerdos. Con su actitud sirvió como nadie a la imagen de su partido y de la Izquierda, por lo que en poco tiempo empezó a proyectarse como un líder, especialmente entre los estudiantes y pobladores de Santiago hacia quienes dirigió parte importante de su actividad.

Quizás si el rasgo más característico de la personalidad de Pepe es su ausencia de dogmatismo. Su punzante

inteligencia, sumada a su condición de periodista, lo hicieron realista en el diagnóstico y hábil en la propuesta. Por lo mismo, su visión del socialismo y de la revolución era instruida, convincente, alegre e incorruptible.

Como hombre íntegro, sus ideales palpitaron en su vida social y familiar. El mejor vehículo de sus convicciones fueron su espíritu amistoso, su extraordinaria sencillez y ausencia absoluta de vanidad.

José Carrasco fue un revolucionario hasta en el más exigente sentido de la palabra. Es decir, por su perfecta identidad entre su pensamiento y forma de vida; por la exacta congruencia entre su actitud pública y la conducta privada. Su hogar, su forma de divertirse, su manera de ser padre, esposo, hijo y amigo nos advierten de su riqueza espiritual, de su condición de hombre sabio y transparente. Nada más y nada menos.

Con su retorno a Chile, la estrechez de sus recursos económicos y acaso todo el tiempo que estuvo en prisión o escondido cultivó una afición especial por las actividades al aire libre. Gozaba como un niño cuando salía a encumbrar volantines. Se empapaba de una alegría especial con el sol, el carbón encendido y todo lo que de ello se deriva cuando en estas condiciones solemos juntarnos. Cachibachero, se enfrentaba a las cosas simples como si fueran un tesoro: un montón de afiches que le regalaron en Francia los hizo sus últimas piezas de colección que, por supuesto, después regalaba o perdía. Nunca vamos a olvidar lo feliz que fue cuando

en la última FISA acumuló algunos "trofeos" de propaganda al precio de simular interés por cuanta maquinaria allí se exponía. Siempre nos impactó su entusiasmo y dedicación para afrontar cualquier compromiso. Recuerdo especial para nosotros fue su empeño en organizar la Feria del Juguete, iniciativa navideña que le permitió a "*Análisis*" reunir generosos recursos para sostenernos bajo la anterior clausura y Estado de Sitio.

Su modesto departamento fue paradero cierto de la amistad y la fraternidad, a la vez que un bello espacio para su intimidad con Silvia y sus tres hijos: toda una familia reconstruida después de los más increíbles embates de la Dictadura y la represión.

Para Pepe su hogar era algo muy importante. De allí que, desobedeciendo muchos consejos, prefiriera volverse de Buenos Aires, a donde fue por un trabajo de la Revista y en prevención de que pudieran hacerse efectivas las cobardes amenazas. De allí, también, que en esa tensa noche de domingo prefiriera mantenerse al lado de su compañera que por esos días estaba enferma.

El ya no habría vuelto al exilio. Le costó mucho reencontrarse con la Patria como para volver a perderla y arrastrar de nuevo a su familia al desarraigo. Es quizás por eso que pocos días antes de su muerte volvió tan contento a Pudahuel y se abrazó tan estrechamente a su familia y a sus amigos. Entre ellos a nosotros, los de "*Análisis*", a quienes nos entregó sus últimos desvelos de

hombre cabal, brillante periodista y combatiente sin descanso.

Amigo que ahora no lo tenemos, pero que en el dolor nos queda el ejemplo de su abnegada vida, su heroica muerte y su huella imborrable en el camino de la liberación de nuestro Chile.

Juan Pablo Cárdenas.

"José Carrasco, el asesinato de un periodista"
Patricia Collyer C. María José Luque G.
Inscripción: 66.179
Portada: Rodrigo Squella
Producción: Paulina Mora Drago
Edita y distribuye: EMISIÓN Ltda.

"Pepe te buscan"

-Pepe, están golpeando...

-¿Qué hora es?

- Diez para las cinco...

Aún faltaban diez minutos para que se levantara el toque de queda y en todo el país regía el Estado de Sitio. Las autoridades del Gobierno Militar lo habían decretado horas antes, luego que el General Augusto Pinochet sufriera el más serio atentado contra su vida desde el Golpe de Estado de 1973. Había salvado ileso pero cinco

de sus guardias de seguridad habían muerto en la emboscada y otros once habían quedado heridos.

Silvia Vera despertó con los golpes en la puerta de su hogar, un departamento en un segundo piso en el Barrio Bellavista. Tocaban en forma más bien educada. Decidió despertar a "Pepe", su compañero durante los últimos diez años. Le costó que despertara, lo que no era raro. El solía contar que su propensión al sueño era tal que incluso se quedaba dormido entre tortura y tortura durante su paso por diversos centros de detención clandestinos en los años 74 y 75.

Los golpes, suaves aún, se repitieron. Silvia pensó que debía ser algún vecino con problemas y partió a ver. Pero apenas salió de la pieza empezó a comprender. Iba por el angosto pasillo al que también desembocaban las piezas de los niños -Iván de 16 años, Luciano de 14 y Alfredo de 12- cuando golpearon en forma violenta y reiterada. Al llegar a la cocina, al lado de la puerta de calle, le pareció sentir la bocanada ya conocida de la tragedia. A borbotones pensó que la noche anterior, ni ella ni Pepe ni los niños habían puesto -como siempre para las jornadas "inciertas"- las plantas grandes frente a las ventanas o las sillas reforzando la puerta. Pero tan rápido como lo pensó, comprendió la ineficacia de esa "trabas para asesinos", como las había bautizado. Aun así, en medio de esa inevitable cuenta regresiva, quiso creer que sus planes de electrificar ventanas y puertas no sonarían tan locos en ese minuto. "¡Y podríamos detenerlos, que no pasaran, que no pasaran!".

- ¡Policía! ¡José Carrasco! ¡Abra la puerta!

Silvia no alcanzó a abrir la ventanita de la cocina, que permitía mirar hacia afuera, cuando el grito del hombre disipó sin atenuantes todas las dudas. Al asomarse, recibió el mismo grito en plena cara. Decidió parar el dramático conteo. Cerró la ventana y señaló: "Un momento, él está durmiendo. Lo voy a despertar. Un momento".

Al regresar al dormitorio pronunció esa frase que -desde su vuelta a Chile, dos años y medio antes- sabía que de una u otra forma tendría que decir en algún momento.

- Pepe, te buscan.

Pepe estaba con el teléfono en la mano y hablaba en voz baja con Hernán Cardemil, un amigo de la revista "Cauce" que vivía dos pisos más arriba. "Hernán me vienen a buscar, trata de hacer algo, trata de avisar a alguien". Silvia vio que simultáneamente Pepe dejaba en el velador un papel. Lo había escrito recién y se lo mostró a Silvia. Ella alcanzó a leer "cuiden a Rafa... Nos vemos luego" y lo guardó rápidamente. Comprendió que Pepe aludía al sacerdote Rafael Maroto.

Los golpes seguían. Habían pasado muy pocos minutos. Pepe, que sólo se había alcanzado a poner una camiseta y los pantalones, caminó hacia la puerta. "Ya hombre, un momento. Ya abro". Su frase tuvo una respuesta brutal: "¡Abre al tiro o te echamos la puerta abajo!". Al volver a la

pieza sintió el ruido sordo de un puntapié y de la madera rota. Dos hombres entraron corriendo por el pasillo.

Los supuestos policías no chocaron con ningún objeto. Se desplazaron en la oscuridad como felinos hasta llegar al dormitorio de Silvia y Pepe. Allí irrumpieron exigiendo que Carrasco los acompañara. Pepe pidió que lo dejaran ponerse los zapatos, pero el hombre más alto, quien aferraba con su mano izquierda una pistola, le replicó con sarcasmo: "No los *vai* a necesitar". Seguido por un individuo más bajo que llevaba jockey, sacó a empellones a Pepe del dormitorio. Silvia no pudo hacer nada. Ni siquiera decir lo que su cuerpo, paralogizado de terror, estaba gritando por dentro: "¡Por favor Pepe! ¡Te amo! ¡No estás solo!". Su certeza de que esos hombres no eran ni policías, ni detectives, ni carceleros, sino un comando asesino, la petrificó.

Cuando Pepe era empujado por el pasillo, despertó su hijo Iván. Al salir corriendo de su pieza, vio a los secuestradores. Preguntó "¿ adonde lo llevan?" y recibió un burlón "a Investigaciones, llamen a Investigaciones".

El trayecto que obligaron a recorrer a Pepe desde su hogar hasta la calle lo presenció Hernán Cardemil. Luego de recibir el llamado telefónico, éste había decidido bajar a ver qué ocurría. Sin embargo, al llegar al tercer piso había visto a los dos hombres preparándose para derribar la puerta. Sus aspectos le habían hecho tener la misma certeza que Silvia y no había podido seguir bajando. Con impotencia y la boca amarga y seca por el

miedo, sólo pudo mirar cómo sacaron a Pepe y se lo llevaron descalzo y semidesnudo. En medio del forcejeo también lo escuchó decir que era periodista, a lo que sus captores le replicaron con sorna "si sabemos quien *erís*". Pepe insistió, "soy periodista y esto les va a costar caro", pero no obtuvo más respuesta que un nuevo empujón. Lo último que Cardemil vio fue que a Pepe le torcían un brazo y lo arrastraban hasta perderse en la oscuridad.

A media cuadra esperaba un furgón utilitario. Allí lo metieron. En el vehículo se encontró con una figura familiar. Con un gorro que casi le cubría toda la cara iba Claudio Canales, el nochero del edificio, quien había sido maniatado y subido pocos minutos antes. Quedaron sentados uno al lado del otro. Cuando el furgón se puso en marcha, se escuchó partir a otro automóvil en medio de un chirrido de ruedas.

Pepe respiraba agitadamente. El nochero lo vio así, las seis cuadras que recorrieron juntos. En calle Loreto, Canales fue lanzado a la calle con el vehículo en marcha. A pocos metros estaba la estación de Chilectra, ubicada en Dominica. Los automóviles doblaron a la izquierda y enfilaron por Avenida Perú hacia el norte. Era la misma ruta que Pepe había hecho tantas veces para ir a la casa de sus padres en la comuna de Conchalí.

Pero no iban hacia allá. La madrugada parecía un corazón que golpeaba fuerte en el pecho y aquel momento, tantas veces anunciado, se tomaba inminente. Pocos días antes Pepe le había confidenciado a un amigo: "Cada vez que

doy el contacto del auto pienso que puede ser el último minuto". Metido en el desamparo de esa última madrugada, tal vez recordó el difícil tramo recorrido desde que supo de los mensajes con las amenazas de muerte.

Un conocido "Modus Operandi"

Los mensajes le habían llegado 20 días antes a través de unos extraños panfletos. Algunos se encontraron botados en la calle. Otros llegaron por correo, después que apareció una entrevista clandestina de la dirección del MIR en Chile. Alguien también los mostró a los periodistas en los Tribunales de Justicia. Por el contenido de las amenazas Pepe sintió que el aviso era inequívocamente claro. La certeza se la dio el que se usara una técnica sofisticada pero ya conocida durante la Dictadura: justificar o anticipar el exterminio de opositores a través de la invención de supuestas pugnas partidarias. Acusando a militantes de "traidores", se justificaba la posterior "purga".

Pepe conocía el uso de este "modus operandi" porque había vivido muy de cerca el caso de 119 personas detenidas y desaparecidas en 1974. La respuesta que dio el Régimen respecto del destino de ese grupo surgió en 1975. Se dijo que todos habían muerto producto de "pugnas internas dentro del MIR". Incluso un diario tituló por entonces: "Como ratas se exterminan miristas en Argentina".

La falsedad de esa historia oficial era clara para Pepe. Había estado preso con muchos de esos 119 detenidos antes que los hicieran desaparecer. Por ello se daba cuenta del peligro que corría: la historia que se estaba montando justificaría luego su asesinato. El asunto se había puesto en marcha a través de los panfletos. Estos aparentaban ser una declaración del MIR, de la cual se conocieron varias versiones. Una de ellas decía que José Carrasco, Gladys Díaz y Nelson Gutiérrez -todos militantes de ese partido por más de dos décadas- eran "traidores a la línea histórica" del MIR debido a lo cual sufrirían "la justicia del pueblo". Otra versión señalaba que "sin vacilar hay que aniquilar a los oportunistas" y que éstos -entre los que nombraba a "los José Carrasco, los Marotto y compañía"- y los "traidores" tendrían "el mismo castigo" en "esta guerra a muerte". Algunos panfletos fueron firmados por una supuesta "Comisión Política" pero, como señaló entonces Pepe, esa estructura había dejado de existir como entidad directiva hacía casi un año.

El sabía esto último porque era miembro del Comité Central del MIR desde hacía 12 años. Y aunque quienes planificaron su asesinato no lo hubiesen sabido, ciertamente sí sabían que él era un periodista con un activo compromiso político con ese partido. Que su militancia allí databa de 20 años. Que había luchado contra la Dictadura desde el mismo Golpe de 1973, abandonando obligadamente el periodismo y viviendo en la clandestinidad. Que era uno de los dirigentes caídos en esa época que sobrevivió a la tortura y el virtual

exterminio que se intentó hacer del MIR. Que en el exilio usó todas las tribunas periodísticas y políticas que tuvo a su alcance para denunciar al régimen del general Pinochet. Que había decidido volver a Chile aun sabiendo que al hacerlo su vida corría peligro. Que lo había hecho en forma pública y legal, lo cual lo hacía más peligroso para el Régimen por la profesión que tenía.

Que había entrado a revista "*Análisis*", uno de los medios opositores que el Gobierno más detesta. Que su reinserción en el gremio había sido tal que en menos de un año había sido elegido dirigente del Colegio de Periodistas. Que en esa labor era tan activo como en la lucha política que ejercía como consejero del Movimiento Democrático Popular. Que en este último campo era un hombre unitario y facilitador de consensos y que, por ello, a poco andar, había logrado que su partido tuviera una relación fluida con diversas fuerzas políticas, incluso con la derecha opositora.

La forma usada para amenazarlo fue quizás lo que llevó a Pepe a entender y aceptar que tenía que salir del país. Aunque no quería hacerlo: era renuente a volver a un exilio que había soportado por largos ocho años.

Quizás ello fue la razón principal que lo hizo estar de vuelta en 15 días. Antes de lo previsto y cuando el peligro estaba plenamente vigente. Más aún, cuando las cosas eran mucho más difíciles. Su regreso el 5 de septiembre siguió a una Jornada de Protesta que fue duramente reprimida y antecedió a un 11 de septiembre que se

preveía más peligroso que de costumbre. Tras el hallazgo de arsenales clandestinos, la represión se había hecho implacable.

Pero Pepe decidió volver. El mismo Pepe que, cada vez que había sido tangible la posibilidad de la represión, había salido de su casa junto a su mujer e hijos. El mismo que había promovido este éxodo familiar por más de 15 días en casa de unos amigos cuando, en 1984, los servicios de seguridad informaron que él era uno de los autores del "accionar subversivo" para ese año. El mismo que dormía afuera para protestas y jornadas imprevisibles.

Ese mismo Pepe volvía a Chile el viernes 5 de septiembre, contraviviendo los consejos y hasta los ruegos de muchos. Y se quedaba en su hogar la noche del atentado a Pinochet en un país con Estado de Sitio y en el cual se daban órdenes sin miramientos. La contradicción era sólo aparente. La actitud de Pepe y su compañera después de conocer las amenazas explicaban tal vez por qué hizo lo que hizo.

No más vida a medias

El 18 de agosto habían sabido de los panfletos. Con esa sensación de la muerte y el miedo ya pegado a la piel, Pepe y Silvia hablaron largamente. Recordaron todo lo que habían vivido juntos. Todas las zozobras y todos los momentos de plenitud. Lloraron y rieron y se sintieron infinitamente unidos cuando Silvia le dijo: "Tú sabes que a veces te he dicho que prefiriría verte muerto antes de

saber que me dejas. Pero no es verdad: hoy te digo que por favor te vayas, que lo hagas en el primer avión, porque lo único que no quiero en mi vida es verte con una bala en la cabeza". Pepe la había estrechado con amor al responderle: "ahora siento que verdaderamente me amas porque tu amor es generoso". Al llegar el momento de decidir dónde se irían a dormir ellos y dónde dejarían a los niños, se había producido el cambio. Mirándose y casi al unísono se habían preguntado "¿Tú quieres irte a otro lado?", "No, de verdad no, ¿y tú?", "Tampoco", "¿Te atreves a quedarte en la casa?" "Sí, es lo quiero hacer", "Entonces quedémonos allí, es nuestro hogar y es donde podemos estar todos juntos; donde tenemos nuestra vida real y somos nosotros", "¿Y si llegan a venir hoy?", "que vengan, que hagan lo que quieran...".

Es probable que hubieran llegado al límite del cansancio. Ese cansancio de vivir constantemente a sobresaltos. ¡No se irían a dormir afuera! Amaban la vida, pero plena. No retazos de paz en medio de la incertidumbre.

La decisión no implicaba, sin embargo, transformar su destino en una "ruleta rusa". Pepe decidió partir a Buenos Aires 24 horas después. Antes denunció en la prensa su situación y habló a sus hijos: "He sido amenazado de muerte pero me voy sólo porque estoy seguro que para ninguno de ustedes hay peligro. Si viera que lo hay, aunque ínfimo, no me iría, o los llevaría conmigo.

Quiero que sean buenos con su madre, que la obedezcan y que estén muy unidos. Yo voy a estar pensando en ustedes y si esto se alarga, voy a ver cómo estar pronto juntos. Mientras tanto, estudien y quiéranse mucho". Alfredo, Luciano e Iván escucharon muy serios. De pronto soltaron algunas risas nerviosas. Alfredito rompió en llanto y se le echó al cuello. Su verdadero padre había desaparecido hacía doce años y un año antes, cuando habían degollado a tres profesionales comunistas, le había implorado a su madre: "¡Por favor mamá, vamonos de este país! Aquí tengo muchos amigos pero prefiero no tener ninguno y que no maten a mi papá".

Desde Buenos Aires, donde arribó el 20 de agosto, Pepe escribió la que sería su última carta a Silvia:

> *"Aunque más lejos del miedo, la tensión se mantiene... La verdad es que para mí estos días han sido muy largos. No por falta de gente que ver o temas que conversar, sino por no estar con ustedes. Su ausencia, mi Silvia querida, alarga las horas que van desde la mañana a la noche. A veces me hago la idea que voy en el metro y que llego a la casa en cualquier momento y que conversamos y que nos besamos y que vivimos en la alegría y la felicidad sin fecha límite. O incluso entre la incertidumbre cotidiana.que enfrentamos juntos todos los días, pero que por estar juntos se convierte en certeza de vida, de futuro, de triunfo... Todos me preguntan por usted, por lo difícil que debe ser quedar en la situación que se vive en el paisito. A todos les digo que es así; pero que lo mucho*

que nos queremos de algo ayuda. Así se van desgranando los días... No es posible cambiar de rumbo, entre otras cosas porque sería como traicionarnos a nosotros mismos y asumir una vida que no sería nuestra vida... ¿Cómo están los niños? Les estoy enviando unos chocolates para que los distribuya... Estoy seguro que ha conversado con mis padres.

Dígales que les mando muchos besos y abrazos y que pronto nos veremos. Que estén tranquilos y que los quiero mucho... Mi amor querido, creo que en estas líneas va un adelanto de lo mucho que conversaremos después. En todo caso, ellas llevan todo mi amor que es mucho, mucho, mucho".

Además de la saturación del exilio, "que lo agotaba con su dinámica sobreideologizada, mientras él estaba en la dinámica del quehacer concreto", como explicaría después un compañero de partido, hubo otras cosas que también incidieron en su decisión de volver. Como la grave afección a la columna que se le diagnosticó a Silvia y que requería operación o tratamiento inmediato. O el que a la revista "*Análisis*" se le revocara la segunda clausura impuesta en menos de un mes. Pepe seguía el juicio desde Buenos Aires y sabía que el fallo, que se dictó el 5 de septiembre, significaría hacer la revista en 48 horas. No quería seguir ausente a la hora de los problemas. Tampoco quería estarlo para asumir sus responsabilidades políticas, que en septiembre él sabía que eran muchas.

"¡Mataron a Pinochet!"

Apenas regresó de Argentina, Pepe se sumó a la misión de sacar "*Análisis*". Trabajó hasta el domingo 7, cuando la Revista finalmente pudo enviarse a imprenta. Ese día se quedó en su hogar junto a su familia. Para "desintoxicarse" de la agotadora jornada anterior, había decidido no escuchar radio ni ver televisión. Cerca de las ocho de la noche, la noticia que trajeron gritando por la escala sus hijos lo obligó a cambiar de opinión.

-¡Mamá, papá, mataron a Pinochet!

Al escuchar los flash noticiosos que emitían a cada minuto los medios informativos, Pepe no tardó en darse cuenta que lo que los niños habían entendido no eran exactamente los hechos reales. Pinochet había sufrido una emboscada en el camino del Cajón del Maipo. Aunque aún no hacía declaraciones a la prensa, se aseguraba que había salvado con vida. Sobre su paradero, la información era vaga.

Tras enterarse de la insólita noticia, Pepe vio que era hora de ir a buscar a su hijo mayor, Iván, que estaba en casa de sus abuelos. Silvia le aconsejó que no fuera solo. Luciano y Alfredo lo acompañaron. Mientras se dirigía a casa de sus padres, haciendo casi el mismo trayecto que haría por última vez horas después, sólo tuvo una preocupación central: lo ocurrido ameritaba un cambio de portada de la Revista. Pensó una y otra vez que el número, que estaba por salir quedaría absolutamente "añejo". Que había que hacer el cambio y agregar una

crónica sobre el atentado. Decidió que cuando volviera, llamaría a Juan Pablo Cárdenas, el director de "Análisis".

En esas divagaciones estaba cuando llegó a casa de sus padres. Allí nadie sabía del atentado. Pepe les llamó la atención bromeando, "¿y ustedes tan tranquilos? ¿Que no saben lo que pasó?".

La noticia significó para su familia sentir otra vez el miedo lacerante que la invadía cuando sabían a Pepe en peligro. Su madre le pidió que se cuidara y que llamara cuando llegara a su hogar. Esto último no era necesario decirlo porque Pepe lo hacía cada noche desde su vuelta a Chile.

Ya de regreso, estaba preparando comida en la cocina cuando escuchó que le golpeaban la ventana. Era Hernán Cardemil. Se veía preocupado: "Oye Pepe, ¿te piensas quedar aquí? ¿Por qué no te vas a dormir a otro lado mejor?". Pepe le respondió con un gesto típico en él: alzando los hombros, se balanceó con duda y contestó: "no, acuérdate que la Silvia está con reposo absoluto por lo de la columna, mañana veo qué hago...". Luego le pidió a Cardemil el número de teléfono que nunca había anotado.

Tal como lo había decidido, después llamó a Cárdenas.

-Juan Pablo, ¡hay que parar esa portada! ¡No podemos salir tan "fuera de cacho"! ¡Nos van a "golpear"! Hay que cambiar la portada.

Como la decisión no era fácil porque la revista ya estaba en prensa, la gestión de Pepe demoró en ser exitosa. Estuvo cerca de una hora y media "negociando" y hasta se ofreció para ir a la imprenta, rehacer la crónica de reemplazo. En fin, sólo cerca de las doce de la noche logró un triunfo parcial: la imprenta recibió orden de parar las máquinas. Se había decidido que era preferible que "Análisis" saliera con retraso pero actualizada.

Satisfecho, Pepe se acostó y leyó un buen rato. Antes de apagar la luz, dejó la anotación con el teléfono de Cardemil en el velador. Era muy tarde y Silvia dormía profundamente. La gran cantidad de calmantes y remedios que había tenido que tomar para el dolor a la columna la tenían prácticamente dopada.

Pero a pesar de su estado, cuando diez para las cinco de la mañana golpearon la puerta, operó en ella ese histórico sentido de alerta. Los golpes podían ser una nueva amenaza para Pepe. Fue a ver quién golpeaba. En pleno toque de queda y bajo Estado de Sitio.

Catorce balas en el cuerpo

La madrugada seguía desierta aunque ya debían ser más de las cinco. En la brutal detención a Pepe también le habían impedido tomar su reloj y anteojos. El furgón en que viajaba continuaba con rumbo desconocido. Al pasar frente a lugares con luces y personal uniformado no se le había impedido el paso.

Poco más allá de uno de estos recintos, se había detenido finalmente. Los hombres que habían sacado a Pepe desde su hogar 15 minutos antes abrieron las puertas del vehículo y lo lanzaron fuera. El lugar se veía despoblado y en esa vereda sólo se divisaba una larga muralla color ladrillo, elegante.

El Comando había llevado a Pepe a los extramuros del Cementerio Parque del Recuerdo, en la Comuna de Conchalí. El mismo barrio donde estaba la casa de sus padres y la de su único hermano Raúl.

El hombre alto, que lo había sacado a empellones de su dormitorio, lo empujó nuevamente. Esta vez hacia el murallón. A espaldas de Pepe había cerca de 7 personas, incluidos los tres hombres del furgón. No podía verlos porque lo obligaban a mirar hacia adelante, hacia la muralla, detrás de la cual sólo se veían árboles muy altos. En pocos segundos se escuchó la fatídica orden de mando.

-¡Tápate la cabeza con la camiseta!

Lo intuido, por la forma en que los captores habían operado -el tipo de "asalto al local" como habría pensado Pepe en su jerga militante- se confirmó en ese momento. Los asesinos estaban a punto de matarlo y no eran capaces de mirarlo de frente. Tampoco de apuntar al blanco sin despersonificarlo. Ni de verlo de pie. La segunda orden fue, por tanto, un "¡híncate!", que se cumplió por medio del golpe violento que el hombre alto propinó a Pepe. Al tener las manos inmovilizadas por la

camiseta que cubría su cabeza, Pepe no había podido evitar caer de rodillas al suelo. El hombre de la pistola se instaló a sus espaldas. Faltaban pocos segundos para las 5.20 de la mañana.

A diez cuadras, de allí su hermano Raúl era absolutamente ajeno a la tragedia que se avecinaba. Aunque ese día no tenía que trabajar, pues tenía permiso para acompañar a su madre al médico, se despertó a la misma hora de siempre. El sonido de unos disparos lo sacó del sueño. No pensó nada. Se levantó, fue al baño a tomar agua y volvió a acostarse. Eran las 5.20 de la mañana.

El hombre alto empuñó su pistola automática y apuntó a la cabeza de Pepe. En décimas de segundo acribilló el silencio de la madrugada. Del cargador de su arma salieron 14 tiros. Trece de ellos impactaron a Pepe en el cráneo y salieron por el rostro.

Nacido y criado en Conchalí

En la clínica Carolina Freire, en la calle Maturana, nació el 24 de agosto de 1943 el primogénito de Humberto Carrasco y Graciela Tapia. Su madre pasó un gran susto cuando la enfermera al revisar los pies del niño anunció que éste sería lisiado. La impertinencia de la enfermera era sólo un error producto de la ignorancia. José Humberto -José por el abuelo paterno y Humberto por el padre- había nacido con los pies planos. Todos los intentos posteriores de sus padres por corregir el defecto fueron inútiles. Sus primeros signos de rebeldía

consistían en esperar dar la vuelta a la esquina para sacarse las plantillas y esconderlas en el bolsón. El defecto se incorporaría para siempre a la fisonomía de este hombre alto y desgarbado que caminaba con los pies abiertos como los punteros del reloj que marcan diez para las dos.

En la calle Víctor Cuicuini, entre Recoleta y El Salto en la comuna de Conchalí, Humberto Carrasco se instaló con su familia. Después de Pepe llegaron Carmen, Nancy, que murió a los pocos meses de nacer, Adriana y Raúl. En un viejo caserón compartían la vida familiar y el trabajo. En un ala de la casa funcionaba el almacén donde todos colaboraban. Don Humberto había conseguido por fin instalar su propio negocio. Conocía el esfuerzo desde la infancia. Su madre había fallecido siendo él muy niño y el mayor de tres hermanos. En cuarta preparatoria tuvo que cambiar la sala de clases y los recreos por el lustrín de zapatos. Vendió cualquier cosa en el Puente Mapocho y acompañó a su padre en su oficio de pintor de brocha gorda. También había sido obrero asalariado en la Fábrica de Paños El Salto. Allí se unió a las luchas sindicales durante una huelga y conoció la cárcel por varios días, tras ser detenido por pelear contra los rompehuelgas.

Doña Chela criaba con esperanza a sus hijos y acompañaba a su marido entre mamaderas y embarazos. Ella también venía de una familia numerosa. Ocho hermanos nacidos y criados en las salitreras del norte.

Con un poco más de suerte que su marido, llegó hasta sexta preparatoria.

En marzo de 1948 Pepe vistió por primera vez el uniforme escolar. Su primer colegio, católico y muy estricto, llevaba el nombre de uno de los próceres de la independencia y fundadores de la prensa libre en Chile: "Instituto Camilo Henríquez". Junto a los primeros palotes, lecturas, sumas y restas Pepe aprendía las poesías revolucionarias que su madre le enseñaba y que después recitaba en el vecindario. Escuchaba también atento y por largas horas los cuentos de la infancia de su madre en la pampa nortina.

"En el norte hacía mucho calor. Entonces nosotras, las niñas, nos íbamos a donde una comadre de mi mamá que hacía helados. Le ayudábamos a darle vuelta la cuestión y ella nos daba una porción y nos íbamos felices para la pampa. El compadre era lo que se llama un luchador. De repente, de un día para otro, la señora le llegó contando a mi mamá que les habían anunciado carreta a la puerta. Esto quería decir que al día siguiente, tempranito les ponían una carreta en la puerta... de la casa y ahí echaban su cama, porque nada más podían llevarse, y los iban a botar a la estación y punto. De esa gente nunca más se sabía. La comadre decía 'voy a escribir', pero nunca llegó una carta y si llegaba no la iban a entregar. Familias enteras desaparecían así... La vida era bien terrible. No había lo más indispensable como un water por ejemplo, entonces nosotras partíamos golpeando una puerta con otra y avisando 'vamos a la pampa', y en la noche las

familias enteras tiraban para los descampados a hacer sus necesidades antes de acostarse. En esos tiempos recién se empezaba a pelear por cosas, como el comercio libre, porque sólo habían unas pulperías que eran de los gringos y donde todos estaban obligados a comprar porque pagaban en fichas que sólo ahí se podían canjear. Uno de mis hermanos mayores se encargó una vez de avisar de boca en boca para salir a reunirse a la pampa, en las afueras. Ahí se acordaban las huelgas y pobre del que la rompiera porque las mujeres lo agarraban, lo vestían de mujer y lo paseaban por todo el campamento... Si uno se llegaba a poner mal con el famoso sereno que había, era seguro que iba a la Administración a acusarlo de cualquier cosa. Comunista, lo primero, y al otro día tenía la famosa carreta a la puerta. Eran medio asalvajados los gringos, realmente...".

A los diez años Pepe conoció por primera vez la muerte muy de cerca. Un domingo asoleado la familia entera partió en su viejo cacharrito a pasear a Peñaflor. El regreso del paseo fue trágico. El auto se volcó y la mayor de sus hermanas, Carmencita, de ocho años, murió.

Volcó sus energías de adolescente al basquetbol, que constituyó su pasión por años. A pesar de sus pies planos corría, boteaba y lanzaba con mucha destreza. Pero no le bastaba sólo con jugar. Su espíritu organizador lo llevó a fundar en el barrio el Club Deportivo "Unión Robles" donde, desde luego, tuvo un cargo directivo. Desde allí consiguió que la Municipalidad les pavimentara una cancha e hizo un curso de entrenador donde aprendió

técnicas que introdujo al equipo. Desde entonces el club tuvo un destacado papel en los campeonatos entre las ligas de la comuna de Conchalí. El hijo mayor del almacenero más próspero del barrio era un joven popular.

La llegada de la adolescencia introdujo en su vida otro motivo de preocupación: las mujeres. Quedaban atrás los tiempos en que se quejaba a su madre porque las jóvenes se hacían esperar tanto, arreglándose, cuando las pasaba a buscar en bicicleta y lo obligaban a llegar atrasado a los partidos. Se iniciaba la etapa de las pololas. Raúl, su hermano chico, le servía de correo para llevar sus primeras cartas de amor. Con él se jactaba de su agitada vida sentimental.

Su personalidad inquieta y busquilla era cada vez más marcada. Había heredado de su padre el espíritu comerciante y se las arreglaba para hacer todo tipo de negocios y juntar un poco de dinero. Durante una Navidad instaló un puesto de juguetes en la Diagonal Cervantes, cerca de la Plaza de Armas. En otra oportunidad hizo una compra y venta de barras de hielo. Las traía de la Vega Central y las vendía de a cuartos y medias barras en el barrio, donde escaseaban los frigideres. Un poco mayor utilizaba el viejo cacharro del padre y entusiasmaba a su hermano y amigos para ir a vender bebidas en las canchas de fútbol. A cada uno le repartía una canasta con botellas para multiplicar el negocio.

Con la política tenía en esos años sólo una relación familiar. El padre había pertenecido a las milicias del Partido Socialista, en los tiempos en que se reunían en el cerro Manquehue a probar las "molotov". Era la época de los enfrentamientos con los "fascistas" en las calles, cuando salía a vender el diario "La Consigna". La madre había integrado un grupo artístico que funcionaba en un local del Partido y que llevaba obras de teatro a los sindicatos y al campo. También participaba en las veladas culturales que se hacían los sábados del año 40 en un local de la calle Recoleta. Allí había conocido a su marido. La crianza de los hijos y el trabajo los alejaron más tarde de las actividades partidarias, pero nunca abandonaron sus ideas.

Don Humberto y doña Chela trabajaban duramente para que los hijos pudieran realizar el sueño que ellos nunca alcanzaron: entrar a la Universidad y convertirse en profesionales. El ingreso de Pepe al Instituto Nacional, el antiguo y prestigiado colegio fiscal y laico, hizo crecer sus esperanzas. Pepe concluyó allí sus estudios secundarios. El Instituto era un colegio conservador, en que la derecha y los radicales se disputaban el Centro de Alumnos. Sin embargo también tenían acceso los hijos de la emergente clase media, ya que la educación era un derecho asegurado por el Estado.

La personalidad popular de Pepe también lo acompañó al Instituto. Allí organizaba todos los años los campeonatos de basquetbol. Era amigo de medio mundo y muy amigo de sus amigos. Siempre se le veía rodeado de gente y

organizando cualquier cosa: una fiesta, un partido, un paseo. Todos comenzaban a sentirse más hombres. De vez en cuando hacían la cimarra para ir a caminar por la Alameda abajo, tomarse unas cervezas y hablar de la vida, el deporte y las mujeres. Cerca del colegio estaba ubicada la sede de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, FECH, donde se hacían las grandes reuniones políticas de los universitarios. A ella, se incorporaban a veces los estudiantes secundarios. Más de alguna vez Pepe se paró en las gradas destinadas a los oradores.

Y llegó la década de los 60. Pepe tenía entonces 17 años. Su vida transcurría entre el deporte, el colegio, el barrio, las pololas y su familia. Con la única hermana mujer que conservaba, Adriana, se había tomado en serio su rol de hermano mayor. A pesar de sus seis años de diferencia eran también amigos. Ese verano, estando de vacaciones, en el barrio surgió la idea de un paseo al Cajón del Maipo. Los hermanos partieron juntos como en tantas otras ocasiones. La niña se fue al río con otros amigos. Se tomaban fotos distraídamente. De pronto un torrente de agua la arrastró. En la central se habían abierto las compuertas y el caudal había crecido. Su cuerpo apareció sólo cuatro días después. Debieron ser los cuatro más largos y angustiosos días que hasta entonces había vivido Pepe. Estaba desesperado. Sus amigos habían tenido que sujetarlo para que no se lanzara al río intentando rescatarla. No era la primera, ni sería la última vez que la muerte le arrebataría a un ser tan amado.

A fines de ese año Pepe concluyó sus estudios secundarios y dio el bachillerato para ingresar a la Universidad. Quería estudiar Periodismo, profesión con la cual había tenido un fugaz encuentro hacía algún tiempo cuando había trabajado como mensajero en la agencia UPI. El puntaje no le alcanzó y entonces ingresó a estudiar Castellano al Pedagógico de la Universidad de Chile. Pero Pepe era obstinado. Habló con el director de la Escuela de Periodismo, Mario Planet. "Quédate este año en el Pedagógico y si el próximo aún quieres morirte de hambre, te recibo en la Escuela", le dijo Planet. En 1962, el año del Mundial, le cobró la palabra.

La agitada década del '60

Al matricularse en periodismo Pepe tenía 18 años. Estaba feliz. Como "perro con pulgas". Por fin entraba a esa carrera que ya era amor antiguo en su vida. Y, por si fuera poco, se instalaba en el "glorioso" Pedagógico de la Universidad de Chile, donde estaba ubicada la sede de la Escuela. La aventura se preveía muy entusiasmante y Pepe contaba para vivirla con una juventud que le brotaba.

El Pedagógico tenía en ese momento una característica central: estaba impregnado de Revolución Cubana. Hacía tres años que el Movimiento 26 de Julio, que lideraba el joven abogado y guerrillero Fidel Castro, había derrocado en Cuba a la dictadura de Fulgencio Batista. El triunfo, traducido en una nueva sociedad, en una revolución socialista naciente, era inédito en América Latina. Y ejercía una clara influencia en la izquierda de todo el continente. En el Pedagógico, que era un real "bastión" de este sector político, la lección de los cubanos era ávidamente discutida. Se la percibía como una virtual epopeya: la acción de esos 80 jóvenes, que habían dejado desde sus carreras universitarias hasta su cómoda vida burguesa para ir a pelear contra Batista, impactaba. Más aún lo hacía el saber que sólo 12 de

ellos habían logrado sobrevivir al desembarco desde el pequeño "Granma". Y que de las playas de Cuba habían llegado a la Sierra Maestra para prender la mecha ese año 56. El primero de enero de 1959 derrotaban a Batista. El deseo de emular esa aventura de lucha, exitosa y plena de romanticismo, crecía.

Dentro del quehacer periodístico había también otro gran tema en debate que iba separando aguas entre las fuerzas políticas: la "Ley Mordaza", impulsada por el Ministro de Justicia de Alessandri, Enrique Ortúzar. Su discusión creaba un real hecho político en la sociedad chilena y hacía nacer el debate sobre cuestiones tan claves como la libertad de prensa y el control de los medios de comunicación masiva. El periodista Juan Rojo, por entonces compañero de escuela de Pepe, estudió a fondo ese conflicto: "La discusión sobre el proyecto de ley que se dio en el Congreso no fue casual. En la sociedad chilena se vivía un conflicto político, al punto que en el año 64 uno de los temas principales en la elección presidencial fue justamente la Ley Mordaza". "Aunque el proyecto Ortúzar -escribió en ensayo sobre el tema- pretendió aparecer como desligado de su real contenido ideológico-político, éste estaba claro. La ley debía reprimir, no por causas político-contingentes, sino porque era necesario 'velar por la sanidad moral de los ciudadanos'. No fue casual, tampoco, que se discutiera meses antes de la campaña, período en que lo central era acallar a los pocos medios opositores al régimen de Alessandri".

Este clima agitado, ardiente, polémico, iba sembrando lentamente en Pepe las certezas y convicciones que asumiría unos años después. Por entonces le sumaba múltiples interrogantes. "Tal vez sus ideas las llevaba en la sangre. Nosotros nunca le dijimos 'no te *metai* en esto' o cosas así. No nos daba miedo, como uno había estado metido...", esboza su padre para intentar explicar el fuerte compromiso político que Pepe tomaría en el futuro.

Ese año 62, allá lejos en Concepción, Luciano Cruz entraba a las Juventudes Comunistas y Miguel Enríquez y Bautista von Schouwen se convertían en militantes socialistas. Pepe, en cambio, seguía en el camino de las preguntas. "Eramos re ingenuotes, éramos de izquierda, pero una izquierda bien vaga", recuerda Orlando, "Nano", Cabrera, uno de sus más cercanos compinches de esos años.

Cabrera y todos los que lo conocieron en esos primeros años de universidad coinciden en señalar que las prioridades de Pepe eran claras: el basquetbol y después el resto. Pero de sus andanzas por el camino del deporte

emergieron muy pronto hechos y personas que lo hicieron asumir tangencial, aunque profundamente, otros intereses.

Fue lo que ocurrió con Helio Gallardo, un estudiante de sociología. Cuando Pepe y otros alumnos del Pedagógico, también fanáticos del basquetbol, decidieron quitar a los estudiantes del Instituto de Educación Física el monopolio de las copas de campeón, apareció Gallardo. Era un destacado basquetbolista y se integró al equipo creado por el grupo de Pepe. Cuenta Orlando Cabrera: "Se transformó en el alma mater del equipo el Helio. Era muy inteligente y nos empezó a meter en la onda política. Compraba revistas como "Política, Economía y Cultura" y nos proponía discutir los artículos. Los analizábamos después de los partidos en II Bosco. Claro que la cosa era matizada: nos amanecíamos hablando indirectamente de política, o sea, analizando la sociedad, pero nuestra base de discusión era el basquetbol. Eran tertulias interminables. Eramos un grupo grande de jugadores, donde había panameños, argentinos, muchos extranjeros. Salíamos los hombres. A veces llevábamos a las pololas, como excepción. Il Bosco estaba dividido en comedores y restaurant. En este último no se podía tomar vino, entonces pedíamos una fuente de papas fritas y 'coca' o una 'cañada dry fría', o sea tinto y blanco. Nos nos alcanzaba para más".

Pepe llegó a ser entrenador y relacionador público del equipo del Pedagógico. Luego empezó con su amigo Nano a participar en las competencias de la Asociación Santiago de Basquetbol. Ello redundó, en que sus primeros trabajos estuvieron directa o indirectamente relacionados con ese deporte. Así fue como con Cabrera crearon un programa radial. "Dijimos, aquí esta la"papa": ser empresarios radiales y transmitir los partidos desde el Estadio Nataniel. La radio quedaba en Estado, en un séptimo piso. Pepe era informador de cancha y yo comentarista. A veces nos turnábamos. Trasmitíamos los martes y jueves a las 21.30. Lo que ganamos fue tan poco que para lo único que alcanzó fue para tomar. Y para una comida final", recuerda.

Corría el año 65. El "fracaso empresarial" no fue tan grave porque desde hacía casi un año Pepe también trabajaba en la revista "*Gol y Gol*". Esta había salido para el Mundial de Fútbol de 1962 como competencia de "Estadio". Nano lo llevó allí. "A mi padre, que también era periodista, le ofrecieron subdirigirla. Yo me empecé a meter en 1964 y cuando ya estábamos en las competencias de la Asociación Santiago, Pepe me preguntó un día si podía escribir allí de basquetbol. Empezó con parrafitos y poco a poco se quedó", relata.

Fueron los tiempos de la bohemia periodística para Pepe. Una experiencia que sólo viviría con dedicación hasta entrar al MIR e iniciarse en el periodismo militante a fines de 1967. A partir de los años 1968, 1969, su entrega sería casi absoluta al partido, aun a costa del desapego de sus seres más queridos.

Pero por entonces, como todos los periodistas, frecuentaba Il Bosco, El Nuria, o el Bodegón Manuel Rodríguez.

Otro de sus compinches cercanos era Daniel Galleguillos, también compañero de Universidad. Se sentía muy unido a él tal vez porque ambos eran de origen humilde: Pepe era de Conchalí y Galleguillos de Quinta Normal. También trabajaron juntos en el Diario *La Tercera* y en Radio Minería. "Era una época en que se reconocía la calidad periodística de la gente y, evidentemente, había más posibilidad de demostrarla", señala Galleguillos. Sobre la bohemia post-pega, recuerda: "Al Bosco íbamos por conversar con los periodistas que se juntaban allí. Gente como el Oso Olivares, Jorquera, los hermanos Gómez López, Elmo Catalán. Con Elmo fuimos amigos". Galleguillos también rememora anécdotas que vivió con Pepe: "Una vez fuimos a Pomaire en una camioneta de mi padre. Yo no sabía manejar. Pepe me dijo que él sí. Pero parece que sólo había aprendido la primera y segunda y se fundió el motor".

Esta amistad juvenil se fue deteriorando por las diferencias políticas y se rompió definitivamente a fines de los '60. Pepe se desilusionó de su amigo y se lo escribió algunos años después en una columna de "Punto Final": "Galleguillos te desclasaste. Ocurrió cuando te cambiaste de San Pablo a Vitacura". Sólo se volvieron a ver en 1984, cuando los invitó a comer Alejandro Cabrera, quien había sido su profesor. "Nos abrazamos y estuvimos largo rato conversando del pasado. Quedamos de vernos. De hecho hubo algunos llamados. Luego me enteré con pena de su asesinato. Antes había sabido de las amenazas. A través de un amigo le envié un recado dándole mi apoyo y diciéndole que lamentaba lo que estaba pasando. Estoy seguro que como nos conocíamos humanamente, yo le seguía cayendo bien como él a mí. Después del 73 había preguntado por él. Ya se había acabado la pelea y es muy ordinario golpear a la gente en el suelo. Es de roto de alma".

En esos tiempos bohemios quien también lo recuerda es el periodista Osvaldo "Chino" Muray. Era Jefe de Informaciones de La Tercera cuando Pepe estaba allí. "Muchas veces yo le decía: 'Bueno Pepe, ¿te *pensai* morir de periodista?' Me decía que le gustaba su pega y que nunca había pensado en

ganar plata. Nunca fue de ambiciones, de andar bien arreglado, acorbatado. No iba con él". En el diario era también muy tallero: "Hacía unos gorros idénticos a los que usan los obreros de la construcción, de papel café grueso. Les ponía inscripciones: '*Camaroniums que se dormen batracius fornicatum*'. Era lo que ahora llaman un 'lolo puntete' ", según Galleguillos.

Osvaldo Muray recuerda como algo muy especial la heterogeneidad de las amistades. "Nos juntábamos con Silvia Pinto, Gladys Díaz y Carmen Puelma. Nadie desconfiaba de nadie y cada uno sabía lo que pensaba el otro. No había empacho en decir que éste es del MIR y el otro del Partido Nacional. Tampoco importaba la diferencia de edad o de cargos. Yo farreaba con Pepe y tenía once años más que él y era su jefe. Quizás el tener lugares donde siempre nos encontrábamos -*Il Bosco* en la noche o el café Haití en el día- impedía que hubiese esa cosa solapada, oscura, esa desconfianza que hoy nos rodea.". "En Il Bosco, cuenta, nos juntábamos con los políticos, los colegas, las coristas del Bim Bam Bum y medio mundo. Había mesas típicas: como la del 'Gato' Gamboa y los de *El Clarín*. O la de Pepe Gómez. La del 'Flaco' Lira. También había unos periodistas hediondos a momio. Allí arreglábamos el país y cuando venían épocas de elecciones, era un pandemónium. Hubo cosas notables como cuando Tito Mundt llegó con un tarro con parafina: la empezó a derramar por las patas de nuestra mesa y dijo que había que prenderle fuego al país porque no tenía arreglo".

Esta vida del trasnoche y de emociones nuevas trajo a Pepe también más de un mal rato. Como la situación que le tocó vivir junto a Nano Cabrera en Valparaíso, que para sus 22 años fue muy bochornosa. Se disputaba un Campeonato Nacional de Basquetbol y ellos partieron a cubrir el evento para "Gol y Gol". Recuerda Nano que como la revista era conocida y tenía un tiraje considerable, ellos se creían muy importantes, "pero eramos unos cabros no más". Esto quedó claro en esa ocasión. "Llegó la noche, se hizo tarde y no pudimos volver. Tampoco teníamos dónde dormir. Nos paseamos como hasta las tres de la mañana sin saber qué hacer. A esa hora nos sentamos en la Plaza. Era tanto el frío que vimos que nuestra única solución era ir a un hotel parejero que había al frente. Afuera estaba lleno de taxis. Teníamos tanta vergüenza que pasó como una hora hasta que nos metimos. Lo hicimos igual que esas parejas que tratan de entrar sin que nadie se dé cuenta. La niña que nos atendió nos miró bien extrañada. Al otro día salimos como a las 11:00, otra vez como 'comandos'".

En esa época Pepe también inició una de sus primeras relaciones amorosas estables. Aunque entre quienes lo conocieron hay disparidad de criterios

respecto de su debilidad por las mujeres, todos coinciden en que sus uniones fueron duraderas. En 1964 se puso a pololear con Carolina Flores, secretaria de la Escuela de Periodismo. En realidad, secretaria de Mario Planet. Este, con la investidura de un maestro más que de un profesor, "aguachaba" a los alumnos que veía más inquietos. Esta distinción que hacía Planet también se acompañaba de una especial preocupación por la vida personal y privada de sus alumnos elegidos. Y para "vigilar" el romance de Pepe, creía tener un doble derecho: Carolina era su secretaria. Con la joven, Pepe tuvo una relación de cinco años. Al final de ese episodio afectivo también estuvo marcado con el signo de la muerte, que lo acechó siempre. Carola murió en un accidente automovilístico mientras iba un fin de semana a Rancagua, donde vivían sus padres.

"Elegí mal la profesión "...

Pepe fue introvertido sólo cuando niño. Después el cambio fue notable: "Era un busquilla de la vida. Estaba siempre rodeado de gente, hablaba, buscaba nuevos compañeros para organizar siempre tres cosas al mismo tiempo, como hasta su último día", señala Federico Gana, otro de sus compañeros de periodismo y quien también lo fue en el Instituto Nacional. Nano Cabrera complementa: "Andaba metiéndose en todos lados. Entró mucho después que yo a 'Gol y Gol' y a la semana todos lo conocían. Mucho más que a mí, que llevaba un año".

Lo anterior no significaba que no tuviera inseguridades, que a veces lo llevaron a profundas crisis existenciales y vocacionales. Orlando Cabrera recuerda una de éstas. "íbamos caminando por el Parque Forestal, a la casa de mis viejos, que quedaba en Loreto. Ahí almorzábamos todos los días cuando trabajábamos en 'Gol y Gol'. Al Pepe le costaba escribir, era tiesote, duro. Entonces de pronto me dice : -¡Estoy cagado! -¿Por qué?, le pregunto yo. -¡Puta, yo nunca voy a aprender a escribir! -No *seai* huevón, le dije, si estamos recién empezando, no te preocupís. Yo tenía más facilidades porque tenía más práctica no mas. -No, agregó, yo nunca voy poder. Se quebró bien quebrado el Guatón y abrazándome me dijo: -Yo nunca voy a poder escribir, elegí mal la profesión. Yo siempre lo molestaba después con ese episodio".

Pero como era de un optimismo imbatible, no le costó reponerse de ese pesar. Decidió superar la crisis consiguiéndose otra "pega" en la empresa Zig Zag. Además de "Gol y Gol", ésta editaba semanalmente entre 25 y 30 revistas. Paseándose por el edificio, llegó a la redacción de "Siete Días", una revista magazinesca que había creado Tito Mundt y que entonces dirigía

Irene Geis. "Yo no lo conocía. Llegó y me dijo: Señora Irene, yo quiero trabajar aquí", cuenta Irene. Y se quedó, "porque allí era un lugar de puertas abiertas".

Desde 1964, Zig Zag era propiedad de la Democracia Cristiana, que había ganado las elecciones presidenciales. Rememora Irene: "Ese partido venía con un proyecto de gobierno por 30 años por lo menos, según una frase famosa. Por lo tanto, compró buena parte de la Sociedad Periodística del Sur, Sopesur, además de Zig Zag y una cantidad de medios independientes. El gerente en Zig Zag era Ignacio Cousiño, con el cual teníamos peleas atroces pero hacíamos igual lo que nos daba la gana. Era todo un país que hoy parece muy insólito".

El nuevo lugar de trabajo para Pepe era "muy especial, muy loco", según recuerda su ex directora. Se jugaba ajedrez, se oían tangos, se tomaba mucho café, se hacía un diario mural. Todo en una empresa que era muy solemne. "Eramos un grupo de gente joven que introdujimos un gran caos, que le cambiamos el estilo de vida a Zig Zag. Que, aunque para almorzar había turnos de obreros y empleados, rompimos esa ley y comíamos con los obreros. Revolucionamos la empresa y empezamos a ser imitados", relata Irene.

Su primera lucha

El desborde de actividad tenía en Pepe un sentido. No era sólo "hiperkinesia". Iba más allá de la aparente irreflexibilidad con la que podía confundirse. "Pepe venía preparado para algo más serio", reflexiona Federico Gana

Al mismo tiempo que trasnochaba en Il Bosco y jugaba basquetbol, en el mundo del periodismo había entablado relaciones que lo marcarían. Se había hecho muy amigo de Augusto Carmona, un joven líder político de cursos superiores, que llegó a ser un alto dirigente del MIR (murió asesinado después del Golpe de 1973). De Gladys Díaz, otra futura dirigente de ese partido. De Ernesto Carmona, a cuya casa llegó cuando debió salir al exilio en 1977. De Horacio Marotta, con quien tuvo una amistad profunda, y junto al cual trabajaría luego en televisión. Su grupo comenzaba a estructurarse. Luego consumirían el equipo de la Revista "Punto Final" o serían compañeros en el MIR. También estaban los "viejos periodistas", que entonces tenían alrededor de 40 años. Gente como Augusto Olivares, quien murió en La Moneda tras el asalto de las fuerzas golpistas el 11 de

septiembre de 1973; Carlos Jorquera y Manuel Cabieses, hoy exiliados; los hermanos José y Mario Gómez López, también desterrados por largos años; Mario Díaz, quien murió sin poder regresar a su patria después de 1973, y muchos otros personajes destacados de la prensa de izquierda. Ellos aparecían como figuras importantes e influyentes para esos jóvenes universitarios insertos en un momento particular de la historia chilena.

Esa Escuela de Periodismo donde convergía la izquierda, donde había una discusión política permanente, donde la derecha no tenía ningún peso, donde el periodismo se concebía como realmente comprometido con las luchas sociales y como una actividad, si no de trinchera por lo menos de vanguardia y ligada al proceso social, esa escuela sería el semillero de una generación de periodistas como Pepe, con clara identificación política. El "Pedagógico", en general, sería la cuna de futuros e importantes líderes políticos.

En Pepe el primer presagio concreto de lo que sería su opción futura se dio en 1966 cuando en la sede del sindicato de *Zig Zag* protagonizó un episodio esclarecedor.

El sindicato de la poderosa editora había llamado a una asamblea general para tratar el problema suscitado entre los trabajadores y la empresa por un pliego de peticiones no satisfecho. Pepe decidió ir e invitó a su amigo Nano Cabrera. "El tenía más conciencia que yo y me dijo: 'tenemos que ir porque hay que ver qué pasa con esta cuestión' ", cuenta Cabrera. La sede sindical de calle Constitución estaba repleta. Sentados en medio de cientos de obreros, los dos jóvenes escuchaban atentos. Se estaban proponiendo formas de hacer frente a la negativa de la empresa. "De pronto, con gran sorpresa y vergüenza mía, porque nosotros no estábamos ni contratados ni menos sindicalizados, Pepe pide la palabra, ¿Qué *vai* a decir Guatón?, le pregunto". Pero Pepe se levanta y hace una arenga llamando a los trabajadores a tomarse la empresa y a no dejar salir las revistas porque -explicó- era la única forma que había de presionar a los patrones", relata Cabrera. Las revistas que ya estaban en talleres eran cerca de 30. La asamblea se vino abajo aplaudiendo y Pepe fue nominado inmediatamente para integrar el Comité de Huelga.

La empresa solucionó el conflicto antes que la sangre llegara al río, es decir, antes de la toma de *Zig Zag*. La presión del sindicato logró que se cumpliera con todas las reivindicaciones. Pero para Pepe el hecho tuvo un resultado

muy distinto. Le significó sufrir su primera represión laboral: lo echaron de la empresa apenas terminó la huelga.

Su actitud en ese galpón sindical fue el primer fruto de todo un proceso de búsqueda. La decantación se estaba produciendo y el primer signo de la opción política que haría en 1967 era inequívoco. Asimismo este proceso se producía por la vía de los hechos y no del intelecto.

En esto último coinciden todos los testigos de su ingreso al MIR, que había nacido como partido en 1965 en Concepción. "Sus incursiones en la lucha sindical -como en el Comité de Huelga de Zig Zag, o más adelante en el Sindicato de Trabajadores Radiales- lo radicalizan. Comienza a darse cuenta que para el desarrollo de las reivindicaciones de los trabajadores no hay más opción que una organización revolucionaria. Una organización que luche por cambiar la estructura económica y social. Por ello su compromiso político tiene que ver con un compromiso de clase más que ideológico", señalan. Y agregan: "No llegó al MIR por una radicalización estudiantil. No llegó, como la mayoría, a optar por la política revolucionaria en lugar de la reformista a partir del estudio concienzudo de textos de Lenin, Marx, o el Che. Lo hizo a partir de sus vivencias concretas". Irene Geis recuerda que no era lo político propiamente tal, sino lo sindical, lo que lo atraía fuertemente. "Tenía una postura sindicalista marcada, una tendencia a meterse y participar en las luchas obreras". En su trabajo como periodista las vivencias que lo irían formando se daban a destajo.

De lo que le tocaba ver y vivir, lo que más lo rebelaba era la injusticia y la explotación. Lo encabritaban de tal forma que sentía que su deber era denunciarlas, pero de una forma en que realmente llegara el mensaje. Ello lo llevó a idear una nueva aventura periodística. Se la propuso a Irene Geis. La idea era audaz: incursionar en un medio experimental como lo era la televisión y crear en el Canal 9 de la Universidad de Chile un programa de denuncia. Una especie de "Perro Mundo" criollo. Cuando convenció a Irene, Pepe habló con Mario Planet, que era director de Canal 9. Por supuesto, se salió con la suya.

El programa fue bautizado como "Emisión Cero" y nació unos meses antes que Pepe entrara a militar al Movimiento de Izquierda Revolucionaria, en 1967. Cuando ello ocurriera, a fines de ese año, Pepe asumiría una conducta que nunca abandonaría: no dejar de trabajar en periodismo a pesar de las responsabilidades políticas. El dirigente del MIR Nelson Gutiérrez explicó -en entrevista concedida después del asesinato de Pepe- esta conducta: "Una

de sus grandes virtudes fue nunca abandonar la profesión por la militancia. Era como una ley de guerra para él.

Consideraba que era difícil hacer política si no se estaba inmerso en la sociedad real, en lo cotidiano, en el trabajo, en la sobrevivencia diaria. El único momento en que no pudo trabajar, en que no pudo autosostenerse mediante su profesión, fue en la época de la clandestinidad post 73. Pero el resto de su vida, en Chile y en el exilio, siempre combinó las dos actividades".

Esta idea, esta concepción de lo que significaba ser un militante revolucionario, Pepe también la explicó poco antes de su muerte a un grupo de adolescentes chilenos. Dándoles una charla de formación política les dijo: "Llegué atrasado porque tuve que llevar a mi hijo al médico y porque después tuve que pasar al trabajo a ordenar mis actividades del día. Yo tengo trabajo, familia, mujer e hijos. Los quiero mucho y creo ser además un buen revolucionario. Con esto les quiero decir que el militante revolucionario tiene que ser apegado a la realidad, no puede perder los vínculos con la sociedad, su compromiso no puede medirse sólo con la cantidad de tiempo que le dedica a la actividad política sino también en la capacidad de reflejar su compromiso en las otras actividades de la vida cotidiana".

Escozor nacional

El equipo de "*Emisión Cero*" lo conformaron Irene Geis, Horacio Marotta y Pepe. "Creo que de los tres, Pepe era el más avanzado políticamente. Sin ser todavía mirista, tenía más claro su marxismo, por así decirlo, su énfasis en la lucha de clases", recuerda Irene.

El primer programa salió al aire el 17 de enero de 1967. Dirigido por Charles Elsesser, los reportajes trataron sobre el ambiente fiero y pintoresco de la Vega Central, lo patético del Cementerio General y lo vulgar de la vida nocturna santiaguina, como lo consignó la Revista *Ecran* de esa semana. El tono de la crítica fue positivo: "Emisión Cero sale al aire todos los martes a las 22.45, cerrando la programación y dejando más de una conciencia intranquila... Pretende ser un espacio diferente, con grandes reportajes de actualidad latente, que enfrenten al teleespectador con el lado amargo de la vida". Irene Geis explicaba: "El programa sigue la línea de filmes como Perro Mundo', mostrando fuertes contrastes -como los hoteles para perros y los niños con hambre, los estacionamientos de autos y la falta de vivienda- que sacudan al teleespectador y lo saquen de su aletargamiento".

El sacudón social que "*Emisión Cero*" quería pegar no tardó en producirse. Tuvo casi caracteres de cataclismo, si se mide por la reacción de las autoridades del gobierno de la época. El detonante se dio en el programa del 14 de marzo de ese año.

La idea era enfocar la labor de la policía de Investigaciones "desde dentro". Para ello se iba a detallar el trabajo de ese servicio y también se iba a presentar una denuncia. Esto sería debatido con funcionarios de la institución que estaban invitados. Como ninguno de ellos llegó sólo se pudo mostrar una película sobre la labor de Investigaciones y luego dejar la palabra a la denunciante, una estudiante de 16 años llamada Patricia Peña. Ella contó que días antes había sufrido "toda clase de indignidades" en el cuartel central de Investigaciones. Junto a su hermana y una amiga habían sido detenidas por ser presuntas testigos de un crimen ocurrido en su población. Habían estado arrestadas diez horas. Lo que les hicieron allí lo relató el diario *"La Segunda*": "A una la desnudaron entera, a otra la dejaron sólo en ropa interior y a Patricia, que adujo que estaba enferma de su ciclo natural, la obligaron a 'demostrarlo'. Las tres fueron manoseadas brutalmente pese a sus llantos e imploraciones de respeto. Al salir, las golpearon en la cara y les hicieron jurar que no dirían una palabra de nada". La Segunda continuó: "Patricia estuvo en el Canal 9 con su mamá y un hermano. Todos lloraron histéricamente durante su relato frente a las cámaras... La réplica no se hizo esperar. A mediodía de hoy Investigaciones anunció querellas surtidas".

El 16 de marzo, todos lo diarios de Santiago anunciaron las querellas del director de Investigaciones, Emilio Oelckers, por calumnias, injurias y difamación, contra el programa del Canal 9. El directivo decía que las acusaciones "herían, e incluso a los funcionarios de la Brigada de Homicidios", y que serían ampliadas a las jóvenes denunciantes. Las querellas, se informaba, tenían la anuencia del Ministro del Interior Bernardo Leighton, "a quien se dio amplia cuenta de los hechos, en su estricta realidad". Leighton anunció sumario en Investigaciones: para castigar a los culpables si los cargos eran verídicos o para hacer la denuncia al Colegio de Periodistas y presentar la querella correspondiente si no lo eran. Agregó: "Un programa de esa especie es inconveniente. Ahí hay groserías vulgares, denigrantes, impropias de un canal de la universidad. No es periodismo ni es nada...Toda la realidad no puede ser sacada a la luz pública".

El director del Canal 9, Mario Planet, se entrevistó con Leighton y envió carta a Oelckers, respaldando al equipo de "*Emisión Cero*". Los periodistas del espacio sacaron declaración pública y señalaron que lo inmoral no era lo dicho en el programa sino que hechos de ese tipo sucedieran y no se dijeran. Las muchachas denunciantes reiteraron sus acusaciones y reconocieron a catorce de sus agresores. *El Mercurio* editorializó: "Lo ocurrido en Canal 9 fue un espectáculo que desbordó todos los límites de consideración a los televidentes(...) Las acusaciones se convirtieron en un hecho escandaloso por la circunstancia de que emanaron de personas a quienes no podía exigirse compostura de lenguaje ni contención de ademanes".

Para Irene Geis, todo el escándalo fue un poco "inflado". "Al gobierno se le escapaba el Canal 9, se izquierdizaba. El régimen se sintió atacado y trató de armar un drama. Pero un drama de esa época. Nunca se nos ocurrió tener miedo. Estábamos entre asustados y divertidos que nos detuvieran esa misma noche. No nos parecía gracioso, pero tampoco un horror".

El programa duró dos años. En ese trabajo casi a pulso, Pepe tuvo una participación vital. Cuenta Irene: "Era de un entusiasmo loco. Tenía un auto, '*El Avispón Gris'*, que era una chatarra. Nos pasaba a buscar a todos -incluidos entrevistados- donde estuviéramos. Nos llevaba al Canal y nos iba a dejar de vuelta. El Canal se llovía, Pepe era de los que llevaba tarritos para las goteras. Tenía una pasión por toda esa cosa. La grabadora que usábamos se la había pedido prestada al Negro Hodge, el jugador de la Chile. En esa época eran un lujo. Como Pepe hacía deporte conocía a Hodge y sabía que éste había traído una grabadora de México. Era bueno el Pepe y eso fue algo que conservó toda su vida. Era una bellísima persona, dulce, cariñoso, entusiasta, noble, muy derecho".

Por supuesto, no era perfecto. Uno de sus principales defectos de entonces, recuerda Irene, era la falta de sutileza. "Era un buen periodista, tenía sentido de la noticia, pero era tosco. La sutileza no corría con él. Eso quedó muy reflejado en el programa y en 'Siete Días', e incluso lo llevó un poco a su fracaso como animador del programa, que dejó antes del término. Era muy directo, muy joven, muy impulsivo, muy atarantado. Disparaba las cosas. Mientras Horacio y yo éramos más intelectualizados, Pepe era más aterrizado, más pragmático. Menos Cortázar, que era nuestro ídolo. Con él nada de 'cronopios', lucha de clases sí. Por ahí iba la cosa para él y por ahí surgían las discusiones entre nosotros. Pero era a la vez muy receptivo, captaba y asimilaba las críticas y eso nos hacía ser un equipo muy aflatado".

En 1969 Pepe trabajó en Radio Minería. Allí vivió dos hechos importantes que se relacionaron. Uno ocurrió en el área afectiva cuando conoció a una periodista que cubría el sector político y que era activa militante del Partido Socialista y muy "canchera". Lo encandiló. En un rápido flechazo, Pepe se ligó a Olivia Mora, con quien se casó poco tiempo después. Su forma de hacerlo, desde luego tampoco fue convencional. Recuerda Nano Cabrera: "El día menos pensado Pepe me llama y me dice "Negro, quiero que me acompañís. ¿*Podís* estar a tal hora en el Registro Civil de Ñuñoa?', '¿te *vai* a casar?', le pregunto. 'Claro', me responde. Y fui testigo de su matrimonio. Después nos fuimos todos al departamento de Olivia a celebrar con champagne".

Juntos tuvieron dos hijos: Iván Ernesto que nació en 1970 y Luciano Camilo, que llegó en 1972. Las influencias que marcaron a su generación se grafican en los nombres que Pepe y su mujer escogieron para los hijos. En el mayor, Ernesto fue por el Che Guevara. En el caso del menor, los nombres los escogieron por Luciano Cruz, el dirigente del MIR, y Camilo Cienfuegos, el guerrillero cubano. Quizás los tiempos que se vivían fueron también la causa que llevó al fracaso matrimonial de la pareja. Una vida demasiado agitada, en la que el compromiso político era más fuerte que la familia, los hizo separarse antes que naciera Luciano.

El segundo hecho importante de ese año Pepe lo protagoniza junto a Olivia cuando crearon el sindicato de periodistas en la *Radio Minería*. Su madre recuerda: "Rafael Otero, director de la radio, no había podido modelar a Pepe a su gusto. Y en un viaje que hizo al extranjero, Pepe y Olivia formaron el sindicato. Cuando llegó estaba furioso. Para él como que era de 'rotos' tener un sindicato". Pepe salió pronto de la radio. Antes de hacerlo, sin embargo, tuvo otra actuación que pasó a la historia de la emisora. Pero no precisamente por las mismas buenas razones anteriores...

Su hermano Raúl recuerda la anécdota: "Yo tenía 13 años y un día Pepe me pidió que lo acompañara al aeropuerto de Los Cerrillos. El tenía el dato que en el vuelo tal venía el canciller Gabriel Valdés. Entonces me dijo que lo esperara en la terraza mientras iba a la losa. Me dijo: 'Si levanto la mano quiere decir que viene Valdés y tú corres al móvil para que den la noticia'. Yo miraba muy atento y de pronto vi que subía una mano. Partí corriendo. Resultó que era sólo el saludo de alguien. Valdés no había llegado en ese avión. Pepe se fue de gran 'luma' en la radio".

Después de Radio Minería, su amigo Nano Cabrera -que trabajaba en *La Nación*- lo llevó a ese medio. Le consiguió pega en el suplemento de espectáculos y el paso de Carrasco por allí tampoco pasó inadvertido. Hizo un reportaje al programa "*Sábados Gigantes*", "por dentro", como era su especialidad. "Fue muy bueno. Se metió al estudio y registró todas las reacciones de Don Francisco fuera de las cámaras. Salió el diario y quedó la escoba. Otro escándalo, con cartas que fueron y vinieron", cuenta Nano.

Pepe militaba en el MIR desde hacía dos años aproximadamente. Diversos hechos políticos y sociales a lo largo de esos años habían sido claves para su formación y su decisión final. También para lo que ocurría en el país y que tendría su desenlace en 1973.

La opción revolucionaria

Entre los hechos políticos cruciales que marcaron a Pepe y su generación estuvo la Revolución Cubana y los movimientos guerrilleros que a partir de ella surgieron en América Latina. El Che Guevara peleando por el socialismo en Bolivia y, después de su asesinato, la lucha que Elmo Catalán siguió en esas tierras junto al "Ejército de Liberación Nacional" eran hechos que impactaban. Sobre todo para quienes habían sido amigos y compañeros de profesión de Catalán. También ejercieron fuerte influencia las luchas que se daban en esos años en Europa, África, Asia por cambiar el sistema imperante y contra el colonialismo que el primer continente aún mantenía. El caso de Argelia o el París de mayo de 1968 eran experiencias que mostraban una izquierda distinta. La disputa chino-soviética era, asimismo, otro de los hechos marcadores.

A gran cantidad de jóvenes que en Chile militaban en los partidos de la izquierda tradicional, estas experiencias

los llevaron a una revisión crítica de sus posturas. Las luchas electorales, el "Frente de Acción Popular", FRAP, que otra vez había reunido a las fuerzas de izquierda y progresistas para enfrentar la elección de 1964 había sido nuevamente derrotado. Las contiendas por lograr el cambio del sistema dentro de las reglas del mismo sistema aparecían como vías ineficaces. La lucha armada, la guerrilla para llegar al socialismo, era algo concreto y atrayente.

Como resultado de ese conflicto, de esa discusión, había surgido en 1965 uno de los principales partidos nuevos que interpretaban y acogían a esa nueva izquierda: el MIR. Para Pepe fue el lugar donde encontró la respuesta a sus antiguas inquietudes político-sociales.

Nelson Gutiérrez, que por entonces era dirigente de la Federación de Estudiantes de Concepción, FEC, explicó los motivos de la opción de Pepe y de toda esa generación. "Sufrieron el influjo de la fuerte radicalización social e ideológica que afectó entre el 65 y el 67 a gruesos sectores de la pequeña burguesía estudiantil, intelectual y profesional. También de la emergencia de sectores como los pobladores, el campesinado, además de la radicalización de la pequeña burguesía funcionaría y la clase obrera industrial".

Según Gutiérrez, la opción de Pepe obedeció a muchos factores: "El había llegado a la conclusión de que los partidos de la izquierda chilena, no obstante el rol importante que habían jugado en la actividad política

nacional, no tenían una idea estratégica que permitiera resolver los problemas del poder en Chile. La práctica de esos partidos no lo satisfacía plenamente. No veía que una militancia en ellos pudiera llenar su decisión de compromiso revolucionario. Buscaba una militancia más global, más completa, más radical, que implicara un compromiso profundo con el socialismo, con la lucha para una sociedad nueva. Y eso significaba de algún modo una cierta ruptura con las formas institucionales en que la izquierda hacía política en el país".

Lo que motivó a Pepe fue también válido para un grueso sector de los periodistas y los trabajadores de la cultura, para una serie de sectores intelectuales de la época. Señala Gutiérrez: "Fue muy importante lo que el MIR expresaba como proyecto, como esperanza de renovación radical en la sociedad chilena de los '60. Desde un punto de vista ideológico y cultural, su proyecto era enormemente atractivo porque se inscribía en todo ese esfuerzo de renovación del marxismo latinoamericano y del pensamiento marxista en Chile. Un esfuerzo antidogmático para fundar realmente un pensamiento marxista, que fuera capaz de analizar la realidad y fundar una práctica revolucionaria sobre la base de una fusión de las clases populares y del desarrollo de un método de acción revolucionaria". Añade que también influyó "el que el MIR, de alguna manera, fue capaz de captar a parte importante de la intelectualidad revolucionaria de América Latina y de aquella que comenzó a formarse en la década del 50 y 60

en Chile. Era por ende, un partido atractivo también por su proyección latinoamericana".

Quienes optaban por esta posición veían que el MIR podía ser capaz de extraer lecciones: "De la revolución cubana, del desarrollo de las organizaciones guerrilleras que nacieron y desarrollaron al calor de aquélla. Se pensaba que se podía asimilar y proyectar esas experiencias en la construcción de una vanguardia de nuevo tipo en Chile, que permitiera efectivamente llevar al pueblo chileno al socialismo. Todo ello con el enorme idealismo propio de los años de emergencia de nuevas organizaciones. Después, como lo demostró la vida, el camino sería mucho más difícil", concluye Gutiérrez.

Con motivo de la muerte de Luciano Cruz, en 1971, el propio Pepe escribió en la Revista *Punto Final* la historia del Movimiento de Izquierda Revolucionaria por el cual había optado. En sus partes medulares, señalaba:

> *"A comienzos de 1964, como resultado de las disidencias producidas en la militancia comunista y socialista, surge la Vanguardia Revolucionaria Marxista (VRM) y en ella tienen destacada participación tres estudiantes de medicina: Luciano Cruz, Miguel Enríquez y Bautista von Schouwen. La Vanguardia comienza a realizar una fuerte actividad en la Universidad de Concepción y un naciente trabajo en el movimiento obrero de la provincia. (...) Ese mismo año Concepción es sede de un Encuentro Latinoamericano de Estudiantes de Medicina, en que*

participan jóvenes que militan en diversos movimientos revolucionarios de América Latina. Luciano, junto a Miguel Enríquez y Bautista von Schouwen participan y el Congreso se convierte en un evento que analiza a fondo el carácter del proceso revolucionario latinoamericano, la continentalidad del combate y las formas que asumirá la lucha armada".

Agregaba Pepe que "la derrota electoral de 1964 y la pérdida de la Federación de Estudiantes de Concepción no determina que los recién surgidos líderes de la izquierda revolucionaria entren en período de desaparición". Por el contrario, indicaba, "determina que la real conducción de las luchas estudiantiles pase de hecho a manos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, surgido el 15 de agosto de 1965". Luego añadía:

"La agitación estudiantil llega a las calles de Concepción y la Izquierda Revolucionaria crece en su influencia en la medida que su accionar no queda en la palabra y se convierte, en los hechos, en participación activa en todos y cada uno de los enfrentamientos. Una protesta callejera contra la visita de los marinos norteamericanos integrantes de la Operación Unitas permite a carabineros detener por primera vez a Luciano Cruz (...) Este, como dirigente del MIR, no sólo impulsa el trabajo entre los estudiantes sino que además lo lleva hasta el seno del proletariado urbano (...) La acción infatigable del

Movimiento de Izquierda Revolucionaria ha determinado que el Gobierno de Frei agudice la represión y decida el nacimiento de un cuerpo especial de carabineros: el Grupo Móvil. Sin embargo, la acción de este grupo y su incursión por el Barrio Universitario no hace cambiar la situación. Ha nacido el MUI, Movimiento Universitario de Izquierda, bajo el impulso y la conducción del MIR (...) El retroceso que había caracterizado al movimiento de masas luego de la derrota electoral de 1964 comenzaba ahora a convertirse en una nueva fuerza movilizada (...) El ascenso de las movilizaciones, que durante el 66 eran aún tambaleantes, se consolida el año 67 ante la evidente crisis provocada por el Gobierno de Frei. Las luchas de los trabajadores contra el gobierno reaccionario de Frei y la movilización estudiantil por la reforma universitaria marcan ese año (...) Los diarios y radios capitalinas comienzan a tener una preocupación cada vez mayor por la agitada vida política y gremial de Concepción (...) En diciembre de 1967 el MIR realiza su Tercer Congreso Nacional, evento que reafirma el carácter de la revolución chilena como socialista y que define la estrategia de la lucha armada para la conquista del poder por obreros y campesinos. Se fija además como una de las tareas importantes la intensificación del trabajo político entre obreros y campesinos y el desarrollo de una organización militar que se convierta en la vanguardia de la lucha del proletariado".

Cuando Pepe decide entrar al MIR, decide también ratificar con hechos aquella real "ley de guerra" en la que creía: ser periodista y militante en forma inseparable. La decisión le significó más de una vez doblar su jomada de trabajo y convertirse -como muchos recuerdan- en un verdadero "hombre orquesta".

"Ayúdame con un '*acarreíto*'"

En 1969 se integró al equipo de prensa de Canal 9. Este se acababa de formar y lo dirigía Mario Díaz, el "Chico", quien también era Jefe de Redacción de "*Punto Final*". Estaban asimismo Augusto Carmona, Enrique Canelo, Marcela Otero y Darío Rojas. La idea era hacer noticieros cada media hora, con despachos en cualquier instante si era necesario. Según recuerda Marcela Otero, "el Canal era entonces el único que apoyaba a Allende y se estaba iniciando la campaña presidencial del 70, por lo cual su rol era importante".

Era un tiempo especialmente agitado para Pepe porque, además, el MIR había pasado hacía poco a la clandestinidad. Le faltaban horas para el trabajo.

La decisión de clandestinizarse la tomó el MIR luego de la persecución abierta y constante que sufrían sus dirigentes máximos después del supuesto secuestro del periodista Hernán Osses Santa María, director del diario "*Las Noticias de la Tarde*" de Talcahuano. La historia, que los miembros del MIR negaban enfáticamente, había sido según Osses así: Una joven estudiante -Ingrid Sucarrat, según la acusación- lo había llamado el 5 de junio de

1969 a la redacción del periódico para pedirle que se juntaran pues tenía una bombástica denuncia que hacerle. Lo había citado en el Bar "Baccaratt" y al ir llegando al lugar lo habían agarrado, según la versión de Osses, entre la muchacha y Luciano Cruz y lo habían llevado a un lugar desconocido. Osses, que en su diario lanzaba virulentos ataques al MIR, dijo que en su cautiverio se le había obligado a desnudarse y se le habían tomado fotos. Aclaro sí que no lo habían violado, como señaló alguna prensa.

El hecho generó una violenta incursión del Grupo Móvil en el Barrio Universitario de Concepción. "Quedaron centenares de estudiantes gravemente heridos", recuerda Irene Geis, quien por entonces era directora de la Escuela de Periodismo de esa ciudad. "Era una época tensa, estaban los atisbos de la campaña electoral, había una represión bastante fuerte, tomas de terreno, mucha agitación social, y esto fue un escándalo monumental. En el allanamiento al Hogar Universitario se llevaron todos los libros que olieran a izquierdismo, dieron vuelta colchones, rompieron todo. Fue algo inédito".

Como todos los funcionarios de la Policía Política de Investigaciones, la "P.P.", buscaban por cielo, mar y tierra a Luciano Cruz y a los dirigentes del MIR, éstos optaron por salir de circulación. Los "Guatones de la PP", como se les llamaba por entonces, eran quizás el equivalente -guardando las proporciones- de la CNI de hoy. Dos meses después, en agosto de 1969, hacían negra noticia al torturar -algo escandaloso en esos tiempos- a tres ex

militantes del MIR que habían asaltado el Supermercado Portofino.

La situación del MIR y todo lo ocurrido, mantenía a Pepe pendiente prioritariamente de la campaña de solidaridad que surgió en torno al caso. Todos los días había actos de desagravio por los estudiantes penquistas y pidiendo la libertad de Nelson Gutiérrez, entonces presidente de la FEC. De modo que se le hacía poco el tiempo y, como señala Marcela Otero, "era fregado porque se contaba poco con él; estaba en una reunión y otra y llegaba tarde".

Después de despachar el noticiero de la noche, Pepe seguía su actividad. A más de algún colega con auto le pidió que lo ayudara a "hacer unos acarreítos". El "bulto" era generalmente Luciano Cruz, del cual se había hecho gran amigo y compinche. Muchos señalan incluso que fue por mediación de éste que entró finalmente al MIR.

A Marcela le tocó alguna vez recibir la petición. "No éramos íntimos amigos, pero yo me metía en esos 'forros' de andar con Luciano Cruz en mi citroneta por las calles de Santiago porque en un momento así uno no se podía correr. El me pedía un favor que yo podía hacer, pues tenía el medio: el auto".

Como era tal su dedicación al periodismo y a la política, en su hogar poco lo veían. Con Olivia esperaban a su primer hijo y a pesar de la alegría que ello significó para Pepe, no cambió sus hábitos. La prioridad que estableciera para siempre al entrar al MIR le hizo por

entonces delegar en su pareja la crianza de los hijos. Siempre le reconocería a Olivia esa dedicación por partida doble, y algunos años después, cuando saliera de la cárcel, comenzaría a resarcir con creces ese desapego formal a sus hijos. Marcela Otero lo recuerda en esas épocas: "Yo sabía que era casado pero costaba creerlo. Era tan militante que no parecía papá ni marido o, al menos, no se le veía esa faceta. Estaba puesto para el MIR, con una gran incondicionalidad hacia sus dirigentes, los que tenían un carisma que a Pepe aún le faltaba. Su entrega era total, yo dina que hasta casi enajenada. Antes que lo asesinaran también tenía una entrega enorme, pero estaba junto a su mujer, codo a codo, en todas las labores. Había cambiado, ya no tenía esa cosa alocada, era más completo".

Era tanta la pasión que ponía en la lucha que incluso Mario Díaz -su jefe y quien también era del MIR- le dijo un día que, o volvía a cumplir con su trabajo en forma normal o se iba del Canal. Marcela Otero recuerda que ya ni siquiera participaba en la bohemia. "Cerca del Canal estaba el bar Las Bahamas. Un colega tenía cuenta abierta para todos sus amigos pero Pepe no iba. Ya esa vida no tenía sentido para él. Sólo lo tenía la conspiración, salir a pintar las murallas, la chuchoca política".

Ese año el MIR se mantuvo en la clandestinidad porque luego inició las llamadas "acciones directas". Eran los asaltos a bancos "como táctica del momento y por necesidades de pertrechamiento para la preparación militar", como señalaban sus dirigentes. Miguel Enríquez

justificó estas acciones señalando por entonces: "Como alguien dijera, es más inmoral poseer un banco que asaltarlo, especialmente si esto último se hace para cambiar la condición de miseria en que viven obreros y campesinos". Los atracos les significaban importantes botines y sus autores nunca eran atrapados. Excepto en el asalto al supermercado Portofino, cuando se produce la detención de Jorge Silva Luvecci, Juan Martínez Briceño y Francisco Pérez Molina. A ellos se les siguió un bullado proceso, que de hecho se transformó en un juicio al MIR. El Ministro en Visita designado, José Cánovas Robles, llevó el caso de una forma que mereció reiteradas críticas de la prensa de izquierda.

Es justamente en esos meses álgidos cuando Pepe vive una de sus más increíbles anécdotas político-periodísticas. Ocurre cuando acompaña a Luciano Cruz a "entrevistar" al General Roberto Viaux, preso en el Hospital Militar después del "Tacnazo".

Entrevista con "*Pillería*"

Carrasco y Cruz tenían establecidos ciertos vínculos con sectores radicalizados de las Fuerzas Armadas, especialmente de la oficialidad joven. En ello se basaron para dar este golpe de audacia. Contaron con que Viaux debía tener apoyo al interior del Ejército y que, seguramente, por esa vía era posible romper la prohibición de recibir a periodistas o visitas. A través de información que consiguieron de otros lados, lograron contactos que les permitieron ingresar a conversar con

Viaux. Luciano Cruz -que tenía un aspecto absolutamente identificable- se pegó un bigote, se puso anteojos y se vistió con "ropa adecuada".

Pepe relató la aventura en "*Punto Final*" dos años después:

> *"En 1969 el trabajo partidario de Luciano se encamina ya a las tareas de información e inteligencia. El 'Tacnazo' produce una nueva situación en sectores del Ejército que nadie se ha atrevido a investigar más afondo. Las declaraciones de Viaux no permiten dibujar claramente la realidad de sus planes golpistas. Luciano Cruz decide investigarlo personalmente. El hombre más buscado por la policía chilena decide entrar al Hospital Militar donde se encuentra 'detenido' uno de los hombres más protegidos por el gobierno democratacristiano".*

"Con la grabadora bajo el brazo, una pistola Colt 45 en la cintura y un aspecto de despreocupado europeo, ingresa al Hospital Militar a entrevistar a Viaux. El general golpista se siente halagado y accede de inmediato a la entrevista. En ese momento se encuentra ocupado con algunos oficiales y le pide que espere veinte minutos. Luciano acepta y conversa animadamente con la esposa de Viaux y el oficial de Inteligencia encargado de la custodia.

"Luciano, que hablaba francés y algo de italiano, les explica que él es Saverio Tuttino, periodista del 'Paese Sera' (lo cual es un dato real) y en un español italianado

les habla desde la instalación de la planta Fiat en la Unión Soviética hasta el desarrollo económico de Italia. En un momento la esposa de Viaux consulta:

-¿Cómo es el clima en Roma...?

"Tuttino se levanta, se acerca a una ventana y luego responde:

-Chimilare al de acá, pero un poquitino más checo...

"Luego viene la entrevista al general Viaux. Durante algunos minutos el oficial golpista se mantiene en sus declaraciones ya largamente difundidas. Sin embargo, su vanidad es superior a su capacidad de simulación, y luego de solicitar al periodista italiano que apague la grabadora, accede a conversar de todo con el compromiso que la conversación no se dé a conocer hasta después del año nuevo. Corría el mes de diciembre del 69.

"Tuttino no lo deja terminar asegurándole:

-Genérale. lo he chido entrevistadore de mucha persona importanti y chiempre he chabido guardare un checreto...

"La vanidad del general y el hábil interrogatorio del supuesto periodista fueron dejando claramente a la luz los principales aspectos del plan golpista", concluyó su relato Pepe.

Se podría decir que en esos tiempos Pepe era una especie de "productor" en su partido. Ayudaba a que muchas

cosas salieran, y salieran bien. Se encargaba de proporcionar los elementos materiales y humanos para que así fuera. Generalmente, en este último rubro se proporcionaba a sí mismo. Y así, en esta época también se desempeñaba como chofer del secretariado nacional del MIR, que seguía clandestino.

En esta labor le tocó en una ocasión recibir a tres dirigentes de Concepción y trasladarlos hasta el lugar donde se desarrollaría una reunión del Comité Central. El punto de encuentro era la Plaza Italia. Pepe, junto a otro compañero, esperaba a los viajeros. Al encontrarlos, los invitó a dirigirse al auto en que los trasladaría: un huevito de color rojo...

"Pepone", como ya empezaron a llamarlo en esa época, no tenía todavía una participación intelectual en el MIR, pero era un hombre de completa confianza. Para desempeñarse como "chofer operativo" debía serlo. "Esa era una tarea muy importante en condiciones de clandestinidad y a quienes se destacaba para la labor debían tener dos cualidades: ser militantes de plena confianza política, porque se enteraban de todo, y ser eficaces desde el punto de vista técnico", señala Nelson Gutiérrez.

Era común en esa época que profesionales o intelectuales, universitarios y profesores, además de su labor normal, entraran a participar en las tareas clandestinas y conspirativas que desarrollaba el MIR. "Pepe incluso -recuerda Gutiérrez- aportó como chofer

en distintas operaciones y acciones que se desarrollaron en aquella época. También cumplió una labor importante en todas las tareas de información e inteligencia".

Con Luciano Cruz se complementaban en esta tarea. Por entonces, Cruz trabajaba con los periodistas -logró que un importante núcleo entrara a militar al MIR- y era el responsable de Inteligencia. En la recolección de información se apoyaba en su amigo Pepone, que era un hombre esencialmente de acción y que quizás por ello había elegido el periodismo como carrera. Al respecto, Federico Gana recuerda que por entonces tuvo que hacer para su diario una entrevista al MIR en la clandestinidad. "Pepe me citó en una esquina, me dio mil vueltas en auto y llegamos finalmente. Estaban todos los máximos dirigentes. Después me fue a dejar. El era el anónimo, el que organizaba cosas. Se notaba que era un soldado de la causa, que quería trabajar más que ser un dirigente importante".

Pero sin proponérselo, llegaría a serlo. El cambio se produjo con el advenimiento del Gobierno de la Unidad Popular, en 1970.

El periodismo militante

Con Salvador Allende, la izquierda ganaba finalmente la elección presidencial después de tres intentos fallidos a lo largo de dos décadas. Obviamente, la posición que sustentaba el MIR lo había hecho auto excluirse de la coalición ganadora. Frente al triunfo de la Unidad Popular, declaró: "La mayoría electoral de la U.P. significa

un inmenso avance en la conciencia política de los trabajadores, que con certeza favorecerá el desarrollo de un camino revolucionario en Chile. La mayoría electoral ha formalizado un impasse entre los trabajadores por un lado, y los patrones de fundos y fábricas, por otro (...). Los hoy poderosos no cederán sus riquezas y privilegios gratuitamente. La estrategia de la lucha armada, hoy más que nunca, está plenamente vigente (...) El MIR no llama a engaño a nadie ni se sube a carro electoral victorioso alguno (...) Sostenemos que la mayoría electoral de la izquierda o de un gobierno de la U.P. son un excelente punto de partida para la lucha directa por la conquista del poder por los trabajadores, que incorporando nuevos contingentes de masas y bajo nuevas formas de lucha, con seguridad terminará en un enfrentamiento entre los explotadores nacionales y extranjeros por un lado y los trabajadores, por otro. (...) El MIR se propone apoyar el programa de gobierno, buscar su radicalización en los frentes de masas y hoy, como tarea fundamental y urgente, colocar sus esfuerzos en la defensa del triunfo electoral frente a las maquinaciones de la derecha y el imperialismo".

En el primer año del Gobierno de Salvador Allende, Pepe entró a la planta de redactores de la revista "*Punto Final*". Comenzó así una etapa que se prolongaría hasta el Golpe de Estado: la del periodista al servicio de la política. Porque su labor en "Punto Final" y en la Radio Nacional del MIR -donde también trabajó después- serían básicamente un complemento de su principal quehacer a partir de 1971: las tareas partidarias.

"*Punto Final*" había nacido en agosto de 1966. Su director era Manuel Cabieses y su Consejo de Redacción estaba entonces integrado por Mario Díaz, Augusto Olivares y Carlos Jorquera Tolosa, consejo que se fue rápidamente ampliando. La línea de la Revista se explícito en el editorial de su primer número:

> *"Todo órgano de prensa tiene una posición, aun aquellos que se escudan en una aparente 'objetividad'. Nosotros no queremos engañar a nadie. Estamos en la izquierda, o sea, entre las fuerzas políticas y sociales que combaten por el socialismo. Somos, en consecuencia, antiimperialistas y antioligárquicos. Estamos contra el feudalismo y sus nuevas expresiones: el neocapitalismo y el 'gorilismo'. No creemos, por cierto, que el reformismo sea un remedio aconsejable para los países en vías de desarrollo como el nuestro. Por el contrario, estimamos que es un factor de retraso, si no se le combate y denuncia en el proceso de liberación de nuestro pueblo. Buscamos divulgar, por lo tanto, un auténtico pensamiento revolucionario. En esa tarea seremos todo lo amplios que exige la inquietante y compleja realidad nacional. Pero seremos firmes y consecuentes en nuestro propósito. Consideramos que, si bien nuestro pueblo no necesita de tutores que encuadren la dirección de sus luchas, ni de pontífices que digan la última palabra, hay urgencia de entregar antecedentes que actúen como factores estimulantes del combate. Una corriente renovadora del pensamiento revolucionario recorre América Latina. No es ningún misterio que*

ella emana de la Revolución Cubana. Se está manifestando en cada uno de nuestros países, en diferentes formas. Es necesario, por eso, contar con amplios elementos de juicio. No ocultaremos lo que otros esconden. Trabajaremos con armas ideológicas limpias, sin odios ni resentimientos y no rehuiremos la polémica. Pero siempre nos guiará el convencimiento de que las organizaciones políticas que el pueblo se ha dado son instrumentos cuyo perfeccionamiento debe buscarse con lealtad, nunca su destrucción o división. Combatiremos, entonces, al verdadero enemigo. Estamos, en resumen, en el gran cauce del movimiento político y social empujado por las aspas de la revolución socialista que llama a la conciencia latinoamericana. En esa corriente pueden existir, y de hecho existen, matices y opiniones diferentes. Pero todas confluyen a un mismo objetivo. Eso lo tendremos presente".

Pepe se incorporó a "*Punto Final*" en lo que constituyó tal vez su segundo "momento fundacional": el período 70-73. Allí fue destacado por la dirección del MIR debido a que en el equipo de PF no había entonces militantes de ese partido. Los periodistas se irían incorporando después y al final del gobierno de Allende el grueso del staff sería de esa organización .

En la revista, Pepe cumple con lo que se encomienda: "ser el portavoz de la alternativa socialista revolucionaria que se desarrolla en ese período, la que se diferencia y confronta con la política oficial del Gobierno", según

señala Nelson Gutiérrez. En la Revista escribió una gama muy variada de artículos. Entre éstos: "La Verdad sobre la Huelga del Carbón", "Sobre Mitos en la Izquierda", "La Universidad en el Ojo de la Tormenta", "El Fracaso de las Medias Tintas", en que criticó al Ministro de Economía Orlando Millas por su proyecto para el período; "La Escuela Unificada: reto al dominio de la Ideología Burguesa", "Las Empresas deben ser del Pueblo".

En el año 71 también vivió una de las experiencias con la que probablemente más había soñado en los últimos años: conocer Cuba.

Viajó junto a una delegación de periodistas chilenos invitado al Séptimo Congreso de la Organización Internacional de Periodistas, OIP. La misma que lo premiaría póstumamente 15 años después, reconociendo en él a quien ejerció siempre un periodismo de lucha y compromiso creciente.

"Cuba, que linda es Cuba..."

El son de las guajiras recibió al grupo a su llegada a La Habana. Iban representantes de todo el abanico político, incluida la Democracia Cristiana. Dentro de la delegación, la voz de "Pepone" se hacía oír. Pataleaba y discutía cuando algo no le parecía. Había adquirido una gran seguridad en sí mismo. Quedó de manifiesto a raíz de un incidente que se produjo entre los miembros de la delegación.

El grupo de periodistas chilenos debía recibir el premio póstumo a Elmo Catalán. El contenido que debía tener el discurso de agradecimiento fue lo que originó la pelea entre Pepe y otros delegados, entre ellos, los comunistas. El insistía en que se reivindicara el carácter guerrillero de Catalán ya que era un periodista que había dejado la máquina de escribir, la teoría, por los hechos. Había ido, recalcaba Pepe, a pelear a Bolivia para construir una sociedad distinta y más justa y había dado la vida por ello. Sus oponentes pensaban que había que destacar la labor de periodista combatiente y no enfatizar tanto la conducta guerrillera.

En el viaje, Pepe dirigió y organizó, como era su costumbre, un sinfín de actividades. El carácter de real "cuadro" político que ya existía en el MIR quedó en evidencia. Pero la seriedad de su compromiso se mezcló constantemente con un estado de euforia casi infantil por lo que estaba viviendo. Siempre recordaba un episodio que había sido fascinante para él: el viaje por la Selva de Escambray junto a Fidel Castro.

Este surgió a raíz del pedido que hicieron los periodistas chilenos de ver a Castro. La delegación era la "regalona" dentro del evento debido a todo el proceso que se vivía en Chile: el triunfo de Allende y lo que muchos percibían como la segunda revolución en América Latina, lograda por la vía electoral. Ello hizo que la respuesta al pedido fuera una citación para estar a las 6 de la mañana siguiente en el aeropuerto. Cuando subió al avión, el grupo se encontró con los más importantes Comandantes

de la Revolución a bordo. El viaje era al Escambray. Allí, luego de un nuevo recorrido de cuatro horas por tierra, la delegación fue recibida por Fidel Castro, quien los invitó a un completo recorrido por esa provincia.

Para ello los subió a un jeep que él mismo manejó. Pepe se había lesionado un tobillo de modo que Castro pidió al resto del grupo que lo dejaran ir en el asiento delantero. Todos debieron apiñarse atrás. "Yo llevaba la metralleta de Fidel. Anduvimos todo el día por los montes hablando mil y una cosas. Y Fidel dándonos clase de todo", recordaba Pepe. "Nos preguntó que cuánto cemento producíamos en Chile. Todos nos miramos. '¡Pero ustedes no saben nada!', nos dijo riéndose. El sabía todo acerca de Chile. De ese jeep salió la invitación para que viniera a nuestro país. Le dijimos ¿Y cuándo nos va a ir a ver? Y el respondió: 'Invítenme oficialmente y voy'".

El viaje, desde luego, reafirmó sus convicciones, como él señalaba. La certeza de que una revolución socialista era posible en Chile lo hizo participar cada vez con mayor compromiso en la lucha política. Sus tareas partidarias en la época de la Unidad Popular fueron principalmente de agitación y organización.

En la calle y el mitin

En 1972 fue nombrado Jefe de una de las estructuras del MIR llamadas "Grupos Político-Militares", GPM. Según él relataba, el suyo era el GPM-7, y era una estructura de sectores medios, geográficamente ubicada en el centro de Santiago: Mapocho, Matta, Matucana. Todos los GPM

tenían trabajo político de masas y Pepe desarrollaba su labor con los estudiantes secundarios, los empleados bancarios, los medios de comunicación, las industrias del llamado "Cordón Industrial Bellavista", la editorial Quimantú, los canales de televisión e incluso el sector salud.

La tarea era agitar las bases del Partido que había en esos lugares. También preocuparse de que cada estructura tuviera un grupo a cargo de tareas militares que se dividían en operativas, de información, de apoyo, de infraestructura. La creación de este GPM se le había asignado porque se lo consideraba un hombre que entendía que el trabajo de organización era de fundamental importancia. Su tarea debía ser -se le había dicho- atender la "explosión demográfica" del MIR en sectores medios: en trabajadores de la cultura, la prensa, los profesionales. Pepe fue más allá y desarrolló también un trabajo importante en los bolsones de miseria que existían en la zona céntrica de la capital. Se metió en los conventillos y cites y retomó la labor con los arrendatarios, que eran sectores bastante olvidados en el trabajo poblacional de la izquierda desde hacía varias décadas.

Uno de sus grupos favoritos para trabajar políticamente eran los estudiantes. Pepe siempre recordaba que en ese tiempo los "cabros" lo hallaban muy "hinchapelotas" porque les pedía decenas de tareas a la vez. Le gustaba trabajar con los jóvenes, tenía una actitud casi paternal con los de menor edad y pensaba que había que exigirles

porque "pueden dar mucho". Uno de sus más cercanos era Mauricio Jorquera, de 17 años, y a quien mataron después del Golpe de Estado. Pepe recordaba que era brillante y le tenía gran afecto. Con él trabajaba en el Frente de Estudiantes Revolucionarios, FER. Cuando esta organización se tomaba un colegio, Pepe era infaltable. Llegaba con el director de "Punto Final" y con los dirigentes del MIR y se quedaba hasta a prepararles la comida a los jóvenes.

Por entonces también trabajó en el Cordón Industrial de Vicuña Mackenna en tareas de agitación y propaganda. Participaba en el "Coordinador Metropolitano", donde convergían el MIR y los partidos de izquierda que, dentro de la Unidad Popular, alentaron la línea del fortalecimiento del "Poder Popular". Quienes lo vieron actuar en mítines, reuniones y actos callejeros recuerdan que su discurso para "dar la línea" tendía siempre a limar asperezas respecto de las diferencias con la U.P. Sin embargo, era fiero para combatir "el reformismo y las medias tintas", como lo expresaba sin tapujos en sus artículos de "Punto Final". Muchos lo recuerdan sectario "como todo el mundo entonces, estaba imbuido de una sobreideologización", señalan.

Durante esa época también trabajó junto a su colega Gladys Díaz en el sector periodístico. Debían dar apoyo a todo lo que fuera el desarrollo del trabajo de masas a nivel nacional, sobre todo en el campo sindical. A través del Frente de Trabajadores Revolucionarios, FTR, del cual Gladys Díaz era dirigente, el MIR vinculaba su

trabajo con la Central Única de Trabajadores. Pepe también aportaba en el trabajo de difusión y propaganda de la Comisión Política. Según Nelson Gutiérrez, "en el período 70-73 fue cuando mejor la dirección del MIR pudo establecer una relación directa con el proceso político chileno, con la opinión pública, en una relación directa de conducción sobre las clases populares. Ello a partir de un gran trabajo en el campo de la agitación y la propaganda y en el campo periodístico y de los medios de comunicación. Pepe jugó un rol importante en eso".

Era infaltable maestro de ceremonias en todos los grandes actos de masas del MIR. También era quien estaba detrás de la organización de actos oficiales y de conferencias de prensa de la Comisión Política. Era quien se relacionaba con la prensa y los medios de comunicación. Siempre combinando sus dos actividades.

El dramático fin de la U.P.

El problema de las comunicaciones era clave para el MIR y, desde luego, su posición frente a éste era claramente distinta a aquélla de la Unidad Popular. Para ese partido, el Gobierno de Allende era sólo un paso en el proceso revolucionario que había que construir. El conflicto ideológico que vivía Chile en ese momento se explícito básicamente a través de todo el sistema comunicacional. No hubo clara conciencia en los partidos que integraban la U.P. de un problema que para el MIR parecía básico: no era suficiente tener el control de cerca de un 20 por ciento de los medios y mejorar posiciones dentro del 80

por ciento restante que poseía la burguesía para hacer frente a la arremetida de la derecha. Era necesario cambiar el tono del discurso político, planteaba el MIR. "La prensa de izquierda había sido hasta el Gobierno de Frei siempre de oposición, por lo tanto tenía una tendencia a la barricada. Era una prensa especializada en la denuncia política, económica. Esto cambia cuando asume Allende: ya no basta la denuncia, el problema es la construcción de una nueva sociedad y por lo tanto el discurso político debe variar. Eso, la gente del MIR lo tenía muy claro", señala Juan Rojo, quien en 1972 reemplazó a Mario Planet como director de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile.

El conflicto ideológico se explícito muy luego en el Canal 9. Augusto Carmona, miembro del MIR, sucedió como director del Canal a Augusto Olivares y asumió como Jefe del Departamento de Prensa entre 1971 y 1972. En ese lapso le imprimió al noticiero un claro carácter vanguardista, lo que entró en conflicto con la posición frente a las comunicaciones que tenía la Universidad de la cual dependía el canal. Se produjo la toma de ese medio de comunicación. Carmona lideró la acción y Pepe también participó activamente.

Los trabajadores de TV-9 tuvieron que organizarse muy bien. Era necesario para defenderse de los ataques de "Patria y Libertad" y otros grupos que le habían declarado la guerra al Gobierno de la Unidad Popular. Por ello, por ejemplo, se crearon las guardias de noche y otras organizaciones de defensa. Pero más difícil que esta

tarea era seguir funcionando normalmente a pesar de los problemas. Pepe recordaba que el Canal 9 no tenía siquiera película y había que pedírsela a Augusto Olivares del Canal 7. O que el rector de la Universidad, Edgardo Boeninger, y el Consejo Universitario controlado por la Democracia Cristiana, habían cortado la sal y agua a los protagonistas de la toma. Que además había un proceso en los Tribunales de Justicia donde el rector pedía la devolución del Canal, lo que en definitiva logró.

El viernes 7 de septiembre de 1973 las fuerzas policiales entraron al Canal. La decisión de entregarlo la tomaron los trabajadores luego que el Presidente Allende se los pidió en vista del conflictivo momento que se vivía.

Nadie, Salvador Allende tal vez menos que nadie, quería creer en lo realmente dramáticos que eran esos momentos. Y cuan cerca estaba el fin. Nadie quería creer con certeza lo que era *vox populi*.

El 11 de septiembre Pepe confirmó lo que quizás siempre -tal vez desde que escuchaba a su madre contar las historias de los gringos de las salitreras- había pensado. Que eran capaces de hacerlo. Que lo habían hecho. A sangre y fuego. Salvador Allende estaba muerto. El Palacio de La Moneda había sido destruido, y la Junta Militar que comandaba el general Augusto Pinochet se había tomado el poder por medio de un sangriento Golpe de Estado. En horas se había roto la "tradición constitucionalista" de las FF.AA., en la que Salvador Allende creía tan firmemente sólo unas horas antes. La

ciudad estaba militarizada y había enfrentamientos en diversos sectores de Santiago y provincia.

Pepe venía de vuelta del departamento del "Chico" Díaz donde había ido a buscar a Manuel Cabieses, el director de "Punto Final". Como periodistas y militantes, tenían que ver exactamente qué estaba pasando. Cuando iban saliendo del centro, donde quedaba el departamento de Díaz, los interceptó una patrulla de Carabineros en tenida de guerra. Les pidieron los documentos. Ambos portaban sus cédulas de identidad reales. Eran hombres públicos, periodistas conocidos, sobre todo Cabieses que había aparecido más de una vez en las portadas de los diarios. Los procesos por las publicaciones de "Punto Final" -que también afectaron en algunas ocasiones a Pepe- lo habían convertido en el centro de la noticia varias veces. Pasaron al policía sus cédulas de identidad. Este las observó detenidamente. Los estaba dejando ir cuando un carabinero que había mirado toda la escena con cara de desconfiado se acercó. Les pidió nuevamente los documentos de identidad. Partió hacia donde tenían la lista de los "buscados". El nombre de Cabieses estaba escrito allí. Fue detenido mientras a José Carrasco, el "Pepone", lo dejaban ir sin problemas.

Pepe partió raudo, tocando el manojo de llaves que llevaba en el bolsillo: cada una de esas llaves abría una a una las casas de seguridad que el MIR tenía en ese momento.

A Cabieses lo liberaron 24 horas después. Al igual que Pepe, recibió la orden de pasar a la clandestinidad.

Pepe lo hizo junto a Jane Vanini, una joven brasileña que había sido secretaria de "Punto Final" y quien era su compañera desde hacía más de un año. Ella había llegado a Chile para escapar de la dictadura de su país y por ello utilizaba una identidad falsa: "Gabriela Fernández". Juntos vivieron un duro período, clandestinos. El 6 de diciembre de 1974 fue detenido.

La captura

Las semanas que siguieron al Golpe fueron de incertidumbre. De dolor. De muertos. Torturados. Detenidos. Desaparecidos. Para Pepe, como para muchos otros de sus compañeros, eran también días de resistencia. De rebeldía frente al derrotismo. De confianza, necesidad y urgencia de revertir la situación. Su perspectiva no era sólo la sobrevivencia. Primero estaba la lucha, el enfrentamiento a la Dictadura para impedir su permanencia o prolongación en el poder. Estaban convencidos que era posible.

En algún lugar de Santiago Pepe permanecía oculto junto a Gabriela. En el MIR había muchos militantes de otros países latinoamericanos que habían llegado a Chile huyendo de la persecución en sus países. La xenofobia desatada tras el Golpe era feroz. El Partido había ordenado a sus militantes extranjeros asilarse e irse. Pero Gabriela decidió quedarse y continuar con Pepe la

lucha desde la clandestinidad. Resistiría por segunda vez a una Dictadura. Era preciso tener documentación. Pepe consiguió el certificado de nacimiento de su fallecida hermana Carmen. Para los efectos legales Gabriela se llamaría Carmen Carrasco Tapia. Fueron juntos al registro civil a retirar el carné de identidad temerosos de ser sorprendidos.

Pepe la esperó afuera, hasta que la vio salir sin dificultades. El también había cambiado su identidad. Sus documentos lo identificaban como Carlos Alberto Cortés Pérez. Sus padres preferían no preguntar más allá de lo estrictamente necesario. Entendían lo que estaba ocurriendo. De vez en cuando, una llamada telefónica les devolvía la tranquilidad. En un par de ocasiones pudieron verlo porque pedía ver a sus hijos, que entonces tenían sólo cuatro y dos años. Pepe recurría también a sus viejos amigos periodistas. Osvaldo Muray recuerda un llamado telefónico a La Tercera poco después del Golpe. Preguntaba por nombres de detenidos, pedía las informaciones que no aparecían en la prensa.

A principios del 74 Pepe fue citado a un "*punto*", un contacto clandestino. No sabía de qué se trataba exactamente. La situación estaba cada día más difícil. Ya habían sido detenidos varios miembros de la Comisión Política del MIR y en diciembre del 73 había caído Bautista von Schouwen, fundador y miembro del Comité Central de su Partido. Agentes de la Dina lo habían sacado desde una Iglesia, la antigua parroquia de los Capuchinos, y su destino era desconocido.

Llegó hasta el lugar indicado, la Plaza Egaña en la comuna de Ñuñoa, a la hora precisa. Observaba nervioso, con desconfianza. Un bocinazo, unas señas y un hombre que le gritaba "súbete", súbete" acabaron con la espera. No se decidía, no reconocía a la persona. "Ya *pus* Pepone, no *seái* huevón, súbete". Intuyó que era alguien de confianza por la familiaridad del trato. Era Miguel Enríquez, con su fisonomía completamente cambiada. "Mira debajo del asiento y toma lo que está ahí, es por si nos pasa algo", le dijo. Pepe se agachó y recogió un fusil Aka. Conversaron de la situación política y del partido, de quienes habían caído y de las tareas que tendría que asumir. Pepe había sido ascendido al Comité Central y debería trasladarse a Concepción a reconstruir el Comité Regional. Aceptó la misión. Los argumentos y la convicción de Enríquez lo impresionaron: "Esta lucha hay que continuarla hasta el final. Aunque queden diez miristas en pie seré capaz de volver a subirme a las micros para agitar la política revolucionaria y reconstruir el Partido, porque al Partido no lo van a aniquilar". Años después recordaría aún emocionado ese último encuentro.

A mediados de año partió a Concepción junto a Gabriela. El primer tiempo vivieron en la zona carbonera de Lota, en una pieza pequeña, detrás de la casa de una familia minera. En diciembre se fueron a la ciudad de Concepción. Arrendaron un departamento en los altos de un negocio. Era la primera vez que compartían una casa. Pepe compró madera e hizo los muebles: la cama, una mesa, un par de banquetas. La vida clandestina era muy

difícil. Cada mañana salía temprano, manteniendo la fachada de un hombre de trabajo. Durante meses no había conseguido un contacto que le permitiera esperar tranquilo, entre punto y punto. Muchas veces recordó con amargura esa situación. Tenía que dar vueltas y vueltas entre un contacto y otro. Entretanto las malas noticias no paraban. El cinco de octubre Miguel Enríquez había muerto en un enfrentamiento.

Así llegó el seis de diciembre. Daba vueltas en auto haciendo tiempo. Para no llamar la atención se estacionó a leer el diario. Unos policías de Investigaciones se le acercaron a pedirle sus documentos. Todo parecía estar en orden. Seguramente recordó aquella vez en que sorteó a los carabineros cuando viajaba con Cabieses y pensó que nuevamente podría eludir la represión. Sin embargo continuaba preocupado porque uno de los policías revisaba el auto con detenimiento. Pepe no sabía que el control que se le practicaba tenía un por qué. Aunque no lo habían reconocido, se acercaron porque el auto era buscado por haber cruzado una barrera militar sin respetar las órdenes de alto. Pepe ignoraba ese incidente. El auto era prestado. El policía que continuaba revisando encontró debajo del asiento una pistola con dos cargadores. Pepe creyó que aún podía controlar la situación. Les explicó que era un vendedor viajero y que necesitaba andar armado para protegerse. Pero no tenía permiso para portar armas. Fue conducido hasta el cuartel de Investigaciones donde revisaron fichas y antecedentes. "Te pillamos Pepone", le gritaron jactándose, cuando descubrieron a quien realmente

habían detenido. Ya no podía hacer nada. Sólo sabía que tendría que callar y resistir por varias horas las torturas que adivinaba antes de entregar la casa: con Gabriela tenían un acuerdo. Si él no regresaba a las tres de la tarde, significaba que lo habían detenido. Habían fijado un mecanismo de contacto para esa hora. Si Pepe no aparecía, ella debería sacar todos los documentos comprometedores de la casa e irse donde unos compañeros que le ayudarían a viajar a Santiago. El, entretanto, resistiría para darle tiempo.

Desde el mediodía, hora en que fue detenido, Pepe calló hasta pasadas las 10 de la noche. Lo subieron a un jeep y lo llevaron hasta la casa. Pensó que las siete horas que había aguantado le daban tiempo más que suficiente a Gabriela para esconderse. Cuando entregó la casa, tenía la certeza de que ella ya no estaría. Sin embargo, al llegar, los marinos fueron recibidos con una ráfaga.

Cuando se cumplió la hora en que Pepe debía llamar y no aparecía, Gabriela fue al contacto que tenían previsto. Estaba desesperada y anunció a sus compañeros que regresaría a su casa, porque si Pepe estaba vivo lo rescataría. Insistió con vehemencia que ella era capaz de salvarlo. Al verla tan decidida, los amigos la encerraron en un baño mientras salían a dar los avisos de emergencia. Cuando se fueron ella arrancó por una ventana. Llegó a su casa y esperó.

Los vecinos del sector relataron meses después a la madre de Pepe el tiroteo. "Los milicos llegaron muy

confiados a la casa cuando ella los recibió con una andanada. Algunos pudieron escapar. Otros cayeron. Se replegaron, porque llegaron en una sola camioneta. Después pidieron refuerzos. Se subieron a los techos de las casas vecinas, unos 20 se ubicaron en la casa que estaba al frente. Ella se defendía por todos los costados y los mantuvo a raya durante cuatro horas y media. Según me dijeron, parece que se reservó lo último, porque se sintió una estampida cuando ya no pudo más. No le quedaba más que hacer". Aún preso en Talcahuano, un carcelero le contó a Pepe que en el departamento habían encontrado una carta de Gabriela: "Perdóname mi amor, fue un último intento por salvarte".

Al iniciarse el tiroteo Pepe fue lanzado al suelo del jeep, golpeado y sacado del área de fuego. Por algunas horas sintió la balacera, hasta que fue llevado de vuelta a la Base Naval.

La muerte de Gabriela lo marcó para siempre. Durante los 80 días que estuvo desaparecido, durante los 80 días en que nadie reconocía su detención, durante todas y cada una de las sesiones de tortura que siguieron no habló. Ni un solo nombre salió de su boca.

Cuando pasó a libre plática, al campamento de Tres Alamos denunció los tormentos sufridos en un escueto manuscrito sacado por su madre desde prisión, donde resumía los 45 días que permaneció incomunicado en Talcahuano.

"José Humberto Carrasco Tapia. 32 años. Detenido el 6 de diciembre de 1974 a las 12.15 horas aproximadamente en una calle de Concepción, llevado a Investigaciones, vendado allí y fui llevado a la Base Naval de Talcahuano. Interrogatorio inicial con golpes, luego llevado al Fuerte Borgoño. Desnudado y golpeado con pies y manos, luego amarrados los brazos a la espalda fue colgado de los brazos y golpeado en el estómago. Bajado después de un rato para seguir el interrogatorio, golpeado y luego colgado de nuevo en la misma forma que antes, esta vez con un alambre eléctrico fino amarrado en el pene en la parte posterior del glande luego de desplazar el prepucio, otro alambre amarrado a los dedos de los pies. Mientras se me interrogaba me aplicaban golpes de corriente a través de los alambres amarrados. Terminada esta parte del interrogatorio fui llevado de nuevo a la Base. En la madrugada nuevamente fui golpeado esta vez con patadas de kárate en el pecho, puntapiés en la cara y en todo el cuerpo, amenazado con una pistola en la frente y posteriormente dejado semicolgado en un catre varias horas. Los interrogatorios continuaron por varios días (...)"

A pesar de que estaba impresionado por lo que su cuerpo podía resistir, ya que no perdía el conocimiento mientras lo elevaban a puntapiés, el dolor se hacía cada vez más insoportable. Tenía el cuerpo completamente amoratado, negro, desde el cuello hasta los pies. Pensó que no podría aguantar más. Entonces intentó suicidarse. Encerrado y aislado en una celda rompió un plato y se cortó las venas

de las dos muñecas, y con su sangre rayó con consignas las paredes: "Hasta la victoria, siempre". Estaba decidido a morir antes que delatar, pero también había calculado, por las horas de las rondas de los carceleros, que podrían descubrirlo. Eso le daría un tregua para recuperarse. Un guardia lo encontró ya en muy mal estado, pero aún consciente. Estaba lúcido, pero había perdido el control de su cuerpo. No tenía capacidad de reacción ni de movimiento.

Sus carceleros lo necesitaban vivo. Lo trasladaron de urgencia al Hospital Naval. Allí pudo ver a dos médicos que lo atendieron y un sacerdote. El primer médico tras hacerle unas curaciones dio su diagnóstico: "Ya pueden llevárselo". Un segundo facultativo advirtió: "Si se lo llevan así no les servirá para nada más". Abandonado al enemigo, se aferró a la que podría ser una tabla de salvación, un sacerdote que se le acercó . "Padre, me llamo José Carrasco", alcanzó a decirle. "Espérame hijo, vuelvo enseguida", le respondió. Nunca más volvió. Varios meses después, Pepe le explicó a un compañero su decisión de suicidarse: "Ya llevábamos bastante tiempo presos y yo le pregunté por qué esa actitud. Me dijo que antes que vivir con la conciencia cargada de compañeros que podían caer por su culpa, prefería quitarse la vida. Sus carceleros le tenían especial inquina, porque no se había quebrado. Los tipos sabían que tenía contacto con Miguel (Enríquez), sabían que era un viejo militante, una persona muy importante. Sin embargo después del intento de suicidio, el trato cambió. La tortura continuó, pero los marinos le tenían respeto, porque siempre

enfrentó con dignidad la represión, y mantuvo sus convicciones con fuerza".

Pocas veces Pepe hablaba de sí mismo. Menos aún de los tiempos de la tortura. Sólo con sus más íntimos compartió, en contadas ocasiones, sus recuerdos de los días de cárcel. A veces recordaba también esos horribles días, riéndose de sí mismo. Era su mecanismo de defensa. En "*Análisis*", cuando alguien escribía alguna crónica con denuncias por violaciones a los derechos humanos, hacía comentarios, recordando su experiencia. "Fíjate que yo creo que a mí hasta me hizo bien la electricidad, porque me dejó más tranquilo, más lento, más calmado por un montón de tiempo", relataba con risa. De su suicidio también se acordó alguna vez, restándole toda heroicidad. A Nano Cabrera le dijo: "Seré huevón, como ya no aguantaba más las torturas y realmente no me la podía más decidí matarme. Pero en vez de morirme tranquilo me puse a escribir consignas en las murallas y me pillaron y sacaron la cresta por huevón".

A principios del 75, sus padres ya estaban preocupados. Habían pasado la Navidad y el Año Nuevo sin saber nada de Pepe. Ni una llamada telefónica. Comenzaron a hacer gestiones a través del Comité Pro Paz, pero ningún organismo oficial reconocía su detención. Un llamado desde Perú, de su ex esposa Olivia, les confirmó las sospechas. Un ex detenido que había visto a Pepe en Talcahuano había pasado por Lima y avisado a Olivia. Ya era febrero. Sus padres viajaron de inmediato a Talcahuano. La señora Chela recuerda los días de

búsqueda en vano. "Nos mandaban de un lugar a otro. En la Base nos dijeron que él nunca había estado ahí. Fuimos a la cárcel y yo me quebré, me puse a llorar y entonces un gendarme me dijo, 'espérese un poquito'. Parece que fue a hablar con los demás detenidos y cuando volvió me dijo: 'Señora el 20 de enero se llevaron a su hijo a Santiago'".

En Talcahuano, la Cruz Roja también había buscado a Pepe. Un preso les había dicho, delante de los guardias, que allí estaba detenido el periodista José Carrasco, que estaba en muy malas condiciones y que si no hacían algo rápido por él, podía morir. La Cruz Roja exigió verlo. Los marinos le mostraron a una persona que lucía en perfectas condiciones físicas. Pepe estaba en otro lugar. En unas dunas, bajo un sol intenso con el cuerpo herido y amoratado, custodiado por guardias. Cuando los representantes de la Cruz Roja se fueron, le levantaron el castigo.

La Dina lo lleva a Grimaldi

El gendarme que se había conmovido con la madre de Pepe, le había dicho la verdad. El 20 de enero, pedido por la Dina, había sido trasladado a Santiago, a la Villa Grimaldi: una antigua casa patronal, donde había funcionado una boite-restaurant y que después fue habilitada como centro de torturas. A su cargo estaba el coronel Marcelo Moren Brito. Uno de los jefes operativos de la tortura era el "Guatón" Osvaldo Romo. Para adaptarla al nuevo uso se construyeron trece piezas de

madera, una para mujeres y las demás para los hombres. Los presos las llamaban "Casas Chile". Estas tenían un camarote donde dormían cuatro a seis presos, siempre vigilados.

También se levantaron nueve celdas para incomunicados, las "*Casas Corvi*", especie de ascensores de un metro cuadrado. Allí los detenidos no podían moverse y debían permanecer de pie. Ubicadas en una torre estaban las jaulas, que eran como nichos a las que sólo se podía entrar acostado y donde los castigados permanecían por días o meses. Eran calabozos de aislamiento absoluto. Una de las cocinas de la casa fue transformada en dos salas de tortura. Todos los presos compartían el mismo baño, frente al cual tenían que hacer largas colas -el promedio de detenidos era de cien- que aprovechaban para reconocerse y conversar. Frente al baño, estaba ubicada la zona de los privilegiados, aquellos detenidos que a consecuencia de la tortura o para evitarla se habían quebrado y colaboraban con los servicios de seguridad.

La vida en Villa Grimaldi, no era vida. Con la vista vendada, los demás sentidos se aguzaban. Para escuchar los autos que salían o llegaban, los compañeros que sacaban o traían. Para distinguir voces, pasos, órdenes, gritos. Gritos de dolor, de locura y a veces gritos que daban fuerzas para resistir. Era difícil sobreponerse a la desesperación de ver llegar a diario a nuevos detenidos. Aterradora la espera de una nueva sesión de tormentos. Desmoralizante ver cómo algunos se quebraban y colaboraban con los torturadores. Pero también habían

hechos, gestos y actitudes que le daba sentido a seguir viviendo, cuando los límites entre la cordura y la locura parecían haberse perdido.

Para los militantes del MIR una de las situaciones más difíciles que vivieron en la Villa fue la presencia de cuatro dirigentes que colaboraban abiertamente con la Dina. Les llamaban los "huevos", porque se habían quebrado. De sus detenciones se supo cuando hablaron por cadena de radio y televisión y dos días después ofrecieron una conferencia de prensa en el Edificio Diego Portales. Vestidos con chaqueta y corbata, aparecieron declarando que el Partido estaba derrotado política y militarmente, que había que deponer las armas, y que ellos no habían sido torturados. "Jamás nos han sumergido la cabeza en petróleo ni nos han colgado de los pies. Nuestra experiencia como detenidos es muy distinta de lo que afuera se comenta y magnifica", dijeron. "La visión dramática de la realidad que vive la organización lleva al asilo a muchos que hasta ayer condenaban con energía y máxima dureza cualquier actitud de este estilo. La confusión, la deserción, el asilo, la huida, etc., son expresión fiel del desánimo y el desgaste de la moral de muchos cuadros y militantes", declararon. Los "huevos" entregaron una lista detallada de 73 militantes con sus nombres políticos y cargos, indicando si estaban muertos, presos, prófugos, exiliados o expulsados. En la lista, destacada por la prensa como el "balance del MIR" aparecieron como presos o exiliados varios militantes que engrasan las filas de los detenidos-desaparecidos.

Entre ellos Bautista von Schouwen, Julián Radrigán y Luis Carrasco, el Quila.

La actitud de estos cuatro dirigentes no representaba el comportamiento mayoritario de los presos. Había muchos que resistían la tortura y se negaban a proporcionar información. Otros que no consiguieron tolerarla, pero que no por eso se transformaron en colaboradores. Algunos murieron resistiendo, otros sobrevivieron. Entre todos estos, había uno que se distinguía. Los demás presos lo reconocían por su voz, por la forma en que emplazaba a gritos desde una jaula a los "huevos": "¡Traidores. Cobardes! ¿Dónde está el compromiso? Las razones que ustedes aducen para traicionar no son razones. Si tenían discrepancias, ¿por qué no las plantearon frente al pueblo y no frente a los verdugos? ¡Cabrones, podrían vender a su propia madre con tal de salvar el pellejo...!". Quien vociferaba, arriesgándose a volver a ser torturado, era Pepe.

Renato, un ex preso de la Villa Grimaldi, recuerda lo que significaba escuchar estos gritos desafiantes. "Era un gran apoyo moral para continuar resistiendo la tortura. Sentíamos que si había otros capaces de resistir, nosotros también podíamos. Yo no entregué a nadie. Pepe tampoco. Pero él tenía además esa capacidad para interpelar a sus torturadores y enfrentar a nuestros propios compañeros que estaban entregando gente. Eso nos ayudaba a mantenemos. Yo recuerdo al Pepe en la Villa, con su capacidad de poner una primera defensa,

una barrera de contención al embate del enemigo en contra de la gente nueva que llegaba e iban a torturar".

Gloria, que también conoció a Pepe a través de sus gritos en la Villa reflexiona sobre el valor de su actitud. "El tuvo un papel muy importante en términos de retomar la perspectiva de la victoria, la perspectiva de la resistencia y la necesidad de salvaguardar al partido como instrumento del pueblo. El, a pesar de todo lo que le había pasado, tenía aún la fortaleza para enfrentar a los detenidos que estaban quebrados colaborando. Constantemente estábamos en una situación límite y tremenda, donde sólo imperaban la tortura y la muerte. En situaciones como ésa, el derrotismo y cosas así encuentran plena justificación, porque están ligadas a tu anhelo de vivir, tu derecho a vivir. Estás en la más absoluta y total derrota ahí dentro: imposibilitado de actuar, en manos de tus enemigos, sin posibilidades de mirar al futuro, con todo un movimiento popular en repliegue. Si te pones con 'sentido común' te estás jugando la vida y todo lo demás se perdió. Y ése era el problema. Había que plantear que no todo estaba perdido, que podía haber una derrota, pero que los partidos no son instrumentos de un par de hombres, sino para los pueblos, su historia. Y esa concepción la transmitía el Pepe, y muchos otros que, como él, resistieron".

Martín coincide con sus ex compañeros de prisión en la imagen que proyectaba Pepe. "Era una persona que irradiaba una fuerza muy grande. Siempre veía lo

positivo, cómo mantenerse, cómo tratar de mantener arriba el ánimo de toda la gente. En ese sentido pienso que hay compañeros que cumplen un papel muy importante en esas condiciones extremas, al mantener la dignidad, los valores, y al transmitir eso hay mucha gente que se afirma. Lo característico del Guatón fue no aceptar el atropello. Porque ahí estábamos a merced de ellos, que trataban de quitarte todo resto de dignidad para quebrarte. Y él, en esas condiciones, defendía sus ideas, lo que le significó castigos".

Aferrándose a la vida

Aprovechando las mínimas concesiones de sus carceleros, los presos se las arreglaban para reconocerse, hablar un poco, saber quién era quién, ubicar a los nuevos, averiguar a quién estaban buscando, tratar de mandar información para afuera con los que salían a Tres Alamos, e inventar formas para romper con la lógica de la muerte. Las interminables colas para ir al baño eran siempre muy bien aprovechadas para compartir información que servía para contrarrestar el poder omnímodo de la Dina. Los reclusos se las arreglaban para hacer algunas tareas, como barrer o limpiar el jardín, aunque fuese con los ojos vendados. Eran las únicas oportunidades que se podían aprovechar.

Las "*Casas Chile*" estaban separadas por tabiques de madera. Ello les permitía conversar de una celda a otra cuando los guardias les daban un respiro. En esas oportunidades trataban de distraerse y jugaban a las

adivinanzas, a identificar personajes. Ramón, otro preso, recuerda de esos días un hecho que lo impresionó mucho. "Todos los presos le preguntaban la hora a Pepe, desde todas las habitaciones, y él siempre la daba, y era más o menos real, como después pudimos comprobarlo. Tenía una percepción del tiempo que lo hacía ubicarse en los días y las horas que iban pasando. Eso era muy importante para nosotros, porque era asentarnos un poco en la realidad y mantener algún elemento de normalidad como el tiempo. Era algo que fortalecía, cuando al lado tenías compañeros derrotados o estaban los otros cuatro dando la conferencia de prensa".

Junto a las sesiones de tortura, otro factor angustiante eran las salidas de los agentes en busca de detenidos, que muchas veces eran anunciadas para sembrar mayor pánico y desmoralización. Martín revivió así esas horas: "A veces llegaban y nos decían, 'tenemos al Guatón Gutiérrez y la casa'. Empezábamos a mirar para afuera y había cinco o seis autos, los tipos con armas, pasando balas. Nos quedábamos sufriendo de una manera increíble, esperando. Se producía una enorme tensión hasta que se habría el portón y regresaban los autos. A veces no pasaba nada. Pero, otras veces volvían con gente, entonces había que identificarlos para ponerlos alerta. Nos preocupaba mucho poder darles indicaciones de cómo enfrentar la tortura. Porque cuando uno cae, lo más angustiante es no saber qué va a pasar. Lo desconocido es lo que produce más pánico. Entonces nos preocupábamos de transmitir rápidamente la experiencia acumulada". La solidaridad era muchas veces

sinónimo de vida. Continúa Martín: "Eramos capaces de dividir un pan en 20 pedazos para que alcanzara para todos. A mí me impactó mucho un hecho. Había un compañero que lo habían torturado mucho y lo tenían sin agua ni comida. Nosotros salíamos al baño en la mañana y en la noche. En la celda éramos ocho personas. Era muy chica. Sólo podíamos estar de pie o sentados. Y los ocho cuando nos sacaban al baño volvíamos con agua en la boca, no mucha para que no se notara, y se la dábamos al compañero que estaba botado en el suelo".

En Grimaldi también hubo hechos insólitos que, en su momento, fueron dramáticos, pero que vistos desde el recuerdo aparecen como anécdotas tragicómicas. Una de ellas ocurrió cuando cayó Patricio. La Dina llegó hasta su casa y sacó todo como botín de guerra. Al llegar el camión a la Villa llevaron a algunos presos, Pepe entre ellos, a bajar las cosas. Relata Martín: "Entre la carga del camión había unos fusiles Aka, entonces otro de los presos le dijo a la mujer que los vigilaba. 'Jefa, aquí hay unos Aka'. No le creyó y le dijo 'quédate con ellos'. Este insistió en que era verdad, y ella al darse cuenta palideció. Pepe andaba por otro lado descargando unos muebles, pero cuando se dio cuenta casi se murió de rabia. 'Huevón, le decía, teníamos el camión, los Aka'. Siempre lo retó por haber avisado".

La rutina en la Villa también se rompía cuando se anunciaba la salida de presos. Comenzaba nuevamente la incertidumbre. Se sabía que a algunos los llevaban a Tres y Cuatro Alamos. Pero también se sabía que había otro destino. Desde 1974 había compañeros que no volvían,

que no aparecían. Pepe había sido sacado a Cuatro Alamos en una oportunidad y luego regresado a la Grimaldi. Por segunda vez lo formaron en el patio junto a un grupo de presos donde les entregaban las pertenencias con las que habían sido detenidos. Por debajo de la venda que le tapaba los ojos vio al lado suyo a una mujer que nerviosamente revisaba su cartera. Era Gloria, que había encontrado en su bolso un papel que podría acarrearle problemas. Temía ser llevada a la Academia de Guerra de la Fach donde permanecían otros presos políticos del MIR. Pepe notó su alteración. "Si tienes algún problema, pásame el papel, yo me lo como", le ofreció. Al escuchar su voz, ella se dio cuenta que se trataba del "loco" que le gritaba a los "huevos". Gloria estaba asustada. "¿A dónde nos llevarán?", comentó con su vecino. "No sé, dijo Pepe, pero peor que esto qué puede haber. Tranquila". A los pocos minutos los subieron a un vehículo. Al ser desembarcados, una voz anunció: "Están en Cuatro Alamos, están incomunicados. Pueden sacarse las vendas".

Los Alamos

El campamento de Cuatro Alamos era considerado un lugar de tránsito, de "recuperación" para los presos antes de pasar a libre plática. Pero no siempre era garantía de vida o libertad. Algunos presos debían volver a Villa Grimaldi para responder preguntas pendientes. Muchos no regresaron. El campamento estaba ubicado en la comuna de San Miguel, rodeado de los árboles que le habían dado el nombre. El recinto, controlado también

por la Dina, estaba bajo el mando del coronel Orlando Manzo, un oficial de gendarmería conocido como el jefe "*carapálida*".

Los presos permanecían hacinados en trece celdas. Pero tenían algo a su favor: sin las vendas habían vuelto a ver la luz. Las piezas estaban distribuidas una al lado de la otra en un pasillo que enfrentaba un patio pequeño cerrado por una muralla alta. Al igual que en la Villa, compartían un solo baño -con cuatro WC y cuatro lavamanos- que también se había transformado en un lugar de contactos. Una de las preocupaciones era llevar la cuenta de los presos, pues ya se intuía a los desaparecidos. En esos días Laura Allende era la depositaria de los nombres. Todos suponían que por ser hermana de Salvador Allende podría salir antes.

Desde una celda a otra se conversaba mucho. Los detenidos se conocían y reconocían con ansiedad. Todos dependían de todos, aunque en una mínima medida. Las distancias eran acortadas a través de un alfabeto de manos. Entre las piezas contiguas se podía hablar, pero sin verse. Las migas de pan tenían un valor insospechado. Recuerda Gloria: "Nos mandábamos regalos que dejábamos en los baños. Eran figuritas hechas con migas de pan que pintábamos con rouge o raspado de pasta de zapatos. Pepe siempre nos mandaba regalos a todas con unas tremendas dedicatorias". Las migas también servían para jugar. Cuenta Arturo: "En Cuatro Alamos yo estaba en una celda al lado de Pepe y ahí nos hicimos más amigos. Jugábamos ajedrez. Dibujábamos tableros con el

yeso del techo y hacíamos las piezas con las migas de pan. No nos conocíamos físicamente pero nos reconocíamos por la voz. Un día le vi la cara. Alguien, no sé cómo, metió un espejo a la pieza, entonces lo sacábamos por la ventana para conversar con los compañeros de las otras celdas y nos veíamos las caras".

Hasta el 20 de febrero de 1975, la familia de Pepe no había conseguido ninguna confirmación oficial de su detención. Ese día al ver la televisión se sorprendieron al escuchar a cuatro hombres identificados como dirigentes del MIR que entregaban una lista detallada sobre la situación de 73 militantes de dicho partido. Entre ellos fue nombrado "José Carrasco Tapia, Pepone, suplente designado para la comisión política, preso". Cuatro días después Pepe fue trasladado al campamento de Tres Alamos, donde quedó en libre plática.

La llegada a Tres Alamos tenía un sabor dulce y amargo.

Después de meses se producía el reencuentro con las familias, con el exterior, con una parte de la realidad, una parte de la normalidad. La primera visita que Pepe recibió fue la de su hermano Raúl. Sus padres todavía lo buscaban en Concepción. "Fui el primero en verlo. La impresión fue muy fuerte. Había dejado de ver a Pepe pesando 90 kilos y entonces sólo pesaba 70. De ánimo lo vi bien. Ya había pasado lo peor. Pude verle las marcas de la tortura. Tenía aún los brazos desgarrados por todo el tiempo en que lo habían tenido colgado. Estaba notablemente emocionado y con el cuerpo muy

adolorido. Estaba afectado por la muerte de su compañera".

En Tres Alamos también se producía el encuentro con otros familiares. Muchas madres y esposas, que buscaban desesperadamente a amigos y compañeros cuyo rastro se había perdido. Los presos les relataban que habían estado juntos en Villa Grimaldi, en Cuatro Alamos, que los habían visto, que los habían tocado, que habían compartido dolores y cariños. A muchos los habían visto irse, se habían despedido y esperaban encontrárselos allí, en Tres Alamos, pero no estaban.

En la primera semana de marzo, entre las visitas había una mujer joven que preguntaba por su esposo. Había sido detenido en enero de ese año en Viña del Mar. Muchos de los presos lo recordaban porque en la Villa siempre hablaba de su hijito que tenía apenas 18 días cuando la Dina lo había detenido. Alfredo García Vega era su nombre. Quien lo buscaba era Silvia Vera. A Tres Alamos ella iba a visitar a un detenido de Viña que había estado con su esposo una semana antes. Todos los que habían conocido a su marido en la Villa le contaban de él, le entregaban su testimonio y le daban fuerza. Pepe también lo hacía. "Cada vez que fui a ver a mis amigos, a averiguar si sabían algo nuevo, Pepe se acercaba a saludarme, a preguntarme por mi hijo, a darme algunas palabras de aliento, a decirme que fuera fuerte, que había que tener fe, que yo no estaba sola. Me impresionaba mucho ver a este hombre que se veía fuerte, con todo el cariño, la fuerza y solidaridad que entregaba, mientras yo

pensaba que debía estar muy destrozado por dentro, tal como estaba yo. El ya sin esperanzas, porque su compañera había muerto. Yo todavía confiaba en encontrar a Alfredo. Era capaz de darme fuerzas, estando preso, y después de haber sido salvajemente torturado".

En el nuevo campamento los presos tenían las posibilidades de organizarse y desarrollar actividades para sobrellevar la rutina del encierro. La dirección de los reclusos descansaba en el "Consejo de Ancianos", donde estaban representados todos los partidos. Se organizaban comisiones de solidaridad, de cultura y deportes, entre otras. Se montaban obras de teatro, se hacían campeonatos de baby fútbol y mucha artesanía.

Los partidos políticos tenían su dinámica interna propia. El mayor margen de libertad de que disponían en la nueva prisión les permitía reunirse, conversar y evaluar. Pepe era el jefe del MIR en Tres Alamos y, según sus compañeros, fue el "arquitecto de una concepción para reconstruir el Partido en prisión". La tarea no era nada fácil. Se había producido un intenso debate a partir de las conductas que habían tenido los militantes frente a la tortura, había que fijar criterios que permitieran reorganizarse, y no se tenía ninguna experiencia al respecto. Martín recuerda: "Por esos días hicimos una especie de Pleno que fue muy importante. En Tres Alamos había algunos miembros del Comité Central, entre ellos Pepe, y otros directivos que llegaron desde la Sifa en tránsito a la cárcel. Se hizo una evaluación del partido, de la situación en los distintos campos de

prisioneros y fijamos algunos criterios sobre el tipo de organización a crear y cuáles serían las características de la militancia en prisión".

Ramón, un militante de base que veía el proceso desde afuera, recuerda que la situación era bastante delicada. "Los diversos comportamientos unte la tortura de los compañeros, sumado a la actitud de 'los cuatro', obligaban a asumir a cabalidad lo que era el compromiso partidario para conducir los nuevos enfrentamientos que, desde la cárcel -como puesto de lucha- había que empezar a desarrollar. Pepe tenía una gran firmeza y flexibilidad para entender los problemas. Firmeza en los principios y actitudes, y flexibilidad para entender esos principios y actitudes en función de las realidades que se iban presentando. No se podía acusar en general a cualquier compañero de traidor a la causa del pueblo, sin antes conversar con ellos, de sus motivaciones, de lo que habían entregado, de lo que habían callado. Pepe asumió esa tarea. El era respetado por el comportamiento que había tenido ante la tortura. Era eso lo que lo legitimaba como miembro de la dirección al interior de la cárcel".

En la discusión surgieron criterios drásticos para analizar la conducta de los militantes. Pepe hizo una proposición que fue recogida. Relata Renato: "Planteó que aquel que en la tortura había entregado a compañeros era merecedor de una crítica muy severa y de una sanción orgánica que le permitiera reconocerse en un nivel distinto; que tenía que seguir siendo miembro del partido todo aquel que, aun entregando recursos u otros

compañeros, lo hubiese hecho contra su voluntad; que todo aquel que sin haber sido torturado hubiese entregado gente no sería más miembro del partido; que todo aquel que incluso habiendo sido torturado hubiese entregado información, en disposición de colaboración con el enemigo, no podía ser miembro del partido. Y que la categoría de traidor se le aplicaría sólo a aquellos que voluntariamente habían entregado información al enemigo". Los resultados de la discusión se redactaron en un documento que se envió clandestinamente a otras prisiones. Para Martín las conclusiones del Pleno estuvieron muy relacionadas con un proceso de madurez que se dio en todos los militantes a partir de la experiencia que les había tocado vivir. "Cuando uno se enfrenta a la represión, a la tortura, se empieza a tener una percepción distinta de la vida, porque haces una revisión de lo que eran tus relaciones personales, afectivas. Todos estos problemas que te planteas en esta situación extrema, en que rescatas los valores importantes, permiten una reflexión mucho más amplia. Esto fue muy positivo porque creo que ahí el partido maduró. Eso es muy importante para ver la política. La ves desde otra perspectiva, más amplia, abres tu horizonte. Hay cosas que se reafirman como fundamentales, y se entiende que todo este proceso tiene como centro al hombre, y que si no somos capaces de comprender la dimensión del hombre, no estamos cumpliendo con el objetivo central".

En abril de 1975, un número importante de presos de Tres Alamos fue trasladado al campo de prisioneros de Puchuncaví.

Melinka de Puchuncaví

En la Quinta Región, cerca del balneario de Maitencillo está ubicado el pueblo campesino de Puchuncaví. Allí, 25 cabanas construidas originalmente para veraneos populares fueron cercadas con alambres de púas entre los años 1974 y 1976. Dieron origen al campo de prisioneros conocido como Melinka de Puchuncaví. Los detenidos que pasaron por allí oscilaron entre los 200 y los 260. Llevados desde Tres Alamos y otras prisiones, permanecieron hasta noviembre de 1976 bajo el control de infantes de Marina.

La rutina de cada día tenía cierta organización militar. Había formación diaria y se pasaba lista. Sin embargo, los presos disponían de la mayor parte del tiempo para desarrollar actividades que ellos mismos organizaban. Hicieron escuelas de alfabetización, economía, política, de acuerdo a los intereses y a los conocimientos de los reclusos. Entre ellos había intelectuales, obreros, destacados dirigentes y anónimos militantes. Los partidos tenían su organización interna y se coordinaban en una dirección única al interior del campo: el Consejo de Ancianos.

El sentido de estar organizados y mantenerse en actividad no era sólo el de distraerse o "matar el tiempo", cuenta Renato. "Había una necesidad de generar

actividad permanente para mantener la cohesión del colectivo ante las provocaciones y actitudes represivas que mantenía la Infantería de Marina. Los tenientes a cargo de los presos se rotaban una vez a la semana, y cada uno traía un criterio distinto. Algunos querían intervenir en la vida interna del campamento, otros no se metían, otros querían imponer más disciplina. Entonces era una lucha constante por mantener cierta autonomía, por impedir que intervinieran en nuestras actividades".

Cada mañana tomaban desayuno, todos juntos, y luego de la formación se disgregaban en las distintas actividades programadas por los comités de cultura, deporte o solidaridad. Los días viernes había actos culturales que se preparaban durante el curso de la semana. Dentro del campamento había un almacén donde se compraban los diarios y también se podía hacer encargos de compras especiales al pueblo. Para complementar la escasa y manipulada información que traía la prensa nacional, los presos crearon un sistema de radio-escuchas. Estaba prohibido tener radios de onda corta en el campamento, pero un grupo de expertos se las ingenió para escuchar las noticias de Chile que se transmitían en el exterior. Era una alternativa para mantenerse informados. Cada día preparaban un boletín con las noticias más importantes que lograban captar y las distribuían entre las distintas cabanas. A su vez, los familiares en las visitas les llevaban y traían noticias de los presos políticos de otras cárceles. Así se vinculaban con el Chile del otro lado de los alambres de púas.

El deporte era una actividad que despertaba mucho interés. Los más atletas practicaban fútbol, baby o basquetbol, entre otros. Los mayores se dedicaban al ajedrez u otros juegos de mesa. En Puchuncaví Pepe se reencontró con el basquetbol y volvió a apasionarse como en su época de estudiante. Andrés, un joven preso, recuerda lo impresionado que quedó al verlo jugar: "Era bueno, se notaba que había jugado en la época de colegio. Sabía. Era cabeza de un equipo, entrenador, arbitro y jugador. Conocía la jerga. Era lento, porque estaba gordo y tenía pie plano, pero se ubicaba. Tenía buena puntería y peleaba los puntos". Renato cuenta que "era el único lugar donde se picaba, le ocurría cuando se hacían campeonatos por cabana de acuerdo a los colores, roja, rosada, verde, amarilla. Como era bueno, tiraba de lejos, se ponía 'cuatiquero', entonces los demás, cuando iba corriendo, le agarraban el poto y saltaba furioso, exigiendo seriedad en el juego".

En prisión Pepe se relajaba mucho haciendo artesanía. Generalmente escogía trabajos complicados que después regalaba a su familia. A sus hijos les hizo unos *Cuatro*, instrumento musical parecido a la guitarra, del folklore venezolano. Se consiguió con unos viejos militantes comunistas, mas expertos que él en los trabajos manuales, unos moldes y mandó comprar madera. "Se pasaba todo el día cepillando con lija los Cuatro, en las reuniones, en todas partes, nos tenía aburridos", recuerda Renato. A su madre le hizo un sol azteca con yeso que mandó a comprar al pueblo, aprovechando unos moldes abandonados por otros artesanos. También

incursionó en los trabajos de telares y hueso. Sus padres iban a Puchuncaví todos los fines de semana. Una amiga les había prestado una casa en Quintero a donde llegaban cada viernes para regresar los domingos a Santiago.

Andrés recuerda que "se notaba que se querían mucho. El papá era igual a él, estaban horas conversando y el Pepe los presentaba a todos. Eran amigos de casi toda la gente, eran como los papas de todos".

En Puchuncaví, Pepe destacaba como dirigente entre los presos. "Conversaba mucho con la gente, con toda la gente, y no sólo de política. También conversaba con los comandantes que se iban turnando. Estos lo veían como dirigente, se le acercaban para advertirle cosas, o para pedirle algo. Ellos también percibían que era un líder. Era respetado por todos, incluso por los carceleros, excepto por aquellos que eran siempre 'perros'. A mí siempre se me acercaba y me preguntaba por mi familia, que dónde estaban, si pensaba volver con ellos cuando saliera. Se preocupaba por los demás. Cuando yo llegué a Tres Alamos, me acerqué a él porque era al único que ubicaba. Y él se las arregló con alguien de las visitas para que le avisaran a mi familia", relata Andrés.

Revolcándose de dolor

En julio de 1975, los presos de Puchuncaví lloraron. Se revolcaron de dolor en el suelo. De impotencia. De ira.

Al recoger los diarios en el almacén y leer los titulares enmudecieron. Leyeron con horror: "Exterminan como

ratas a miristas"; "Feroz purga entre marxistas chilenos"; "Extremistas chilenos se matan entre ellos"; "Miristas asesinan a 60 de sus compañeros"; "Sangrienta vendetta interna hay en el MIR"; "Matanza entre miristas deja al descubierto burda maniobra contra Chile".

El 18 de julio, desde Buenos Aires, la revista "*Lea*", en su única edición, informó que cerca de "60 extremistas chilenos han sido eliminados en los últimos tres meses por sus propios compañeros de lucha, en un vasto e implacable programa de venganza y depuración política". Se entregaban los 60 nombres completos -dos nombres y dos apellidos- de las víctimas. Días después otra lista era publicada por el desconocido diario brasileño "*O'Día*". Allí figuraban otros 59 nombres de "extremistas chilenos, muertos, heridos y evadidos, identificados en recientes encuentros con fuerzas policiales argentinas". Las dos publicaciones habían sido inventadas con el solo propósito de publicar la "noticia".

Los 119 nombres, en su mayoría estudiantes, 101 de ellos hombres y 18 mujeres, correspondían a personas detenidas por la DINA entre 1974 y 1975, y por quienes se habían presentado recursos de amparo. Había incluso cuatro casos en que el gobierno había reconocido oficialmente las detenciones.

Detrás de muchos nombres, los presos de Puchuncaví recordaron rostros de amigos, compañeros con quienes habían compartido días de cautiverio, en Villa Grimaldi, la casa de tortura de Londres, la de José Domingo Cañas.

También estaban los nombres de viejos amigos que habían dejado de ver desde el Golpe. Leían con desesperación los diarios, repasaban una y otra vez las listas de nombres. No querían creerlo. El comentario era generalizado: "Están matando a nuestros compañeros". Se descifraba así parte del enigma de los desaparecidos.

El dolor no podía transformarse en resignación. En lamentos. Había que hacer algo. "Había un imperativo moral muy grande, dice Martín. No podíamos permitir que la Dictadura montara una farsa de esa naturaleza y nosotros quedarnos callados". Renato recuerda haber visto a Pepe indignado, excitado horas después de conocerse la noticia. "Decía que era imperdonable no hacer algo. Entonces junto a otros se le ocurrió hacer la huelga de hambre. Porque Pepe tenía una característica que lo llevó a la muerte: no podía vivir si no tenía la conciencia tranquila".

Afuera, los familiares de los 119 y de todos los detenidos desaparecidos estaban destrozados. Cuando la noticia salió en los diarios se agolparon en las oficinas del Comité Pro Paz. El ambiente que allí se vivía era desgarrador. Algunos familiares se desmayaban. Se sentían los gritos de dolor. Algunas mujeres se golpeaban la cabeza contra las murallas. Silvia Vera recuerda que en la búsqueda de su marido Alfredo García se enteró de las listas. "Estaba en el Servicio Nacional de Detenidos, Sendet, preguntando nuevamente si se sabía algo de Alfredo. Una compañera me dijo que no siguiera preguntando, que nos fuéramos al Comité Pro Paz, que

había una lista terrible. Yo conocía la de los primeros 60 nombres, y le dije que Alfredo no figuraba en ella. Ella me contó entonces que había una segunda lista con otros 59 nombres. Tomamos un taxi y nos fuimos. En el Comité ya estaban chequeando los nombres. Mis amigas, esposas de otros compañeros detenidos con Alfredo, dieron sus nombres y no aparecían. Yo di el nombre de Alfredo, con la casi absoluta certeza de que tampoco iba a aparecer. La persona se demoró un poco en responder y preguntó: '¿Alfredo Gabriel?'. Sí, respondí. 'Está en la lista', me dijo. Por un instante fue como estar muerta. Me sentí absolutamente vacía. Me dieron un calmante. No pude hablar. No lloré. Me trajeron agua y los diarios y vi La Segunda con su titular que nunca pude olvidan 'Se exterminan como ratas'".

En Puchuncaví, la dirección del MIR se reunió y Pepe planteó allí con fuerza la necesidad de denunciar el montaje del régimen con una huelga de hambre, cuenta Martín. "El Guatón cumplió un papel fundamental en la realización de la huelga, porque era un momento muy difícil. Estábamos en un campo de concentración, y tomar esa decisión significaba asumir la responsabilidad histórica de lo que pasara. Hubo grandes discusiones. Las opciones eran de que pudiéramos realmente realizar el movimiento sin que pasara nada, o que algunos compañeros fueran asesinados". Renato recuerda que Pepe le preguntó su opinión. "Le dije que lo más probable era que nos fuéramos todos 'al piso', pero que si no lo hacíamos, no valía la pena vivir. Se hizo una evaluación del momento político, de la correlación de fuerzas

nacionales e internacionales, ¿el aislamiento de Pinochet. Pensamos que era muy difícil que Pinochet cargara con una matanza de presos políticos y que por lo tanto era factible ¿ar una respuesta como la que nos proponíamos. Se empezó a hacer reuniones de célula para intentar una respuesta rápida. Se discutió con los otros partidos. Algunos se sumaron. Otros decidieron no participar, planteaban que en la cárcel había que resguardar los cuadros. Nosotros siempre entendimos la cárcel como un frente de lucha y nos interesaba mucho lo que los presos, en estas cuestiones de derechos humanos, pudieran hacer".

Después de tomar la decisión se esperó hasta el día antes de la huelga para consultar al resto de los presos. Había que evitar filtraciones. La noche de la víspera, los presos caminaban en grupos, discutiendo, consultando. Se eligió una dirección para encabezar la huelga, distinta a la dirección del partido. Se dejó a algunos militantes afuera para que manejaran las comunicaciones con los familiares, porque suponían que iban a ser aislados.

Un paso al frente

El 25 de julio de 1975 fue un día asoleado. A las 11 de la mañana los dirigentes de la huelga se dirigieron a la oficina del oficial de guardia del Campamento de Puchuncaví a entregar una carta firmada por 98 presos. Ahí comunicaban que "a partir de este mediodía nos abstendremos de consumir todo tipo de alimentos a excepción de agua, como una forma de protestar ante la

matanza de compañeros que estuvieron detenidos en Villa Grimaldi y otros centros de tortura, de lo cual la mayoría de los presos políticos que estamos en Puchuncaví hemos sido testigos, y que ahora se hace aparecer como muertos en purgas internas fuera del país".

Un oficial los hizo pasar y leyó la carta. Todos estaban muy nerviosos. Sabían lo que estaban arriesgando, pero ya lo habían discutido hasta el cansancio. Estaban convencidos de lo que hacían. Al concluir la lectura, el oficial levantó la vista y les preguntó si se trataba de una broma. Recuerda Renato: "Le dijimos que no, que en Chile se torturaba, que se estaba haciendo una masacre y que estábamos decididos incluso a morir si el Gobierno no nos entregaba una respuesta". El oficial los despidió lacónicamente: "Se pueden retirar".

Afuera, los demás presos esperaban nerviosos. Al verlos salir suspiraron con un poco de alivio. El ambiente seguía cargado de tensiones. Imaginaban que habría una respuesta. Probablemente una represalia. A la hora del almuerzo los 98 huelguistas no concurrieron a los comedores.

Tal como lo esperaban, un rato después comenzó el movimiento. Se sintieron autos que llegaron raudos. Traían una comitiva encabezada por el comandante Soto Águila, de la Marina. Todas las alarmas del campamento comenzaron a sonar y los 200 presos fueron formados en una cancha. Recuerda Renato: "Pepe se me acercó.

Estamos jodidos, pensamos. Me dijo: 'Si aquí nos van a matar, yo me hago responsable. Los dirigentes del Partido saldremos adelante, ustedes quédense atrás. Diremos que nosotros los mandamos'. Yo le dije que cómo se le ocurría plantear eso, que los dirigentes de la huelga íbamos a asumirla porque ya nos tenían identificados y que no tenía sentido mostrar a la gente que era más capaz".

El comandante Soto Águila comenzó a hablarles duro. Los presos permanecían formados en silencio rodeados por los infantes. "Esto es un improperio a Chile, un acto deleznable. Los desaparecidos son patillas de los comunistas y ustedes lo que quieren es salir en la radio Moscú. Esto, el Gobierno lo va a silenciar. Procederemos de acuerdo al Código de Justicia Militar. Si deponen su actitud no habrá represalias. Tienen diez minutos para pensarlo". El comandante rompió la declaración de huelga y esperó.

Andrés: "Fue un momento terrible. Ahí se produjo la diferencia entre firmar el papel y dar el paso adelante. Nos querían quebrar porque pensaban que la mayoría estaba presionada por un pequeño grupo".

El comandante retomó la palabra: "Yo sé que no todos ustedes están de acuerdo. Los que estén de acuerdo, un paso adelante".

Renato: "Pensamos que nos iban a llevar a la cancha de fútbol y nos iban a matar, o que nos iban a tirar a los alambres de púas, como lo habían hecho una vez".

Andrés: "Después de unos segundos miré a mi mejor amigo y dimos el paso. Estábamos cagados de susto".

El Comandante sorprendido vio cómo lentamente más de 90 presos rompían las filas. Los primeros fueron los dirigentes. La mayoría de los firmantes ratificó en ese momento su decisión. Algunos se arrepintieron. Otros se sumaron. Al final, el grupo había crecido: más de la mitad del campamento se integró a la huelga.

Los huelguistas fueron aislados en un sector de cabañas deshabitadas. De tanto en tanto un guardia los visitaba: "Los que quieran, pueden salir a comer", anunciaba. La primera noche sintieron mucho miedo. Encerrados, escuchaban el movimiento de camiones y, se imaginaban lo peor. Para contrarrestar el susto cantaban. Martín: "Esa noche hicimos un acto cultural absolutamente '*puntudo*'. Cantamos todas las canciones que se nos ocurrió. Recitamos a Guillén. Fue muy importante, incluso los guardias se impactaron: algunos nos tiraron cajetillas de cigarrillos".

Andrés: "A la mañana siguiente mandaron a tres tipos especialmente dedicados a nosotros. Nos despertaban y ofrecían suculentos desayunos, lo que era absolutamente ineficaz, porque después del tercer día habíamos superado el hambre. En la noche nos cortaban la luz para que no pudiéramos calentar agua. Alguna gente que no estaba en la huelga se las arreglaba para tirarnos cigarros y paquetes de azúcar. También teníamos leche para los enfermos de úlcera. Todos los días se repetía la presión.

Cada noche llegaba el comandante, el teniente Villalón, y nos largaba el mismo discurso: 'Aquí no se *acecta* la solidaridad (sic). Si alguno tiene algo que decir, que declarar, si conoce a alguien de las listas, debe hacerlo en forma personal, elevar una solicitud a la comandancia y decir qué pasó con esa persona. Ahora bien, si no es pariente del afectado no puede hacerlo. Sólo se *acectan* solicitudes de parientes directos. La solidaridad no se acecta'".

Las palabras del teniente Villalón se habían transformado en rutina. Nadie les hacía mucho caso. Incluso les causaban risa. Más de una noche alguien las respondió. Una vez lo hizo Pepe. Cuenta Andrés: "Hizo un discurso de como 20 minutos, que a todos nos subió el ánimo. Habló del significado de la solidaridad, de los compañeros desaparecidos, de la represión, de las causas porque los compañeros habían desaparecido. Dijo que, estando presos, lo mínimo que podíamos hacer era exigir una respuesta, tener una actitud solidaria con esa gente para saber qué había sido de ellos. Que era lo natural, lo que se podía esperar de los hombres. Fue muy profundo y claro. Mucha gente se emocionó. Después de esa noche el teniente Villalón no volvió mas. Se dio cuenta que no podría convencemos. El no era tonto, los argumentos de Pepe también lo tocaron. Yo creo que no fue más para protegerse de las palabras de Pepe, o de otra persona que pudiera haberle dicho algo parecido".

Los huelguistas aislados no sabían si el ayuno estaba teniendo repercusiones. Confiaban en que la declaración

de la huelga hubiera alcanzado a salir del campamento porque la primera represaba fue la suspensión de las visitas. La debilidad de sus cuerpos aumentaba en la misma medida en que su mística crecía. Entre ellos había un compañero enfermo de un soplo al corazón que tuvo problemas respiratorios y lo sacaron. Lo mismo había ocurrido con otros enfermos de úlcera. Eran las ocasiones en que aprovechaban de interrogarlos sobre los "cabecillas" del movimiento. Cuando se recuperaron pidieron volver. Los infantes de marina se impactaban, cada vez que alguien era sacado en camilla y después regresaba a la huelga.

Sin saberlo, los presos estaban consiguiendo los objetivos que se habían propuesto. La información había alcanzado a salir desde Puchuncaví. En el Comité Pro Paz los familiares de los 119 y de los detenidos que no aparecían se sintieron acompañados, valoraron el gesto como el más precioso regalo que les pudieran obsequiar. Cuenta Silvia: "Nos enteramos y una pequeña tibieza surgió en nuestros corazones al no sentimos solos. Pero al mismo tiempo sentíamos un hielo muy grande, porque aun cuando no teníamos la certeza de que nuestros compañeros desaparecidos podían estar muertos, teníamos un miedo muy grande de que pudiera ser así. Y teníamos miedo también por los compañeros que hacían la huelga de hambre. Sabíamos que arriesgaban sus vidas. Estaban en las peores condiciones, metidos en un campo de prisioneros".

El caso de los 119 causó alarma pública. La huelga de hambre contribuyó decisivamente a ello. Ante las evidencias de la infamia, la prensa comenzó a editorializar pidiendo al Gobierno una explicación satisfactoria. La Iglesia intervino apoyando a los familiares de las víctimas. El General Pinochet se vio obligado a enfrentar públicamente la situación. El 20 de agosto junto con afirmar que ese tipo de noticias se usaba para atacar al Gobierno como parte de una campaña destinada a crear una falsa imagen de Chile, anunció que había dispuesto una investigación de los hechos. Sus resultados nunca se conocieron.

La huelga de hambre duró ocho días. Los presos consideraron que habían conseguido su objetivo: el régimen no pudo explotar la farsa de las listas y se vio obligado a anunciar una investigación.

Las represalias contra los huelguistas se produjeron un mes más tarde. A los dirigentes del movimiento los castigaron enviándolos a otros campamentos. Andrés recuerda que el día antes del traslado se despidió de Pepe en una significativa conversación: "Hablamos de lo que debía ser la vida del campamento. Fue muy alentador. Nos dijo que no perdiéramos la dignidad que habíamos ganado, muchas cosas que habíamos conseguido luchando. Que nos mantuviéramos firmes. El no sabía a dónde se lo llevaban. Era una época en que todavía desaparecía gente. Eso fue lo especial de la conversación. Que él sin saber a dónde iba, se fue preocupado de nosotros".

Al concluir la huelga de hambre, los familiares de los 119 recibieron un mensaje: que fueran a recoger los escritos de los presos que darían testimonio de haber estado detenidos junto a los suyos. A Silvia le avisaron que fuera a Puchuncaví. Había un preso encargado de recoger todos los testimonios y entregárselos de forma tal que no la descubrieran al revisarla a la salida. Era Pepe. No se veían desde abril de ese año en que Silvia había dejado de ir a Tres Alamos. Ella vivía en Viña y visitaba con mayor frecuencia a los presos de la cárcel de Valparaíso, amigos y compañeros de Alfredo. "Volví a conversar con él, a sentirlo cerca, a darme cuenta de lo honesto que era, que seguía luchando, que superaba el dolor a pesar de la muerte de su compañera y de tanta gente con quien había compartido su vida e ideales. Me volvió a dar fuerzas. Me dijo que había que seguir adelante, que íbamos a lograr saber de ellos, que aunque no aparecieran con vida, alguna vez habría justicia y que todos éramos una gran familia".

En octubre de ese año, Pepe fue sacado nuevamente de Puchuncaví junto a otros nueve militantes del MIR. No sabían a dónde los llevaban y para qué los sacaban. Fue durante un día de visitas. Se produjo un gran despliegue policial. Hasta el campamento llegó una micro de Carabineros, dos radiopatrullas, un furgón y dos motoristas. Llamaron a formar a diez detenidos y les indicaron que tenían que preparar sus equipajes: ropa, frazadas, todo. Otra vez la tensión, el sobresalto, la angustia de no saber qué vendría después.

Martín revive esas difíciles horas. "Nos hicieron subir a la micro y sentarnos separados, con guardias adelante y atrás, apuntándonos con las balas pasadas. No entendíamos qué ocurría. La caravana de autos partió. Cuando llegamos al cruce de los caminos a Santiago y Valparaíso, el bus se fue hacia el puerto. Nuestro destino final era la cárcel. Recién al llegar nos aliviamos un poquito. Ahí nos enteramos que nos habían sacado del campo para ir a declarar a los tribunales, a ratificar nuestros testimonios sobre "Los 119', porque se había nombrado un Ministro en Visita para investigar el caso de ocho desaparecidos de Viña. El encuentro con los otros presos políticos fue emocionante". Una vez pasadas las tensiones, se producían nuevamente los impulsos de audacia. "Me acuerdo, dice Martín, que un día nos llevaron desde la Cárcel al Juzgado en un bus de recorrido. Nos llevaban a mí y al Pepone, esposados, con cuatro gendarmes. El guatón me decía: 'arranquemos, arranquemos'".

Pepe prestó declaraciones ante el Tribunal, y dijo haber visto en Villa Grimaldi entre el 30 de enero y el 15 de febrero de ese año a Fabián Ibarra, Alfredo García, Carlos Rioseco Espinoza y María Isabel Gutiérrez Martínez. Durante su estada en la cárcel de Valparaíso volvió a ver a Silvia, y le contó que había declarado en el caso de Alfredo. Volvieron a conversar y darse fuerza. Pepe regresó a Puchuncaví. Pasaron los meses y terminó el año, entre visitas, expectativas e incertidumbres. Los presos de los campamentos no tenían proceso en los

tribunales, sólo permanecían encarcelados en virtud del estado de sitio declarado en el país.

Para los familiares de los detenidos-desaparecidos la vida transcurría en medio de la búsqueda, las consultas en los organismos oficiales y las visitas a los presos. Las esperanzas se iban debilitando. Los recursos de amparo eran rechazados, las detenciones continuaban siendo negadas, a pesar de las innumerables evidencias y testimonios.

"Volver a los 17"

Así llegó mayo de 1976. Un preso de la cárcel de Valparaíso le pidió a Silvia que le llevara un regalo y un mensaje suyo a José Carrasco a Puchuncaví. Silvia no dudó en hacerlo. Las visitas en Puchuncaví eran más largas que en los otros penales. Eran todos los días desde las 13.30 hasta las 17.30 horas. Pepe y Silvia pasearon por el campamento y se contaron sus vidas. Comenzaron a hacerse más amigos, más cercanos. Relata Silvia: "Me recibió como siempre, nos abrazamos fraternalmente. Nos unían tantas cosas. Le entregué el regalo y el mensaje y nos pusimos a conversar. El me contó cómo había caído y desde cuándo inició su opción. Yo le hablaba de mi hijo, de lo que hacía, mis clases, de lo destrozada que estaba. Volví a verlo cinco o seis veces en que seguimos compartiendo lo más grande de nuestras vidas. Para mí, Alfredito y la pérdida de mi compañero. Ya había pasado un año y medio de su desaparición y yo perdía las esperanzas de que estuviera vivo después de las

horrorosas listas. El me contó de su compañera muerta, de sus hijos que estaban en Lima, del valor y fuerza de muchos presos que no aparecieron, entre ellos Alfredo".

Con el paso del tiempo, Pepe y Silvia sintieron que les hacía bien estar juntos, y que iba naciendo algo distinto al cariño fraternal, a la solidaridad. No se atrevían a plantearlo. Un día Pepe lo hizo. "Silvia, quiero hablar contigo, de algo muy personal. Siento que mi cariño hacia ti ya no es fraternal. Siento que me enamoré de ti. Siento mi corazón como en la canción de Violeta Parra, siento que volví a los 17", le dijo. Silvia lo miró y le respondió que le pasaba lo mismo. Se dieron la mano y caminaron largo rato sin hablar. Después se prometieron que serían compañeros ."No sabíamos cuál sería nuestro futuro, dice Silvia. Sentimos que nos queríamos, que nos necesitábamos. Que quizás él podría estar días, meses o años preso, pero había nacido algo hermoso en medio de la muerte, en medio de la desesperanza y había que admitirlo.

No había por qué rechazarlo porque era vida e íbamos a vivirlo, como se fuese dando". A la visita siguiente Silvia se preparó para ver a su compañero. Llevó algunas cosas para tomar once juntos. Se abrazaron y besaron y sintieron que no traicionaban a nadie, porque lo que entre ellos nacía era justo y limpio. Pepe le dijo que quería conocer a Alfredito. "Tiene que empezar a sentir que lo quiero como su padre", le expresó.

Silvia esperó con ansias el siguiente encuentro. "Fui con ilusión, contenta, me arreglé especialmente. El también se había arreglado con su mejor ropa, una parka azulina. Estaba bien peinado y con olorcito a colonia. Me recibió con un abrazo. Fui la primera de las visitas en llegar esa tarde". Pasearon con esperanza por el campamento. Cinco infantes de marina los interrumpieron. "La señora se tiene que retirar", ordenaron. Pepe se molestó y exigió explicaciones." Lo siento, usted es un prisionero político y aquí mandamos nosotros", le respondieron con prepotencia y a la fuerza los separaron.

Silvia fue conducida a la sala de guardias y durante horas interrogada sobre los presos a los que visitaba. Revisaban el libro de visitas y le preguntaban, una y diez veces. Después de cinco horas y de tomarle todos los datos le ordenaron irse. "Salí muy asustada pensando que me dejaban ir para después detenerme y hacerme desaparecer. Permanecí horas en el paradero frente al campamento, mientras la mayoría de los presos me miraba de detrás de las rejas, como cuidándome. Vi a Pepe entre todos, era el que me hacía más señas. Todos me hacían señas hasta que me subí al bus. Cuando volví a la visita siguiente no me dejaron entrar. Nunca más pude entrar a Puchuncaví".

Silvia viajó a Santiago, elevó solicitudes, exigió explicaciones. Nuevamente no hubo respuestas. El 18 de septiembre fue al Campamento. Estaban dejando a entrar a más visitas de las habituales y a quien quisiera entrar. Excepto a ella. Pepe se enteró que estaba afuera. Silvia

caminaba frente a las alambradas buscándolo. Quedaron separados por unos 150 metros y ahí permanecieron durante varias horas haciéndose señas, mirándose. Durante los meses siguientes, se escribieron. Dos y hasta tres veces por semana. "Así nos seguimos conociendo, nos seguimos enamorando", dice Silvia. Fue entonces cuando Pepe le envió un poema, el único que escribió en su vida:

Dime amor
¿Puedes medir el infinito
coger un metro carpintero
y metro a metro medir?

¿Podrás al fin de la jornada sonreír?
¿Abrir tus ojos ya añejos y bellos y mirarme?

¿Y con tu pelo ennegrecido de sudor y barro eterno,
apoyar tu cabeza en mi pecho,
estirar tus brazos ya gastados
y abrazarme fuerte?

¿Y no gritar cuando muerda tus labios
partidos de sal, de sol y sed?
¿Y dormir tranquila después del amor
si nuestros cuerpos hieden los olores
del hambre del mundo?
¡Y ser feliz!

Sí, podrás
Ven compañera

coge esa piedra
así, aprieta tus manos en mi sangre.

Ven junto a mí, junto a todos
con nuestras manos y esas piedras
conmigo compañera destrozaremos ese Goliat
largos brazos de hierro y piernas de barro.

Así, compañera, con odio
junto a mí con amor, siempre
junto a nosotros con amor y odio
junto a mí con amor siempre.

El 16 de noviembre supieron que volverían a verse, que podrían estar cerca nuevamente, que ya no serían necesarias tantas cartas. Ese día el Gobierno anunció la liberación de 304 presos que permanecían encarcelados en Tres Alamos y Puchuncaví por disposición del Estado de Sitio.

El anuncio oficial fue sorpresivo. Se interpretó como una necesidad del gobierno de mejorar su deteriorada imagen internacional por las masivas y persistentes violaciones a los derechos humanos y las previsibles presiones del recién electo presidente Jimmy Carter en EE.UU. El general Pinochet sin embargo, aseguró que "no me dejo influenciar por nadie". La noticia que salió por las radios en la mañana del martes 16 de noviembre recorrió con rapidez los campamentos de presos, las casas de tantos familiares y amigos mientras los teletipos la transmitían al resto del mundo. Los detenidos estaban aún un poco escépticos, pero esperanzados. Martín

recuerda: "Lo primero fue pensar que era una jugada. Sólo nos convencimos cuando salió el primer grupo desde Tres Alamos. Nosotros salimos un día después, porque nos trasladaron desde Puchuncaví a Santiago". Pepe alcanzó a escribirle una última carta a Silvia antes de salir. Le anunciaba que saldría el jueves 18 por Tres Alamos, que la esperaba para abrazarla y empezar una nueva vida.

El reencuentro

El miércoles 17 y el jueves 18 fueron días de grandes emociones frente al sólido portón de hierro del Campamento Tres Alamos. Los familiares se agolparon desde tempranas horas. Los altos muros les impedían ver lo que ocurría al interior del campo. Sólo veían el único de los tres álamos que habían dado el nombre al lugar. Estaba seco. A las diez de la mañana una pizarra anunció que sólo a las 18 horas saldrían los presos. Nadie se fue del lugar. Al caer el sol se abrió el portón y salieron los primeros 134 presos. Los restantes 168 recién llegados desde Puchuncaví debieron esperar hasta el día siguiente. En medio de la confusión y las emociones un niño lloraba. Se había perdido. Esperaba a su padre que no salió porque había sido llevado a la Quinta Región a declarar en un proceso iniciado a raíz de sus propias denuncias de torturas. El pequeño de unos seis años lloraba, hasta que el grito desesperado de su madre ¡Manuelito! concluyó la búsqueda. El niño y la madre se abrazaron. El pequeño se llamaba Manuel Guerrero, al igual que su padre, posteriormente liberado. Diez años

después, en marzo de 1985, el niño convertido ya en adolescente volvió a perder a su padre. Esta vez para siempre. Fue secuestrado y degollado junto a otros dos profesionales comunistas. La tarde del miércoles 17 también salió desde Tres Alamos uno de los cuatro dirigentes del MIR que participó en la conferencia de prensa del 20 de febrero del 75. Otros dos de sus compañeros no tuvieron la misma suerte. Sus cadáveres aparecieron en la Cuesta de Chada en diciembre de 1975.

El jueves 18 la expectación continuaba ante el portón de Tres Alamos. Saldrían los presos de Puchuncaví. Los parientes de los "119" también esperaban para conocer y agradecer a los presos que habían estado en la huelga de hambre, hablando por sus hijos, hermanos, esposos que continuaban desaparecidos. Como ellos, otros tantos familiares de los que no aparecían estaban allí, con la ilusión de ver salir a sus seres queridos.

Antes que se abriera el portón, los detenidos alzaron sus voces con fuerza para cantar *"El Barco de Papel*", que se había convertido en el himno de los presos. Lo cantaban cada vez que alguien recuperaba su libertad. Los que esperaban afuera los acompañaron, aplaudieron y entonaron el Himno de la Alegría. A la salida de cada preso, decenas de manos, abrazos, besos y lágrimas se confundieron.

Silvia esperaba a Pepe junto a los padres de éste. Los había conocido en Puchuncaví. Muchas veces la señora Chela la vio esperando sin poder entrar, y a su salida le

daba aliento. "Pepe le mandó muchos cariños", le contaba. Silvia estaba muy nerviosa y emocionada. Tenía sentimientos contradictorios. "Fue tremendamente emocionante, porque de repente vi a Pepe, mi compañero de cartas, de esperanzas. Vi que se acercaba. Que todo el mundo lo quería abrazar, que me miraba queriendo llegar hasta mí y tuve una gran esperanza de volver a sentirlo. Pero al mismo tiempo sentía una enorme pena. Cerraba los ojos y quería ver salir a Alfredo, grande y fuerte, con una parka, que alguna vez le había mandado mientras lo buscaba. Una vez más sentí que él no iba a salir de ninguna parte, en medio de la enorme alegría y esperanza de reencontrarme con Pepe. Fue sentir nuevamente el duelo, confirmar una vez más que Alfredo no volvería, que había seguido otro destino".

Mucha gente saludaba a Pepe. Iba de un lado a otro estrechándose con tantos amigos. Los periodistas interrumpían para recoger impresiones. "Aunque hemos firmado una declaración jurada de no emitir opiniones, puedo decir que estoy tranquilo. He pasado una etapa dura de dos años de prisión, pero siempre recordaré con emoción la solidaridad que surgió entre nosotros", declaró Pepe a una revista. ¿Qué va a hacer ahora, le preguntó un colega de una radio?. "Lo que he hecho toda la vida, respondió Carrasco, periodismo. Tengo que buscar trabajo".

Lentamente los presos y sus familiares se fueron retirando. Frente al álamo seco, muchas mujeres siguieron esperando. Ya se reconocían entre ellas. Todas

llevaban una foto en la mano. Algunas más de una foto. Eran los retratos de sus familiares detenidos-desaparecidos.

La familia Carrasco se fue a la vieja casa de Víctor Cuicuini. Una gran once familiar los esperaba. El reencuentro de Silvia y Pepe fue breve. Ella debía regresar a Viña, donde su hijo, a su trabajo. Quedaron de verse el sábado. Pepe viajaría al puerto después de poner en orden sus papeles. Sin embargo el reencuentro se adelantó. El viernes Silvia sintió que golpeaban fuertemente la puerta. Parecía que la iban a echar abajo. Era Pepe. "Nos quedamos solos, frente a frente, mirándonos como sin saber qué hacer. De repente todo se rompió y nos abrazamos. Silvia recuerda que más tarde cuando llegó Alfredito, que había salido a pasear con la 'nana', Pepe lo tomó en brazos. No lo conocía. Ese día, recuerda Silvia, fue la primera vez que nos quedamos juntos. Hablamos toda la noche. Me contó de sus penas, alegrías, confianzas y desconfianzas y de su enorme certeza de que seríamos el uno para el otro. Que lo sentía en la piel, la cabeza y el corazón".

Los meses siguientes continuaron viéndose, cada vez que Pepe podía viajar a Viña. En Santiago, él había retomado sus actividades partidarias, a pesar del miedo. Los primeros tiempos se preocupaba de no andar solo. Nano Cabrera recuerda: "Me impresionó mucho que no se atreviera a andar solo por la calle. Había que acompañarlo. El mismo decía: Por favor, no me dejen solo, sé que estos huevones en cualquier momento me

pueden agarrar'". Sin embargo, no dejaba de arriesgar el "pellejo". Organizó una recolección de firmas entre los periodistas, que concluyó con una visita de agentes de la DINA a la sede del Colegio. Su partido le pidió que saliera del país.

El exilio

El 30 de marzo de 1977 Pepe partió al que sería el más largo y doloroso viaje de su vida: el exilio.

La decisión no fue suya. Más bien, él resistió abierta y tenazmente la instrucción de su partido que aconsejó un obligado autoexilio por razones de seguridad. El MIR consideró que Pepe corría un real riesgo de muerte si permanecía en el país, por lo que determinó que debía salir cuanto antes. Hacer entender a Pepe algo que todo su ser rechazaba fue difícil. Incluso le escribió el secretario general de su organización. Andrés Pascal le planteó que la ejemplar conducta que había mostrado en prisión podía significar un severo riesgo para su integridad.

A Pepe le costó acatar la orden pero finalmente comprendió que todos tenían razón y aceptó partir. Su decisión fue hacerlo a Venezuela donde había muchos periodistas amigos y compañeros de partido exiliados. Pero partió triste ese 30 de marzo, "porque Pepone no era para andar dando vueltas por el mundo sintiéndose con la conciencia intranquila", señala un amigo de esos tiempos. En Chile no sólo quedaba un pueblo que amaba

y que era la razón concreta y cotidiana de su lucha. El viaje también significaba dejar a Silvia, quien se había convertido en el más grande amor de su vida, como se lo dijera en la última carta que le escribió antes de ser asesinado. Todos los anhelos de construir un futuro juntos tras su liberación se veían dolorosamente postergados. Una vez más debía quedar entre ellos sólo la promesa -cada vez más sólida- de un reencuentro. Sellaron el pacto: se juntarían en unos dos o cuatro meses en Venezuela, después de que él estuviera instalado para recibir a Silvia y a su hijo Alfredo de dos años.

El amargo tramo del destierro Pepe lo inició junto a su madre. Como era peligroso hasta que cruzara Policía Internacional solo, la señora Chela -incondicional como siempre- lo acompañó hasta Lima. Allí Pepe hizo una escala que hacía mucho que esperaba: estar con sus hijos Iván y Luciano tranquilo y en libertad. Ellos vivían con su madre en ese país desde el Golpe de Estado. Sólo habían visto a Pepe en la cárcel, al viajar a Chile en el verano de 1976.

Desde Perú, Pepe envió a Silvia una tarjeta llena de nostalgia pero también optimista. "Me decía que no podía sacarse mi mirada de tristeza de sus ojos y su corazón. Que tuviera la certeza y seguridad de su amor, que cambiara mi mirada por una de alegría, futuro y triunfo".

Con esos sentimientos que pedía a su compañera partió rumbo a Venezuela.

"No vine a hacerme rico"

Su adaptación al nuevo país fue más fácil de lo que esperaba. "Todos se han portado conmigo de una manera excelente, algo que sin duda no merezco", escribió poco después. Pero en realidad sólo estaba cosechando lo que había sembrado por muchos años con su personalidad cálida y su generosidad a toda prueba. La respuesta provino tanto del gremio periodístico como de sus compañeros de partido. Ernesto Carmona, con quien había sido colega en "*Punto Final*", lo recibió en su hogar. Raúl Alvarez, "Papelucho" como le llamaba Pepe, un antiguo amigo y compañero de la Escuela de Periodismo, le dio su primer trabajo.

Lo que fue esta llegada a un mundo tan distinto y lejano del Campamento de Prisioneros de Puchuncaví, que hacía tan poco había dejado, lo contó en una cassette que envió a sus padres. Fechada el 25 de abril de 1977, fue la primera comunicación que se tuvo de él desde Venezuela. En sus partes medulares, este Pepe de 33 años expresaba:

> *"Es muy emocionante decirles algunas palabras de saludo, de cariño desde acá tan lejos, pero sintiendo que ustedes están todos los días tan cerca mío. Quiero contarles que me ha ido bastante bien. En muy pocos días he solucionado dificultades que para muchos compañeros ha llevado bastante tiempo resolver. He contado con la amistad, con el afecto de una eran cantidad de cantaradas, amigos y quizás algunos conocidos -gente que ni siquiera me acordaba haber visto- con quienes fuimos compañeros de colegio,*

universidad o de otras actividades. Todos ellos, unos más otros menos, han sido de una gran ayuda. (...). Incluso el día siguiente que llegué pude ubicar a Perico Gana y a "Papelucho", que es un amigo que no veía desde el año 69. El está bastante bien, tiene una pequeña empresa publicitaria y con él estoy de alguna manera trabajando (...). Si todo resulta bien, es posible que antes delfín de semana tenga ya conseguida una visa de transeúnte, que me permitiría estar como residente aquí durante un año. Es decir, podría salir de Venezuela a cualquier parte del mundo y regresar sin ninguna dificultad (...). Por otra parte, si esa visa resulta, tengo posibilidades de entrar a trabajar más formalmente (...) incluso de conseguir un departamento,porque hay compañeros que tienen datos. Acá es más o menos difícil conseguirlos, más o menos caro. Necesito tener previamente un trabajo estable. Teniéndolo, yo creo que de aquí a unos cuatro o cinco meses será posible que se venga ya Silvia con Alfredito y poder reiniciar una situación más estable.

"En el otro campo que me interesa, me ha ido bien. Aquí hay una gran cantidad de compañeros que estuvieron conmigo en prisión (...). Con todos ellos he conversado, todos están contentos que me quede acá. Habíamos hecho buenas amistades en los campamentos y toda la actividad que pueda desarrollar yo creo que va a ser provechosa (...). Como ustedes saben, yo no he salido fuera del país a ganar dinero. No es mi intención ni muchísimo menos. Si lo quisiera hacer, acá en Venezuela podría tener mucho,

mucho dinero. No quiero eso, no es eso lo que he decidido para mi vida. Quiero dedicarla a lo que ya está decidido. A aquello por lo que dio la vida Gabriela, Miguel, tanta gente. Y mi trabajo fundamental es ése..."

En esa cassette Pepe también tocó otros temas que durante los años de exilio constituyeron fuerte preocupación. Como el ofrecimiento a sus padres de ayudarlos y llevarlos -apenas los ahorros lo permitieran- a visitar Venezuela. O el desvelo de su hermano Raúl, entonces de 22 años, a quien quería buscarle mejores condiciones para su desarrollo profesional. Ya en esta primera comunicación Pepe planteó su decisión de concretar estas promesas:

Sobre Raúl expresó: "He estado bastante preocupado de su situación porque veo que aquí hay muchos jóvenes que tienen posibilidades de trabajo y pueden solucionar los problemas vitales, asegurándose mejores condiciones laborales que en Chile. No sé si Raúl, pese a que es joven, está en condiciones de iniciar algún esfuerzo de este tipo".

La oferta de recibir a su hermano en Venezuela para que éste buscara un trabajo que en Chile tal vez no tendría nunca, no fueron meras palabras. Pepe maduró y trabajó esa posibilidad y durante dos años envió regularmente dinero para que el joven terminara sus estudios técnicos y sacara un título. En 1979, cuando -producto de los

consejos de Pepe- Raúl estaba prácticamente con los pasajes en la mano, consiguió un trabajo estable en Chile.

En ese primer mensaje enviado desde un exilio que recién comenzaba, Pepe aludió a otro tema que también fue recurrente en él: su imbatible optimismo respecto del regreso. Señaló entonces: "Nuestra separación es transitoria. Nos veremos luego acá y, sin duda, cuando yo regrese a Chile, que creo que también será pronto... Estoy esperando que las cosas mejoren para volver. No es sólo una esperanza que tengo sino una certeza: podremos estar de nuevo en el país... Aquí hay muchas comodidades, el nivel de vida es enormemente superior al chileno en todo sentido... pero hay que estar allá".

Construyendo otra vez

Esos primeros meses tras la partida de Chile fueron muy intensos. Pepe debía conciliar tareas muy disímiles para simultáneamente rearmar su vida en los ámbitos personal, profesional y partidario. La prioridad la tenía, desde luego, consolidar una situación económica y laboral que le permitiera mandar los pasajes a Silvia y Alfredito para reunirse en Venezuela.

El tiempo para cumplir con todo se le hizo realmente corto porque además debió viajar. En mayo partió a Europa para cumplir con nuevas tareas que su partido le había asignado. Era encargado exterior del MIR, es decir, quien debía relacionarse con las demás fuerzas políticas en el extranjero. También era Jefe del Comité Local de su partido en Venezuela.

El viaje duró más de un mes y a su regreso Pepe se integró de lleno al mundo laboral. Tomando la oferta que Raúl Alvarez le había hecho al llegar, entró a trabajar en la empresa publicitaria que éste poseía. Allí estuvo cinco o seis meses haciendo frases, slogans y guiones para avisos comerciales. Algo que nunca había imaginado podría realizar. Federico Gana, quien también "sufría" este insólito trabajo, recuerda que Pepe vivía con el aceleramiento acostumbrado en él.

"De pronto se paraba, decía 'préstame un ratito el auto' y partía. Uno nunca sabía a qué iba pero no costaba imaginar que esas salidas casi diarias tenían que ver con su actividad partidaria. A veces se iba a México y a los tres días estaba de vuelta. Me di cuenta que estaba muy comprometido con el MIR". Gana añade que antes que llegara Silvia y antes que Pepe se fuera a trabajar a "*El Diario*" de Caracas como editor nocturno, conversaron mucho. "Nos pasábamos charlando. Parecíamos viejos radicales. Recordando amigos, épocas del Instituto Nacional o de la Universidad. Nos juntábamos para relajamos, porque Pepe andaba muy tenso, nervioso, un poquito mal genio. Lo acosaban mucho, se había hecho muy popular y él quería tranquilidad, calma. No hablábamos mucho de lo que hacía políticamente, pero lo que recordaba siempre -y se le llenaban los ojos de lágrimas y alegría- era su salida de la cárcel. Cuando alguien abandonaba los campos de prisioneros políticos le cantaban "El Negro José". Y cuando él salió fue aún más emocionante porque él se llamaba José y parece que adentro se había hecho muy popular. Una vez me contó

que había salido llorando. Fue una de las pocas oportunidades en que lo vi realmente tocado".

Lo que vivía, lo que estaba sintiendo en este nuevo capítulo de su vida, lo expresó en una carta que envió a sus padres para el aniversario de matrimonio de éstos, el 22 de agosto de ese año 77. Fue una especie de emotivo balance de lo vivido y, por vivir

> *"Entre las muchas cosas que tengo que agradecerles a ustedes es no haber tratado de manejar mi vida ni haberme obligado a tomar decisiones personales de acuerdo a lo que ustedes querían y no a lo que yo creía que era lo mejor. La verdad es que he cometido algunos errores, pero no hay otra posibilidad de vivir la vida sin riesgo de equivocarse. Lo importante es que hasta hoy -y quiero que así siga siendo- he dedicado mis esfuerzos a lo que creo que es más importante en la vida. He contado con el apoyo de ustedes en los momentos más difíciles y duros y eso no sólo ha sido una ayuda vital sino que además me llena de felicidad. Ahora que estoy emprendiendo, en todo orden de cosas, una nueva etapa de mi vida, lo hago con la misma confianza de siempre (...). Quiero mucho a Silvia y espero que juntos podamos seguir caminando por la ruta que nos hemos trazado. Si resulta, excelente. Si la cosa no anda, ambos tenemos claro que lo fundamental es seguir el camino de lucha y cada cual lo seguirá de acuerdo a sus posibilidades. En todo caso, creo -mejor dicho, estoy seguro- que la cosa marchará bien. Respecto de mi familia, queridos*

padres, sepan que soy feliz haciendo lo que hago como lo sería mañana si me dicen que hay que volver a Chile a seguir en la brega como lo fue antes de la caída. Creo al mismo tiempo que viviría muy amargado si algún día dejara de hacer lo que hago porque he decidido buscar mi bienestar personal (...).

"Aquí la cosa no es nada fácil. Este país está lleno de tentaciones que muy fácilmente hacen que la gente se olvide de los muchos que por esos lados sufren y están en la pelea. Es relativamente fácil sobrevivir y si uno quisiera podría llegar a juntar plata con rapidez y vivir muy bien. Pero no se trata de eso y para mí quiero que nunca se trate de eso. Yo sé que ustedes comprenden esto...".

El 28 de septiembre de 1977 llegaron Silvia y su hijo. Aunque el hecho marcó el fin del largo horror que ambos habían vivido desde el golpe de 1973, el proceso de construir otra vez la esperanza y la alegría no fue fácil. "Para mí fue muy duro y difícil hacer comprender a la familia de mi marido desaparecido -de quien nada se sabía desde su detención tres años antes-, que yo partía a reiniciar mi vida junto a otro hombre. Fue muy doloroso también dejar a mi familia, mi mundo, mi trabajo, mi casa, aunque supiera que era lo que quería hacer. Todo ello hizo que esos primeros tiempos afuera se hicieran muy difíciles lo cual, desde luego, repercutía en Pepe", expresa Silvia. Añade que en esa crisis, la actitud de su compañero fue de amor y apoyo incondicional: "Yo me debatía entre la nostalgia y la alegría. Mis sentimientos

eran muy encontrados y, por sobre todo, me dolía sentir que había dejado de ser la mujer independiente que era en Chile para convertirme en 'la compañera de Pepone'. Pero Pepe nunca se quebró con mi crisis. Por el contrario, sólo se dedicó a colmarme de amor y comprensión. Y tuvo una paciencia infinita que rindió hermosos frutos después".

Cuando Silvia entró a trabajar, las cosas comenzaron a cambiar. Y la vida fue tomando nuevamente el tono luminoso del reencuentro y la felicidad. Alfredito, que hasta entonces llamaba a Pepe por su nombre, un día cualquiera transformó la "e" en "a". Y desde entonces fue "papá". Ello, sin embargo, nunca lo hizo olvidar a su padre desaparecido y la poesía que escribió a Pepe dos días después de su asesinato la tituló "Papá y tú". "Papá, porque es para mi papá Alfredo y 'tú' porque es para mi papá Pepe" explicó.

El papá-Pepe asumió con absoluta entrega la crianza de Alfredito. Si éste lloraba en la noche o pedía algo, era él quien se levantaba a atenderlo. Con Silvia se turnaban en todas las labores domésticas, respecto del niño y de la casa en general. Ella trabajaba todo el día y volvía de su oficina a las cinco de la tarde. Como el horario de Pepe era más elástico, él iba a dejar y recoger a Alfredito a la sala cuna. Todos se encontraban en la casa para comer y luego a las siete de la tarde Pepe partía a su trabajo de editor nocturno en "*El Diario*".

Aunque vivían en un departamento muy pequeño, éste era un hogar de puertas abiertas. A cada amigo que llegaba con problemas, Pepe le ofrecía su casa. Entre la infinidad de personas que pasaron por allí estuvo una pareja de amigos con los cuales había estado preso en Villa Grimaldi y en Puchuncaví: Renato y Gloria.

Ellos llegaron a principios de 1978 junto con su hijo. "Pepe organizó una colecta y nos mandó plata para el pasaje. El 'Chico' Díaz nos consiguió la visa. Nos tuvieron seis meses en ese departamento que era realmente una caja de fósforos, mientras yo encontraba trabajo", señala Renato.

Gloria recuerda que llegaron con decenas de bultos y hasta con una bicicleta. "Para darnos lugar a nosotros tuvo que irse otra persona que también llevaba meses. Estaba allí porque un día había llamado desde el aeropuerto. Pepe había partido a buscarla y la tenía en su casa, durmiendo en lo que debía haber sido el comedor". Añade que Pepe no era bondadoso de palabras sino de hechos concretos. "En ese momento recién aflataba su relación con Silvia y nosotros ahí instalados. Pero él siempre estuvo bien dispuesto, cariñoso, optimista, preocupado de que mi hijo estuviera bien, que no peleara con Alfredito. Era además gran dueño de casa". Cuenta que al día siguiente que ellos se fueron, llegó otra familia: "una mujer con un niño de un año y una niñita de ocho, completamente inválida. A ella Pepe la sacaba a pasear todos los domingos. Hizo una campaña para comprarle una silla de ruedas. Nunca permitió que quedara

rezagada. Si salíamos a un paseo, él se encargaba de cargarla. Era un hombre excepcional. De esos que en las situaciones límite -cuando la gente puede decir que no a algo que lo va a molestar-, Pepe decía sí".

La generosidad de Pepe era antigua. Tal vez se había engrandecido después de su paso por las cárceles secretas y los campos de prisioneros políticos, donde había conocido el valor de la solidaridad y la bondad sin límites. Su madre recuerda cómo en los primeros años de universidad Pepe tenía gestos de desprendimiento poco usuales. "Para un invierno muy frío él estuvo pidiéndome por harto tiempo una bufanda. Con mi marido no estábamos en buena situación pero con esfuerzo le compramos una de cachemira. Al día siguiente de regalársela llegó sin ella. Me dijo que había llegado un basquetbolista ecuatoriano que no estaba acostumbrado al frío y le había dado la bufanda. Desde ese momento, a él automáticamente se le pasó el frío por el resto del invierno", relata la señora Chela.

Anécdotas como éstas hubo muchas a lo largo de su vida. Después de su vuelta a Chile hay testimonios casi idénticos a ésos de 20 ó 25 años atrás. Recuerda Jecar Neghme, con quien trabajó en el Movimiento Democrático Popular: "Vivía preocupado de los amigos que llegaban del exilio: les buscaba pega, los llevaba a su casa, les regalaba su ropa. Era muy común verlo abriendo su closet y preguntando '¿qué te falta?', '¿por qué no te pruebas esto?'. Hubo compañeros que salieron con zapatos nuevos. Yo mismo recibí de él un chaquetón".

La revolución nicaragüense

A pesar de que en "*El Diario*" de Caracas Pepe tenía unos turnos durísimos, desarrollaba cada vez con más ahínco una dimensión política que no ejercía desde 1973: actuar en forma abierta. Se relacionaba con todos los partidos venezolanos, especialmente los de izquierda, y participaba a nombre del MIR en el Comité Chileno Antifascista con las demás fuerzas políticas, incluida la democracia cristiana. "En Venezuela era el único país del mundo donde había un Comité de Solidaridad con Chile en que participaba desde la DC hasta el MIR. Y Pepe era allí un militante infatigable. Además de esta tarea, tenía que ganarse la vida como cualquier hijo de vecino. Pero su inmensa capacidad de trabajo lo hacía estar respondiendo a todo, inventando siempre alguna actividad", recuerda Gloria.

La prueba de lo anterior es que al poco tiempo de entrar al "*El Diario*" comenzó a colaborar en el "*El Nacional*", otro periódico caraqueño, y se metió de lleno en una actividad que lo tocó profundamente: la solidaridad con el Frente Sandinista de Liberación Nacional, FSLN, que luchaba contra la dictadura de Anastasio Somoza en Nicaragua.

Como le había ocurrido antes con la Revolución Cubana, este Movimiento llegaría a marcarlo mucho. Pepe se sentía interpretado con los pueblos que se sublevaban contra la injusticia y la explotación. La batalla de Centroamérica la sentía suya porque no toleraba esas

condiciones de vida donde quiera que se dieran. En Venzuela, a pesar de que no se vivía una dictadura, la miseria estaba brutalmente presente, y así se lo relató a sus padres en su primera carta: "Es increíble las cosas que se ven aquí. Como este país tiene mucho petróleo, muchos recursos naturales, hay bastante dinero. Como en todas partes, el dinero no se reparte equitativamente. Y al lado de mansiones increíbles, esas de película, uno encuentra las barriadas, las poblaciones callampas... La gente trabaja muchísimo y gana muy poco y vive en condiciones subhumanas. Al lado de eso, una gran parte de Caracas vive en los Barrios Altos, acá le llaman el Este. Y hay una cosa clara: la gente que vive hacia el Oeste -donde están los barrios pobres- vive en los 'cerros'. La gente que vive hacia el Este -los barrios acomodados-, vive en las 'colinas'. Hasta en eso se nota cómo está distribuida la cosa acá...", señalaba.

Esta situación de Venezuela, que de hecho era una generalidad en Latinoamérica, reafirmaba las convicciones de Pepe: mientras no se lograra una cambio real y global hacia un sistema más justo en el Tercer Mundo, él seguiría cada vez más activo en su lucha política.

En el exilio no sólo apoyó la lucha nicaragüense sino también la del pueblo salvadoreño y de todos aquellos que intentaban cambiar su realidad indigna.

El Frente Sandinista encabezaba la lucha para derrotar a la tiranía de los Somoza que se mantenía en el poder por

más de 40 años. En 1978 había realizado la audaz toma del Palacio Nacional de Gobierno en Managua. A cambio de la libertad de los rehenes allí tomados, se pidió la liberación de todos los presos políticos del FSLN. Muchos dirigentes que llevaban varios años encarcelados, como Tomás Borge, salieron en libertad y la lucha contra Somoza cobró insospechados bríos. La forma con que el Régimen respondió a este ascenso en el combate fue brutal. Ello hizo que el mundo entero se pusiera de lado del oprimido pueblo nicaragüense.

Ya a comienzos de 1979, el Frente Sandinista comenzó a hablar de que ése sería el año de la "ofensiva final". Realmente, la victoria se percibía cerca y ello hacía cada vez más necesaria la solidaridad internacional para que ésta se concretara, según lo planteaban los líderes de esa lucha.

A esas alturas Pepe había logrado altos niveles de movilización. Incluso había podido concertar el apoyo del Parlamento Venezolano para apoyar las luchas de Nicaragua y El Salvador. Porque, como señala Renato, "a diferencia de muchos que no daban una 'chaucha' por la gesta nicaragüense, Pepe hacía mucho que había entendido que las posibilidades de triunfo eran reales. Su olfato político y el estar en permanente contacto con los movimientos liberacionistas le habían dado esa certeza".

Pepe conocía a Tomás Borge y cuando éste salió en libertad, a fines de 1978, visitó la casa de los Carrasco a su paso por Venezuela. Como Jefe del Comité Local del

MIR, Pepe organizó una reunión con Borge y la dirección del partido. Se realizó en su hogar y la conversación duró hasta las cinco de la madrugada. "Borge habló de todo, nos contó toda la trayectoria del Frente Sandinista y la importancia de esa lucha. Fue un encuentro muy interesante y cálido", recuerda Silvia.

En ese viaje Borge buscaba apoyo del gobierno venezolano para el FSLN. El presidente Carlos Andrés Pérez se lo dio. El MIR también ofreció su aporte concreto e incondicional. Pepe solía relatar que debido al apoyo que los nicaragüenses merecían se había decidido trasladar todas las tareas del Comité Local a solidarizar con esa lucha. Esto provocó más de un problema porque en el Comité Chileno se pensaba que las tareas prioritarias debían ser en apoyo al pueblo chileno.

Por ese tiempo también se organizó la Conferencia Nacional de Solidaridad con el pueblo de Nicaragua. Sus encargados, los mismos nicaragüenses, se apoyaron en Pepe para preparar el evento. La colaboración de éste fue tan activa que lo hizo merecedor a una distinción que recordaba con emoción: El tipo de invitación que recibió. Estas se decidían a alto nivel en el FSLN y estaban destinadas a países y organizaciones. Pero en Venezuela una de las de invitaciones fue "a José Carrasco Tapia, por su labor destacada".

La posición asumida por el gobierno venezolano convirtió a Caracas en epicentro de la ayuda solidaria con Nicaragua. Eso alegraba enormemente a Pepe y lo

incentivaba a trabajar cada vez más. Silvia recuerda: "Pepe participó en todas las instancias que se crearon. Era quien lideraba las tareas y quien recibía a los nicaragüenses que llegaban a Venezuela. Además sacaba diversas publicaciones donde daba a conocer la lucha del FSLN para que los venezolanos y todos los exiliados conocieran el problema y lo asumieran. La denuncia internacional fue una de las cosas que ayudó a la caída de Somoza".

"Pepe, a pesar de esta vorágine, no dejaba de lado sus tareas de movilización por otros pueblos. Como por los salvadoreños y los palestinos. Estos últimos tenían una oficina en Caracas y sus representantes iban siempre a los actos por Chile. Pepe retribuía a menudo estos gestos dedicándoles un espacio en sus columnas periodísticas, promoviendo la solidaridad con ellos", relata Silvia.

Un año importante

Ese año 79 ocurrieron varios hechos marcadores en la vida de Pepe. Uno fue comprobar que la confianza que se había tenido en el pueblo nicaragüense era algo acertado: el 19 de julio de ese año culminó exitosamente la ofensiva final contra Somoza y las fuerzas del FSLN entraron victoriosas a Managua. Así como 20 años antes la Revolución Cubana le había hecho confiar a Pepe en la posibilidad de un cambio social profundo frente a la injusticia, este nuevo logro le hacía confirmar esa confianza. Y le hacía aumentar la esperanza de que la América socialista sería una realidad en el futuro.

Otro hecho importante ocurrió antes del triunfo sandinista. Fue en Ciudad de México, cuando Pepe asistió a un encuentro de cristianos en solidaridad con Nicaragua, Salvador y Guatemala. Allí conoció al sacerdote Rafael Maroto, quien iba representando a Chile. Algunos años después Maroto asumiría el cargo de vocero público del MIR en nuestro país. En ese evento entablaron un lazo que crecería significativamente cuando Pepe regresara del exilio. El sacerdote, que fue encarcelado junto a otros opositores el mismo día del asesinato de José, recordó desde prisión: "Lo primero que me impresionó fue su gran cordialidad, su particular alegría y la sencillez que le imprimían un calor humano difícil de encontrar y que comprometía en amistad".

También en julio se produjo el tercer hecho importante de ese año. Este definiría en gran medida los años por venir. E incluso llevaría a Pepe a tomar la clave decisión de regresar a Chile. Fue su encuentro con Juan Pablo Cárdenas, el director de la Revista *Análisis*. Se conocieron en el Segundo Congreso de la Federación Latinoamericana de Periodistas, FELAP, que se llevó a cabo en Caracas a comienzos de julio.

El evento fue muy importante porque por primera vez se invitó a periodistas que vivían en Chile. Jorge Andrés Richards, que representó a nuestro país como residente en México, recuerda: "Fue muy significativo invitar a gente del interior en ese año 1979, porque en el Congreso iban a haber condenas por la falta de libertad de expresión y demandas por la vuelta a la democracia.

Quienes vinieron de Chile tuvieron mucha valentía porque aún se vivía un contexto masivo de dictaduras en el continente".

Entre los participantes que venían de Chile estaba Juan Pablo Cárdenas, Mario Planet y Augusto Góngora. Recuerda Cárdenas: "Pepe tuvo conmigo una actitud cordialmente agresiva y su objetivo era provocarme. Yo era el único demócrata cristiano que iba por Chile y él me preguntó tres cosas: ¿en qué situación iba yo?, ¿estaba dispuesto a conversar con los chilenos exiliados?, si era así ¿iba a hacer exclusión del MIR? Apenas llegué tomó contacto conmigo porque supuestamente -por mi militancia de entonces- yo era el más 'difícil'. Según Cárdenas, la actitud de Pepe respondía a una situación global que por primera vez se enfrentaba en un evento de este tipo: la relación de chilenos del "interior" y del exilio. "El Congreso permitió superar algo que hasta entonces se evitaba: por un lado que la delegación de Chile conversara con el exilio. Hasta ese momento -por miedo a las represalias al volver- prácticamente no se daban encuentros de ese tipo. Por otro, que el exilio aceptara esta situación ya que hasta entonces también se negaba a invitar o reconocer a los chilenos del 'interior' porque consideraba que la patria estaba afuera y quienes tenían que representar legítimamente al país eran ellos. De alguna forma se pensaba que los de adentro éramos cómplices de lo que pasaba en Chile". De modo, añade Cárdenas, que las relaciones eran difíciles. Frente a las aprensiones de Pepe, recuerda que "le hice ver que con el mayor gusto iba a conversar con los exiliados, que ése era

justamente uno de los motivos del viaje y que no aceptaría presiones de ninguna fuerza política que quisiera arrogarse la representatividad. Que estaba dispuesto, desde luego, a conversar con el MIR así como con todas las fuerzas allí presentes".

La cercanía que se produjo entonces entre Carrasco y Cárdenas quedó de manifiesto a la hora de elegir las autoridades del Congreso. Hasta ese momento lo habitual era que los periodistas del exilio obtuvieran estos cargos. Pero, producto de la dinámica que comenzó a darse entre la gente del interior y la de afuera, se decidió que la representación más alta del Congreso quedara en manos de un residente en Chile. Pepe propuso que Juan Pablo fuera el vicepresidente del evento y esto fue aceptado por unanimidad.

Desde entonces se estableció una gran confianza entre ambos. Tuvieron largas conversaciones sobre "*Análisis*" y el papel del periodismo en Chile. Desde luego, discreparon. "Pepe tenía la visión de que lo que hacíamos era interesante pero insuficiente. Que no estábamos en una línea de batalla contra el régimen. Yo le hice ver que la situación de estar adentro era distinta al exilio: que ellos podían usar un lenguaje mucho más audaz y agresivo y que nosotros teníamos que desenvolvemos dentro de la precaria circulación que teníamos. También le señalé que el periodismo clandestino no tenía acogida real en las masas. Que todo ese esfuerzo llegaba en forma muy limitada al pueblo chileno. Que eran preferibles esfuerzos como los nuestros, que iban poco a poco

dándose a conocer, desarrollándose y legitimándose. Pepe fue entendiendo estas razones y participando de mis puntos de vista. Aunque defendía su trabajo político-periodístico, tenía plena conciencia que era más efectiva cualquier publicación pública dentro del país", expresa Juan Pablo Cárdenas.

Después de ese encuentro, Pepe sintió por primera vez la necesidad de volver. Le ocurrió, porque lo hablado, las imágenes de la patria real y cotidiana que Cárdenas le refrescó, se contrapusieron duramente con la vida del exilio que, en el fondo, él sólo toleraba. Así lo reafirma lo que relata Ramón, otro ex compañero de prisión con quien también compartió su paso por Venezuela. "Hacíamos las tareas típicas del trabajo partidario en el exilio. Algo gris y anodino porque significa hacer una actividad lejos del medio social en el que se supone debes intervenir. Todo se reducía a tareas de apoyo a la lucha en Chile y a relacionarse políticamente con las fuerzas locales". Sin embargo, agrega Ramón, "fue rescatable en este trabajo la discusión que se dio en el MIR sobre la labor en el exterior. Y lo que quedó claro fue que el exilio debía ser una fuerza militante, parte del movimiento popular chileno. Ello llevó a realizar tareas que tenían directa relación con Chile, creando condiciones para apoyar la lucha aquí y asumiendo la necesidad de volver a ese frente". Recuerda Ramón que los desterrados eran muchos "por ello era una fuerza que movilizaba: se hacían campañas por los presos políticos y actividades solidarias diversas. Por ejemplo, organizamos una

conferencia sobre el Exilio Mundial donde asistieron personalidades como Cortázar, Galeano, Benedetti".

Pepe transformaba las ganas de volver a Chile en energías para enfrentar mejor esa situación obligada. El objetivo era claro, como expresa Ramón: "Sacarse la modorra, la sensación de derrota y el sentirse inmerso en una sociedad distinta que te va marcando y jodiendo. Había que revertir eso de un modo positivo. Todo a ritmos lentos porque, además, toda la gente tenía problemas para sobrevivir".

Ese año 79, tan lleno de experiencias significativas, terminó con un broche de oro: en noviembre Pepe fue invitado a Cuba, país que no visitaba desde 1971. Desde allí le escribió a Silvia sus impresiones:

> *"Hace tres semanas que llegué a este hermoso país. Hacía ocho años que no venía y la verdad es que el tiempo no ha pasado en vano para Cuba. Aunque lógicamente hay muchos problemas por solucionar, son muchos más los que están definitivamente superados. Los primeros días me pusieron auto. Ahora tengo que andar en 'guagua' (bus) como todo el mundo. Si bien el tiempo se hace más corto (...) por otra parte me ha servido para conocer mucho mejor. Mucho más de adentro la realidad cubana, ver la reacción y la disposición de la gente".*

La llegada de 1980 también trajo hechos gratos. Uno fue el volvere ver a Juan Pablo Cárdenas.

El sueño del regreso

El reencuentro fue casual. Se produjo en Caracas en un Congreso del Pensamiento Político Latinoamericano. "Era un evento gigantesco, quizás el más grande realizado sobre el tema. Con gran sorpresa me encontré a Pepe cubriendo el Seminario. Esta vez consolidamos nuestra amistad", relata el director de "*Análisis*".

Compartieron una pieza en el hotel y conversaron mucho más abiertamente sobre la Revista y la posibilidad de trabajar allí. Pepe le señaló a Cárdenas que no tenía, en teoría, impedimento legal para volver a Chile, pero que nadie -ni él mismo- había pensado seriamente en la posibilidad de hacerlo porque los riesgos eran muy grandes. Cárdenas le planteó su deseo que se uniera al equipo de "Análisis" y le señaló que esa era una posibilidad para que regresara. "Le dije que tenía que volver a cumplir una labor concreta en periodismo. Pero en ese momento él desestimó la oferta. Sí me dijo que maduraría la idea y que se la comunicaría a su familia, a sus compañeros de partido y a la gente en el exilio", relata. En esa ocasión Pepe también le conversó de su interés por la información internacional y allí surgió el proyecto de que en "Análisis" se desarrollara más la sección con noticias del exterior, que prácticamente por entonces no existía. Recuerda Cárdenas: "En el Congreso mucha gente me señaló que la Revista era interesante y valiente pero que no tenía un sentido americanista. Que había que incluir más información internacional porque a través del análisis de esos temas se podía decir mucho e

influir en la política chilena. Todo esto lo hablamos con Pepe y a él le tentó mucho la idea de asumir la tarea".

En esa oportunidad, el director de "*Análisis*" no sólo se percató de las cualidades periodísticas de Pepe. También tomó conciencia de una característica que después sería de una gran utilidad para sobrellevar el Estado de Sitio de 1984: su gran iniciativa. Cárdenas rememora una anécdota ilustrativa al respecto: "Como sus ingresos siempre se le hacían pocos, él había inventado un negocio: comprar ropa artesanal en México para venderla en Caracas, donde había mucho más poder adquisitivo. Y para ese Congreso, él se la llevó abriendo su maleta de vendedor viajero y ofreciendo vestidos de mujer. A mí desde luego me vendió uno". Señala Cárdenas que esta práctica de "pitutear", de buscarse entradas extras, tan propias de los periodistas, fue también típica en Pepe.

Además de este reencuentro, Pepe vivió ese año 80 otros de sus más ansiados sueños desde que saliera de Chile: estar otra vez con sus padres. Finalmente logró invitarlos a Venezuela. En marzo de 1979, en un viaje de Silvia a Chile, Pepe les había reiterado sus deseos de cumplir esta promesa: "En poco tiempo se cumplen dos años desde que salí de Chile y cuando uno comienza a pensar en la familia, en ustedes, el tiempo se hace realmente largo... Tengo la esperanza de ver luego a Iván y Luciano, a ustedes... Quizás las cosas no sean en tan corto plazo como yo pensé cuando salí o como pensaba hasta hace algún tiempo. Pero no creo que vaya a pasar mucho tiempo antes que podamos estar otra vez juntos... Con

Silvia estamos de acuerdo en que una de las primeras cosas, el primer gran gusto que nos gustaría damos, sería poder verlos, traerlos a esta ciudad, estar unos días juntos".

Doña Chela y don Humberto estuvieron cerca de un mes en Venezuela. Pepe los llevó a conocer decenas de lugares. La alegría de sus progenitores, que nunca habían salido de Chile, era infinita: por fin vivían un remanso de paz junto a ese hijo que casi habían perdido.

Si no hubieran viajado ese año 80, los padres de Pepe no habrían tenido la oportunidad de visitarlo en el país caribeño. Porque en 1981 se trasladó a vivir a México junto a Silvia y Alfredito.

México y la decisión de retorno

En el verano de ese año 81, Silvia y su hijo viajaron por segunda vez a Chile. Poco antes se había producido la mudanza a México. Desde el nuevo hogar y a la vuelta de un viaje. Pepe le escribió una larga carta a su compañera. Como ella había debido postergar su regreso a causa de una sorpresiva enfermedad, Pepe estaba ansioso y nostálgico. Con fecha 17 de abril, la carta señalaba en sus partes centrales:

> *"Es viernes de Semana Santa. Estoy de vuelta en este pequeño y solitario departamento. Llueve y hace frío pero la verdad es que la soledad y el frío son insignificantes al lado de la terrible necesidad de su presencia aquí (...) ¡Cuántas caricias y ansias*

contenidas! Así es esta vida que hemos elegido y debemos afrontarla con las fuerzas de nuestras convicciones y nuestro inmedible amor (...) Quiero que sepa que estoy optimista (...) He trabajado mucho y pese a las dificultades, las cosas marchan (...) La compañía diaria del Chico Díaz y su valiosa amistad me ayudan de sobremanera y pasa el tiempo. Pero todo eso es más que insuficiente estando usted aún tan lejos. La verdad es que el tiempo juntos, el amor alimentado en vida, en palabras, lecho y besos ha crecido tanto que se hace imprescindible para hacer completo cada día, para que este pequeño departamento tenga vida, para que la vida tenga todo su sentido. Hace un par de días recibí su carta y los dibujos de Alfredito. La leí mientras escuchaba uno de esas cassettes que oíamos juntos en Caracas y que ya casi me saludan de tanto ponerlos. Y mientras leía y releía, era feliz de saber que su amor y de sentir que, al igual que usted a mí, yo también le hago falta en su vida. Mi Silvia querida, dígale a Alfredito que yo también quiero que él venga pronto a México y que incluso he visto los parques y las plazas donde vamos a ir a jugar apenas ustedes lleguen".

Pepe llevaba una misión político-periodística específica a México: refundar la revista *"Punto Final*" en el exilio. La responsabilidad sería compartida con Mario Díaz, uno de los fundadores de ese medio en el año '66.

El desafío fue exitoso y rápidamente asumido y Pepe fue, en los hechos, el director de la Revista porque Díaz

estaba muy enfermo. Según recuerda Jorge Andrés Richards, "era prácticamente el responsable de *Punto Final*' además de ser encargado del MIR. Era un hecho público que él era el más importante después de Mario Díaz".

Consecuente con su decisión de trabajar en la profesión para ganarse la vida, Pepe consiguió un puesto en el diario "*Uno más Uno*" de México. Allí escribía en la sección internacional, lo que siguió haciendo al volver a Chile. También se incorporó a la vida gremial a través de la Unión de Periodistas Chilenos, UPECH. Esta representaba a Chile en la FELAP, porque el Colegio de Periodistas en nuestro país aún seguía en manos de dirigentes gobiernistas y no participaba en esta organización.

También seguía en sus actividades solidarias con los pueblos en lucha. Recuerda Silvia: "Fue muy activo en el apoyo a la lucha salvadoreña y también en ese tiempo creó fuertes lazos con Jaime Bateman, dirigente del M-19 colombiano, hoy también muerto. Lo admiraba porque lo consideraba un revolucionario que trataba de conciliar la idiosincracia de su pueblo, con el pensamiento marxista, aunque él no se declaraba marxista-leninista. Pepe lo sentía muy real, muy fuerte, muy valiente. Y muy alegre: le llamaba mucho la atención su intensidad para vivir y creo que eso lo impresionó y marcó mucho".

En México pudo concretar otro de sus más preciados y esperados anhelos: re-encontrarse con sus hijos Iván y

Luciano. Estos se fueron a vivir junto a su madre a este país de modo que Pepe pudo por fin hacer vida familiar con ellos. Salían prácticamente todos los fines de semana juntos y soh'an quedarse a dormir en su hogar de Silvia y Pepe. De hecho, fue la primera vez que Pepe pudo realmente compartir con los niños, porque cuando había estado casado con Olivia, Iván y Luciano eran sólo guaguas.

La alegría profunda de ese reencuentro tuvo una contraparte dolorosa: fue la segunda crisis como pareja que debieron enfrentar con Silvia. Ella recuerda que los problemas duraron casi un año y que hasta agosto de 1982 ambos vivieron momentos muy difíciles. Pero también salieron airosos de este nuevo trance. Para el cumpleaños de Silvia, el 24 de agosto de 1982, Pepe -que andaba de viaje por Europa- le escribió:

> *"No sé si esta tarjeta va a llegar antes que yo. Por si así ocurre quiero que sirva como adelanto para decirle que la quiero mucho y que con seguridad tendremos días mejores. En su voz por teléfono se notaba su estado de ánimo y me sentí muy feliz de saber que en este tiempo le ha sido posible entregar cada vez más de su enorme capacidad y compromiso. En los viajes interminables por los trenes de Europa a menudo me recordé de los días en que nos conocimos, de los encuentros escasos pero intensos en Puchuncaví, de su fuerza y de cómo mi amor se abrió paso en su corazón, de los momentos felices y de los instantes difíciles. Todo formando parte de una*

> *intensa vida en los momentos más significativos de mi ya larga existencia. Hemos hecho juntos un largo trecho en el camino y ojalá que este aro que vivimos hoy nos ayude a continuar mejor".*

Tal vez la crisis, o la inesperada irrupción de dos nuevos hermanos en su vida, hizo que también Alfredito pasara por un mal período. Un día cualquiera comenzó a pedir a Silvia que le cambiara el apellido y le pusiera Alfredo Carrasco. Pepe supo del incidente a través de una carta de Silvia. En su respuesta le señaló que había que resolver la contradicción del niño pero que por ningún motivo había que intentar borrar la imagen de su padre Alfredo. Agregó: "El sabe que lo quiero mucho, pero sin duda la presencia de Iván y Luciano es lo que hace estar inseguro y buscar cosas para una mayor identificación". Concluía expresando que iba a hacer todo lo posible para que en la relación de ambos, Alfredito recuperara su seguridad, lo que de hecho logró.

A medida que iba pasando el tiempo, el exilio se iba haciendo cada vez más pesado para Pepe. Su carácter jovial impedía que esto fuera notorio pero indudablemente buscaba la oportunidad que le permitiera volver a Chile. Por mucho tiempo su partido esbozó la idea de un regreso clandestino, pero esto no era lo que Pepe más deseaba. No sólo porque lo obligaba a separarse de Silvia y sus hijos, sino porque él era para la lucha abierta. "¡De frente pelea el Buin!", solía decir. En todo caso, la decisión final no estaba en sus manos.

Entretanto, hacía gestiones e iba "tanteando el terreno" para una vuelta con los papeles en orden. Cuando Jorge Andrés Richards regresó a Chile en agosto de 1983, Pepe le pidió que le averiguara si había riesgos o impedimentos para su vuelta. Relata Richards: "Yo viajé a México en febrero de 1984. Entonces le dije que no sabía qué estaban pensando los servicios de seguridad pero que, a simple vista, en el aparato clásico -la lista de aeropuerto, información de la Vicaría, CIME y ésos- no tenía problemas. Otro cuento es, le expresé, que estando acá le pasara algo. El quería saber si podía entrar por el aeropuerto. Lo que yo le averigüé -y para él fue fundamental- fue que podía entrar por la puerta ancha".

Las cosas comenzaron a confabularse de modo tal que su destino fue volver a Chile más pronto de lo que pensaba.

En enero de 1984 volvió a encontrarse por casualidad con el director de "*Análisis*". Recuerda Cárdenas: "Ya éramos amigos. En esa ocasión le dije que pensara en volver a Chile, que estaban dadas las condiciones porque había una apertura política interesante; que la Revista se había desarrollado y se había dado a conocer y que -por lo tanto- ya no tenía excusas para no integrarse al equipo periodístico nuestro. Además, le dije, la revista te necesita". Añade Cárdenas que Pepe mostró esta vez un interés claro y manifiesto por volver. "Me señaló que incluso le convenía en el ámbito personal porque ya estaba bastante agotado del ir y venir de viajes y que Silvia y sus hijos querían establecerse en un lugar

definitivo. Es decir, tenía una presión favorable para el regreso".

Sin embargo, según expresa Juan Pablo Cárdenas, las cosas no fueron fáciles. Los problemas surgieron cuando Pepe confrontó su decisión con la opinión de su partido. "Fue vista con espanto. Nadie pensaba que fuese factible que Pepe volviera en forma legal sin correr riesgos. Pero a quienes le dijeron 'te van a matar', él les dijo: 'sí, es probable pero hay una posibilidad de volver y la voy a ocupar'. Me pidió que yo hablara con la gente del MIR. Yo les reiteré mi posición. También les hice ver que la invitación era al periodista José Carrasco y en ningún caso al MIR. Que era una invitación al amigo que ya había aprendido a conocer y que ello no se podía entender como que ese Partido tendría un representante en nuestra revista". Esto, indica Cárdenas, fue perfectamente asumido por Pepe y sus correligionarios.

El MIR debió rendirse ante los argumentos de Pepe pues él los defendió con pasión. Se decidió su regreso. El hecho marcó una diferencia en la política que había mantenido hasta ese momento ese partido: la gente tan "quemada", es decir con tantos antecedentes como Pepe, debía volver clandestina. Pepe lo hizo en forma legal y marcó una senda de cambio. Señala Martín, un ex compañero de prisión: "El consideraba que volver en forma abierta era una necesidad. Porque el trabajo clandestino y la experiencia que se había hecho en ese sentido era limitada. No era mucho lo que se podía desarrollar. Y creo que en eso el Pepone fue preclaro: cuando todo el

partido estaba volviendo clandestino, él fue un activo impulsor del retorno legal. Logró convencer que se podía volver legalmente, que había espacios que se podían ocupar. Cosas en las que el tiempo le dio la razón".

"Estoy arrancando pa' Chile güevón"

Pepe y Silvia comenzaron a preparar el regreso aceleradamente. Decidieron que volverían por separado y que Pepe lo haría primero porque si le impedían el regreso o lo tomaban preso era más útil que Silvia estuviera fuera del país para moverse por él.

Antes de viajar a Venezuela, desde donde partió, Pepe tramitó una corresponsalía en el diario "*Uno más uno*". El periodista Oscar González, quien vivía en México y trabajaba con él en ese medio, relató la despedida en un hermoso artículo publicado en la revista argentina *"El periodista*", donde hoy trabaja. La crónica, escrita después del asesinato de Pepe, expresaba:

> *"Corría 1984 cuando nos enteramos en México de que José Carrasco, a quien conocíamos desde algunos años atrás en ese tradicional cobijo de desterrados latinoamericanos, había decidido retornar a Chile tras ocho años de exilio. Nos pareció resueltamente una locura y así se lo dijimos en la luminosa redacción del diario "Uno más uno", donde por entonces nos encargábamos de la edición internacional. Pepe -a veces también Pepone- sonrió ante los argumentos y prevenciones que desgranamos no tanto para convencerlo de que desistiera de su decisión, sino más*

bien para tranquilizar nuestro propio ánimo, y se limitó a solicitar la vacante corresponsalía del periódico mexicano en Santiago de Chile. La preocupación que nos roía no era antojadiza (...) Por eso la aprensión al escuchar su anuncio, la felicidad de su rostro: 'estoy arrancando pa' Chile güevón...'".

Ya en Caracas lleno de su optimismo creciente, le escribió a Silvia: "Creo cada vez más que si logramos poner los pies dentro del país nos irá muy bien: podremos trabajar en lo que más nos importa y vivir muy juntos, con dificultades y temores al principio pero felices luego".

Cuando tomó el avión a Lima, donde haría la segunda escala antes del paso final, había emprendido el que sería el más hermoso y largo viaje de su vida: el regreso del exilio. Nunca más tendría que volver a partir a algo más doloroso que el destierro.

El Regreso

La noche anterior apenas había dormido. Estaba tenso. Ansioso como un niño en la víspera de Navidad. Vivía emociones encontradas: alegría de volver a completar tantos sueños, pero también sentía temor. A que lo detuvieran, a que lo devolvieran y hasta a que lo dejaran entrar. Todas las averiguaciones preliminares señalaban que no habría problemas. El día anterior había llamado desde Perú a Silvia. "Te tengo una buena noticia, alguien en Chile me vio una radiografía y me dice que está buena". Se refería a que su nombre no figuraba en las

listas del aeropuerto, de los chilenos con prohibición de ingreso. Sin embargo no tenía certeza. Por eso tomaba la precaución de hablar en clave. Sabía que en el Chile de Pinochet nada estaba garantizado para él, salvo la represión. Habían transcurrido siete años desde la partida forzada por las amenazas y faltaban minutos para que el avión aterrizara en losa chilena. Con la vista clavada en la cordillera se preparaba para el reencuentro. El roce del avión con la pista lo sacó de su ensimismamiento.

Desde afuera había organizado su propia recepción, cuyo principal sentido era asegurar el ingreso y testigos en caso de problemas. En la misma puerta del bus que lo llevó desde el avión hasta las dependencias de Policía Internacional lo esperaba un colega que gracias a su carné profesional había conseguido pasar la zona prohibida para el público. Se habían separado sólo un par de meses antes en México.

-¡Pepone!

-¡Pelao!

Todavía no se convencía. Se estrecharon. Respiró un poco más aliviado. La presencia de Jorge Andrés Richards le dio mas confianza. Pero todavía restaba el trámite legal del ingreso. Nervioso presentó su pasaporte. El funcionario se lo devolvió como al resto de los pasajeros, sin más demora que la habitual. No hubo preguntas. Tampoco miradas inquisidoras. Al llegar a la aduana a retirar el equipaje divisó a través de las puertas de vidrio

muchas manos que se agitaban. Estaban todos allí. Sus padres, a quienes no abrazaba hacía 4 años. Había también muchos amigos. Una delegación especial de periodistas, entre ellos Juan Pablo Cárdenas y su promesa de trabajo, Ignacio González y dirigentes del gremio. Por minutos todo fue abrazos, lágrimas y sonrisas. Abrazos largos y apretados. De pronto una cámara fotográfica lo hizo aterrizar de nuevo a tierra chilena. El sujeto dijo ser reportero gráfico de un periódico. La foto nunca fue publicada en la prensa. Probablemente sirvió para actualizar la ficha de Carrasco Tapia, José Humberto en los archivos de los servicios de seguridad. Al salir del aeropuerto recibió la bienvenida oficial inscrita en un aviso de acrílico: "Chile avanza en Orden y Paz".

Pepone estaba feliz, demasiado como para que el sospechoso reportero gráfico empañara la alegría incontenible del regreso. Estaba de nuevo en Chile, en su vieja casa de Víctor Cuicuini preparándose para comer pastel de choclo cocinado por su madre. Apenas llegó a la casa llamó a México para avisar a Silvia que todo estaba en orden y que esperaba su llegada y la de Alfredito para el sábado siguiente. Después la hizo hablar con sus padres para que no le cupieran dudas de que efectivamente todo estaba en orden.

Como en los primeros días de libertad después de Puchuncaví, Pepe no quería andar solo. Le pidió a su hermano Raúl que lo acompañara. "Lo acompañé los tres primeros días a todos los lugares donde anduvo y vimos que en general no lo molestaban. Después él se fue

relajando y haciendo su vida con más normalidad". El sábado, tal como estaba previsto, fue a buscar a Silvia al aeropuerto. Usando su recién renovado carné profesional, entró a las dependencias de la Policía a recibirla. Ella se asustó. Le pareció que era una provocación, una locura que no podía permitirse sólo cinco días después de haber vuelto. El ya había dejado de ser un retornado. "Volví legalmente, estoy en mi país, soy periodista y tengo derecho a esperarte aquí", le replicó. La abrazó contento, le mostró la cordillera y le dijo: "Ve que fue posible..."

Poco a poco fueron poniendo en marcha los planes tantas veces trazados. Un mes después del retorno encontraron un lugar donde instalarse. El 11 de mayo de 1984 se cambiaron a un pequeño departamento en calle Santa Filomena en el Barrio Bellavista. Habían visto varias casas antes, pero las habían descartado por el precio y también por razones de seguridad. El lugar reunía todas las condiciones. Estaba cerca del trabajo, el tamaño era apropiado, estaba dentro de una comunidad y por lo tanto había muchos vecinos. Muchos testigos. Entonces no imaginaron que éstos no podrían detener las órdenes de muerte. Mandaron a hacer muebles donde un amigo. Fueron a Pomaire a comprar la loza. Compraron plantas y mimbres. Les regalaron un frigider y rescataron una vieja cocina. Desplegaron en la muralla los recuerdos del exilio. Por primera vez durante los diez años que habían vivido juntos, sintieron que se instalaban.

Lentamente se fueron reinsertando. Pepe mantenía su corresponsalía mexicana con el diario "*Uno más Uno*". Al mismo tiempo comenzaba a colaborar en "Análisis". Silvia consiguió una beca para retomados patrocinada por la revista y comenzó a trabajar en el archivo. Las invitaciones de los amigos se sucedían. Recorrían juntos las calles y los recuerdos. Pepe le mostraba su viejo Instituto Nacional, la sede del sindicato Zig Zag, el local donde funcionaba el FTR, las calles de la clandestinidad y del Chile sin Pinochet. En junio de ese año llegaron Iván y Luciano. El primer tiempo vivieron con sus abuelos. Sólo compartían los fines de semana y las vacaciones, ya que su madre tenía temor de que los niños corrieran los mismos riesgos que Pepe. Sin embargo el solo hecho de tenerles cerca constituía otro motivo que se sumaba a la infinita alegría de darse cuenta cada mañana que "había sido posible".

Los primeros meses Pepe desarrolló una discreta actividad política. Su regreso estaba íntimamente ligado a la decisión de retornar en Chile el compromiso que había adquirido hacía ya 17 años. Hacer periodismo en "*Análisis*" era parte de esa opción, pero no lo era todo. Observaba con interés el panorama político nacional. Se convencía cada vez más que había un espacio interesante para hacer política en forma pública tras la creación de la Alianza Democrática, el Movimiento Democrático Popular y el Bloque Socialista y la reaparición de los partidos a partir de las protestas y movilizaciones de 1983. Se daba cuenta de que el MIR tenía que ampliar su presencia política, que no podía ser considerado sólo un

grupo militar, sino un partido con un proyecto político. Pero más allá de sus intereses partidarios, se convencía cada vez más de la necesidad de concertar todas las fuerzas para acabar con la Dictadura.

"Es imprescindible terminar con la Dictadura. Y para eso es necesario encontrar la unidad de acción, los puntos de acuerdo del conjunto de las fuerzas opositoras de manera de tener una movilización activa, profunda, permanente, constante, creando una situación de ingobernabilidad que permita poner fin a la Dictadura y devolver la soberanía al pueblo", repitió muchas veces en sus intervenciones políticas. Por sus características de hombre dialogante y sociable, por su madurez y superación del sectarismo, por su firmeza y flexibilidad para mantener discusiones, Pepe asumió las tareas partidarias vinculadas a las relaciones con las demás fuerzas políticas. Rafael Maroto, con quien trabajó muy de cerca, lo recuerda como "un hombre de unidad, por profunda vocación personal". Pepe sentía por él un entrañable cariño. Lo respetaba profundamente por su opción de haberse convertido en un vocero del MIR corriendo todos los riesgos que ello implicaba. Por eso estuvo preocupado de él hasta en los momentos más críticos. El día del secuestro alcanzó a escribir unas líneas pidiendo que cuidaran al Rafa.

Pepe se sentía un hombre feliz. No olvidaba que corría riesgos, pero tampoco vivía en función de ellos, porque entendía que éstos eran parte de su opción. Vivía las dos partes de la ruleta rusa: la alegría total, el emparejarse,

los niños, los asados, los amigos, las siestas. Y por otro lado el peligro de morir mañana, pero no por eso dejaba de hacer su vida. Comprendía los temores de los que lo rodeaban. Cada noche desde el regreso telefoneó a sus padres para decir "ya estoy en casa". Se preocupaba también de llegar a su casa a la hora convenida. Cinco minutos de retraso ameritaban un aviso telefónico.

Primera advertencia

En agosto del 84 los temores de Pepe se hicieron palpables. Nueve militantes del MIR fueron acribillados en Santiago, Los Angeles, Valdivia y Concepción y otros tantos fueron detenidos y brutalmente torturados. A pesar de las decenas de testigos que aseguraron que las víctimas habían sido asesinadas sin oponer resistencia alguna, la versión oficial informó de caídos en enfrentamientos. En Concepción el propio Arzobispo José Manuel Santos exigió la designación de un ministro en visita para investigar el caso. Las portadas de la prensa del 24 de agosto informaron con grandes titulares y fotos a color de la muerte de los "extremistas". La noticia transmitida la mañana de ese viernes por las radios despertó violentamente a Pepe. Eran sus compañeros de partido. Su olfato de perro viejo, su sentido común aguzado en la última década lo hicieron intuir días difíciles e inciertos.

Se levantó temprano y se fue a la Revista. Al leer los diarios sus sospechas se confirmaron y la garganta se le secó cuando vio su nombre mencionado dentro de un

extenso informe de la Intendencia de la Octava Región del país, donde se habían registrado algunas de las muertes. Se le acusaba de haber planeado junto a Nelson Herrera Riveros, uno de los asesinados, Nelson Gutiérrez y Andrés Pascal Allende, Secretario General del MIR, "el accionar subversivo en Chile para 1984" durante un plenario del Comité Central del Partido realizado en Cuba. Pepe entendió claramente el mensaje. Se lo presentaba al país como uno de los hombres más "peligrosos" del MIR y con ello se preparaba el terreno para justificar una futura represión. El régimen lo estaba notificando.

Conversó con sus colegas de la Revista y decidieron ponerse de inmediato en campaña para desenmascarar la maniobra. Recorrieron radios, diarios y revistas donde Pepe denunció su situación. "Es evidente, dijo, que en la actual situación represiva que vive el país y, particularmente la que afecta a los exiliados retornados, la imputación que se me hace sólo pretende justificar una acción represiva contra mi persona". En un recurso de amparo presentado en su favor, todos los servicios policiales y de seguridad informaron que no existía orden de detención en su contra. La Asociación de Corresponsales Extranjeros pidió al gobierno una explicación. La respuesta la dio el entonces Ministro Secretario General de Gobierno, Alfonso Márquez de la Plata. En ella indicó que no estaba en condiciones de proporcionar más antecedentes que los entregados en el informe oficial, donde Carrasco aparecía mencionado, pues éstos formaban parte del secreto del sumario de la

investigación judicial acerca de las muertes. El personero no obstante dio cuenta de la larga trayectoria "extremista" de Carrasco. Curiosamente reconoció oficialmente, por primera vez, que había sido detenido el 6 de diciembre de 1974 en Talcahuano. Hasta entonces el régimen nunca lo había admitido y sólo señalaba como fecha de su detención el 24 de febrero de 1975, es decir, la fecha en que había pasado a libre plática al campamento de Tres Alamos. La respuesta de Márquez de la Plata resultaba sintomática. Se le formulaban graves cargos, sin embargo la misiva concluía señalando que mientras éste "se mantenga dentro del marco de las leyes vigentes que rigen a todos los habitantes de este territorio, el Supremo Gobierno le garantiza el libre ejercicio de su profesión".

La situación era compleja. Resultaba difícil adivinar las intenciones de la dictadura, descubrir hasta dónde estaba dispuesta a llegar. Pepe se replanteó la opción de haber regresado legalmente al país. Muchos amigos le dijeron que era una locura continuar en esta aventura de intentar vivir como un hombre común y corriente. Que él era miembro del Comité Central del MIR y lo podían matar. Pensó en irse. Tenía miedo. Conversó con Silvia. Ella también estaba muy asustada, pero se daba cuenta de que las amenazas eran una forma de poner a prueba su voluntad de regresar a vivir, trabajar y luchar en su país. "A donde tú vayas yo te acompaño. Pero si nos vamos, tú a Chile no vuelves más legalmente. Si decidiste volver en la forma en que lo hiciste sabías que corríamos este riesgo. Si nos vamos tienes que pensar que tu lucha es

otra. Yo también tengo miedo pero estoy dispuesta a quedarme contigo", le dijo. Pepe la abrazó muy fuerte y le dio las gracias. Siempre había rechazado la posibilidad del retorno clandestino porque ello implicaba separarse de su familia. Tampoco quería regresar al exilio. La tranquilidad de Silvia le devolvió la confianza.

Durante las siguientes quince noches durmieron fuera de su casa. Juan Pablo Cárdenas los recibió en un gesto que Pepe jamás olvidó. Cárdenas vivía con su esposa y seis hijos, y estaba convencido de que le podía ofrecer el lugar más seguro. Durante el día Pepe trataba de desarrollar sus actividades con normalidad. Por las mañanas iban a cambiarse de ropa a su departamento y a dejar a Alfredito al colegio. Trataba sí de andar acompañado. Poco a poco fue recuperando la tranquilidad hasta que decidieron retornar a su casa. La última medida de precaución que tomaron fue invitar a un amigo a alojar con ellos. Era sólo un apoyo moral, porque si llegaban los visitantes de la noche no habría mucho que hacer. Sin embargo, a partir de entonces Pepe se sintió amenazado de muerte. Supo que el retorno de la tranquilidad era aparente, que las amenazas podrían concretarse. No obstante, no estaba dispuesto a someterse a las reglas del juego de la dictadura, no se iría a la clandestinidad ni al exilio. Correría el riesgo. "Amamos la paz y amamos la vida, pero más que nada amamos la justicia y la libertad, y por la justicia y la libertad estamos dispuestos a dar la vida si es necesario", declaró dos años después, en una última entrevista, 48 horas antes de su muerte.

Viviendo la intensidad

Septiembre de 1984, como todos los septiembres en Chile, fue un mes agitado. La oposición había retomado la iniciativa política desencadenando una ola de movilizaciones, bajo la forma de Protestas, Jornadas por la Vida, Marchas del Hambre, que desembocaron finalmente en el Paro Nacional del 30 de octubre, el primero en doce años de dictadura. El régimen se sentía acosado y respondía con la represión de costumbre. Sin embargo, ésta no conseguía frenar los ímpetus opositores. La prensa independiente era castigada prohibiéndosele publicar fotos o imágenes que denunciaban, a prueba de desmentidos, la brutalidad. El régimen se sabía débil y la oposición muy fuerte, por lo que se permitía desafiar las órdenes del capitán general. Los dirigentes políticos expulsados retomaban y ejercían, a pesar de la voluntad del gobierno, el derecho a vivir en su patria. La prensa castigada se autolevantaba las medidas restrictivas. Los asesinatos, como el del sacerdote André Jarlán, en lugar de aplacar la ira de los pobladores, redoblaban su sentimiento de rebeldía y los funerales se transformaban en masivas manifestaciones que el gobierno era incapaz de impedir. La situación se complicaba para las FF.AA. La creciente movilización social, el proceso unitario que comenzaba a gestarse en las bases de la oposición y la presión negociadora ejercida por EE.UU., llevó al régimen a imponer el Estado de Sitio el 6 de noviembre. El recurso extremo dejaba en evidencia su debilidad, pero al mismo tiempo les permitía recuperar el control del país a través de las

detenciones masivas, el descabezamiento de los partidos de izquierda, las organizaciones sociales y el silenciamiento de la prensa.

El Estado de Sitio significaba el inicio de un período lleno de jomadas inciertas, muchas de las cuales Pepe durmió en casas de amigos. Sin embargo, su convencimiento de que éste expresaba la debilidad política del régimen lo mantenía optimista para emprender las más variadas iniciativas. En ese período ya se había incorporado de lleno a la planta de redactores de "*Análisis*". Con la revista clausurada había que darle curso a la imaginación para encontrar formas alternativas de mantenerse en actividad y sobrevivir como medio de comunicación. La primera decisión del equipo fue crear un informativo diario que se distribuiría por suscripciones y que daría cuenta de lo que el régimen quería ocultar. Así nació "*Prensa Libre*". La iniciativa, no obstante, no resolvía el problema de la sobrevivencia económica. Pepe, que desde niño había tenido espíritu de comerciante, propuso la idea de montar una Feria de Juguetes para la Navidad. Funcionaría en el mismo local de la revista bajo la consigna: "Su compra defiende la libertad de expresión". Personalmente tomó contacto con los distribuidores , consiguió ventas a concesión, fue a Pomaire a comprar artesanía en greda, regateó precios y desplegó todos sus encantos para cautivar al público comprador. La Feria permitió financiar los sueldos de un mes y sirvió al mismo tiempo para combatir la apatía. Al comprar los juguetes los clientes se enteraban de la existencia de "Prensa Libre".

Durante el verano de 1985, diversas personalidades y representantes de sectores políticos iniciaron acercamientos con miras a encontrar una fórmula unitaria de la oposición para enfrentar a la Dictadura. Así nació durante el Estado de Sitio la Intransigencia Democrática, ID. El movimiento planteaba una política de término del Régimen a través de una movilización creciente que hiciera ingobernable el país y obligara a las FF.AA. a la entrega del poder. La ID sostenía que no se podía conseguir una alternativa auténticamente democrática mediante la negociación "con un régimen que ha demostrado hasta la saciedad su desprecio y absoluta carencia de voluntad democrática". A la ID adscribieron todas las fuerzas opositoras, excepto la Democracia Cristiana. Algunos sectores de la derecha llegaron a considerar la posibilidad de integrarse al conglomerado

Pepe fue uno de los más entusiastas promotores y fundadores de la ID y uno de los redactores de su manifiesto. Fue quien llevó los planteamientos del MIR a la entidad. Desarrolló allí las tareas de "alianza" del partido, consiguiendo su reconocimiento público y un tratamiento de igual a igual con las demás fuerzas. Sus características personales le facilitaban la tarea. En palabras de otro dirigente político, "Pepe era ante todo un hombre social, directo, que a diferencia del común de la gente politizada no perdía en ningún momento su capacidad de asombro. Tampoco se escondía cosas, ni preparaba máquinas para enfrentar los obstáculos. A veces ganaba las discusiones. Muchas veces las perdía

cuando se discutían puntos que se suponían intransables para otras fuerzas políticas. Pero él quedaba tranquilo con su conciencia. Era leal. Con sus detractores, se preocupaba de darles espacio para expresar sus ideas, aunque esto le creara problemas políticos. Al conocerlo se desmitificaba la visión estereotipada del mirista".

Su forma de enfrentarse a la política era bastante particular, al decir de Jecar Neghme, con quien trabajó estrechamente en el MDP. "Su manera de 'apearse' no se daba con lo rigurosamente ideológico, la cita, el molde, el clisé, sino que él se 'apeaba' a partir del sentido común. Siempre nos echábamos tallas sobre cómo poder sistematizar la 'dialéctica del sentido común'. De lo que la gente podía pensar, de lo que la masa sentía. Le interesaba lo que cualquier hijo de vecino tenía como preocupación fundamental y cómo iba a recibir nuestras definiciones políticas. Era un hombre alejado de la ingeniería política, desde el punto de vista de esas tácticas alambicadas que algunos construyen para llegar a esto o lo otro. El siempre se manejaba en el marco de lo que está pensando la gente".

La actividad política de Pepe también incluía la participación activa, como uno más, en las movilizaciones antidictatoriales. Marcado por la experiencia de la represión no olvidó nunca el compromiso con los caídos. Para él la defensa de los derechos humanos no era una cuestión táctica. En Grimaldi, Tres y Cuatro Alamos, Puchuncaví y el exilio aprendió con dolor la importancia de ser voz de los sin voz. Desde la huelga de hambre por

los 119 detenidos desaparecidos nunca abandonó ese compromiso.

En mayo de 1985, los familiares de los ejecutados durante el Estado de Sitio realizaron una huelga de hambre para remecer al país. Pepe estuvo allí a pesar de lo cargado que estaba el ambiente, iba diariamente a visitar a los ayunantes. Participó en el Comité de Apoyo asumiendo muchas de esas tareas que quitan tiempo y exigen dedicación. Como la impresión de volantes y declaraciones que personalmente trasladaba en su *renoleta* de un lugar a otro.

Para las jornadas de protesta, a pesar de estar en una situación particularmente delicada, no se limitaba a observar como periodista. Actuaba como un agitador en los mítines que se efectuaban en el centro de Santiago. Separar a Carrasco de la calle era imposible. Para las marchas de los periodistas en denuncia de la censura y defensa de la libertad de expresión sólo tomaba una precaución: abrigarse por si caía preso. Antes de partir a la marcha, sacaba de su escritorio el par de calcetines extra que nunca olvidaba de llevar para estas ocasiones. "Si hay algo que me jodió en la '*cana*', y nunca he podido olvidar, fue el frío. Era una cuestión muy cabrona", comentaba sonriente mientras se preparaba. En el momento en que caía la "*repre*" no arrancaba. Le disputaba a las fuerzas policiales los detenidos, alegando a voz en cuello que era periodista mientras exigía explicaciones. Ante tanta "provocación" muchas veces los carabineros intentaron detenerlo infructuosamente.

Aprovechando su contextura gruesa se transformaba en un torbellino. Se tiraba al suelo lanzando puntapiés y aletazos para defenderse, hasta que conseguía eludir a los "pacos" con más de un *lumazo* en el cuerpo.

Poco antes del levantamiento del Estado de Sitio, en junio del 85, el equipo de "Análisis" intentó una nueva forma de superar el cerco informativo. Se decidió sacar una versión internacional de la Revista que se prepararía en Chile y se imprimiría en Alemania Federal para luego ser distribuida en Europa, América Latina y, por supuesto en Chile. Pepe fue nombrado jefe de informaciones por su experiencia internacional y periodística. Allí mostró su faceta de periodista nato, apasionado por su trabajo, preocupado de discutir una crónica política, económica, deportiva o de espectáculos; sus fotografías, su diagramación y hasta el montaje de las páginas. Seguía escribiendo sólo artículos internacionales, pero no dejaba de asistir a las entrevistas de los políticos, donde desde su rol periodístico volcaba sus inquietudes ideológicas. Fue su época de mayor dedicación profesional, aunque interrumpida una y mil veces durante cada jornada por sus responsabilidades políticas. Con sus 40 años era un hombre vital, de una actividad desesperante. Los llamados telefónicos, las visitas de los compañeros, las "diligencias cortitas", no lo dejaban hacer una cosa a la vez. Adaptarse a su ritmo era un imposible tanto para sus colegas de la Revista como para quienes compartían con él las tareas políticas.
"Enfrentarse a Pepe era encontrarse con un individuo como una taza que siempre rebasaba. Seguirlo en su

rutina diaria era una locura. A veces yo perdía 4 ó 5 horas porque iba a juntarme con él a la Revista y ya había empezado la reunión de pauta. Espérame, salgo al tiro', decía y pasaba una, dos, tres horas. Pero su aparente caos tenía un orden interno muy grande. Era falta de tiempo de lo que sufría Pepe", relata Jecar Neghme.

¡Voy de candidato!

Cuando ya pareció que Carrasco no podía asumir ninguna nueva tarea, anunció su candidatura como dirigente al Colegio de Periodistas. Su decisión, originalmente, tenía un sentido práctico. En la medida en que asumía más y mayores responsabilidades políticas, sus riesgos también aumentaban. El cargo gremial le ofrecía un margen mayor de protección. Recurrió a sus muchos y viejos amigos para su campaña electoral. "*Sabís* que voy de candidato en el Colegio porque así soy más público, soy dirigente, tengo más cobertura, más protección, un paraguas más grande. Traje una lista de gente que podría votar por mí. Tú *tenis* que llamarte a éstos que son amigos tuyos" le pidió acelerado a su amigo Nano Cabrera. Pepe fue electo como delegado del Consejo Metropolitano al Consejo Nacional del Colegio con votos de todo tipo: militantes, de los viejos amigos de *Il Bosco*, de los periodistas deportivos, de los colegas de Zig-Zag. Por su trayectoria profesional, desde antes del golpe era un periodista reconocido dentro del gremio. Seis meses después, su legitimación como dirigente fue confirmada al ser reelegido en el cargo. A pesar de haberse decidido a ser dirigente por razones prácticas, finalmente asumió de

lleno el cargo. Su vocación gremial y de sindicalista iniciada en la década de los 60, fue mucho más fuerte.

Quienes compartieron con él muchas sesiones de Consejo se impresionaron por su capacidad de entendimiento con todos los partidos, incluso con los representantes de derecha, sin que nunca se produjera un altercado. "Sus planteamientos no eran los de un francotirador. Tampoco era un vocero del MIR. Eran los de un periodista de izquierda que entendía al Colegio como una instancia unitaria, cuya fuerza estaba en que todos los periodistas se sintieran representados", recuerda María Olivia Monckeberg, dirigente nacional. Esa concepción del gremio era la que lo llevaba a preocuparse no sólo de las reivindicaciones político contingentes, sino a asumir también la defensa de los derechos de los jubilados, el problema de los estatutos, del ejercicio legal de la profesión, entre muchos otros. En el ámbito gremial Pepe también era un hombre de consensos. "Me sorprendía siempre su ecuanimidad, cómo trataba de que las cosas salieran y no de entorpecerlas. Tenía una gran lealtad gremial.

En el amplio espectro en que se desenvolvía, y representando él una postura tan diametralmente distinta a otra gente, siempre trató de entregar su aporte para que las cosas salieran positivamente. Era mirado con mucho respeto por los consejeros de derecha, quienes nunca hicieron cuestión de su militancia, ni lo descalificaron", apunta Jorge Andrés Richards, otro dirigente nacional. Y agrega: "Sólo en dos ocasiones lo vi

alterado. Una vez fue cuando se atacó a Nicaragua, otra en que con motivo de una invitación a La Habana para dos consejeros, un dirigente pidió que se preguntara por los derechos humanos en Cuba. Pepe hizo una enérgica defensa de la revolución cubana y nicaragüense. Fueron las únicas veces que lo vi un poco alterado".

Desde su cargo gremial defendió el derecho de muchos amigos y colegas exiliados a vivir en su patria. Así quedó registrado en actas. Durante una sesión de Consejo en que se dio la bienvenida a José Gómez López, Pepe tomó la palabra: "La presencia de Pepe Gómez entre nosotros, es un gran motivo de alegría y satisfacción. El es y ha sido un maestro para muchos periodistas que aprendimos de él a ver la realidad a través del compromiso con el pueblo y los trabajadores. Su retorno es muy importante para el periodismo. Quiero aprovechar también esta oportunidad para recordar que un hijo suyo, Úlises Gómez, se encuentra encarcelado y condenado por ejercer el periodismo, y que la exigencia de su libertad es tarea de todos nosotros". El regreso de José Gómez López tuvo un especial significado para Pepe, ya que se producía sólo meses después que otro de sus maestros, colega y entrañable amigo había muerto en el exilio, Mario Díaz. La muerte del "Chico Díaz" fue un duro golpe para Pepe, quien lo despidió con emotivas palabras y la voz entrecortada en el cementerio: "Para ellos eras, sin duda, un peligro para la seguridad interior del país, porque pese a tus 65 años, a la diabetes que cargabas hace 15 y a los dos infartos sufridos, seguías trabajando y sobre todo seguías irradiando la alegría por estar en una

causa justa. Es por eso que se equivocaron cuando autorizaron el ingreso de tus restos. No saben que eres de los muertos que nunca mueren".

En familia

En medio de su intensa actividad política y laboral, Pepe vivía intensamente los pocos momentos que podía dedicar a su familia. Sus hijos y su mujer sabían cuál era su compromiso y lo habían aceptado. "Era vivir, dice Silvia, con una persona que había hecho una elección de lucha en su vida, de terminar con esta dictadura. Tenía un proyecto de sociedad socialista, justa, e iba a dar su vida porque ese proyecto alguna vez diera luz. Eso siempre lo supe. Yo a él no lo conocí en una fiesta o en el Paseo Ahumada, sino que en la cárcel, dando testimonio por los compañeros caídos que habían estado con él, entre ellos Alfredo".

"Con todo, recuerda, estos últimos dos años, en medio de todas las tensiones fuimos felices, porque todo no era una manía, una locura. Teníamos momentos de vida familiar linda. Si nos daban ganas, pasábamos a comprar unas empanadas, un pollo y nos íbamos al Arrayán. El iba con los niños a jugar basquetbol a las canchas de la Universidad de Chile o del Estadio Nacional. O nos íbamos a donde mi hermana a Viña. Salíamos a hacer asados, nos íbamos a El Quisco. Cada vez que sus obligaciones políticas y personales se lo permitían hacía una vida absolutamente normal, familiar. El era un gozador de la vida, le gustaba comerse un buen plato de

comida, tomarse un trago, el ají, los quesitos, comprarme chocolates. Cuando fuimos de vacaciones a Pichidangui, nadaba, paleteaba. Solucionaba siempre todos los problemas domésticos, sacaba la basura, pagaba las cuentas, arreglaba las llaves. El tenía integrada su vida política, periodística y familiar, y le daba a todo un lugar importante".

En 1985, Iván y Luciano se fueron a vivir con él. Su adaptación le inquietaba ya que nunca habían vivido todos juntos, cotidianamente. Luciano se acuerda que al principio se sentían raros "pero él '*cachaba*'. En la noche cuando comíamos nos conversaba, nos preguntaba qué sentíamos y después ya comenzamos a 'agarrar papa' y entrar en confianza". Quería que los tres se sintieran hermanos, se quisieran, cuidaran y protegieran. "A Luciano e Iván, cuenta Alfredo, les decía que me defendieran si alguien me pegaba. Siempre les decía. Y a mi mamá, que ella era la mamá de todos".

Los tres hablan de él como un amigo: "Me caía bien, era buena onda, siempre tenía un chiste para todo. Mi papá era super simpático". Sin embargo, a Iván y Luciano había algo que no les gustaba de su forma de ser: su machismo. "Me daba '*lata*' cuando hablaba de las mujeres y nos daba consejos de cómo había que ser con ellas", dice Luciano. "Yo quizás también soy machista, así es que no me molestaba cuando hablaba. Pero después pensándolo no me gustaba tanto. Cuando hablaba de su infancia le gustaba hablar de las *lolas* que tenía, se '*cachetoneaba*' de

que era el que más pinchaba, el que salía con más lolas", dice Iván.

Aunque no tenía tiempo para revisar tareas o ayudar a resolver algún problema de matemáticas, revisar algún libro de historia o corregir alguna composición, les hablaba siempre de la importancia del estudio, tal como sus padres lo habían hecho con él. Pero al mismo tiempo les enseñaba muchas de las cosas que no salen en los textos escolares. "Cuando yo era más chico, en México, a veces era muy duro, y yo sentía que hasta injusto cuando me retaba porque hacía algo que no estaba bien con Luciano. Me criticaba mucho, se ponía muy serio y empezaba a hablar de la injusticia. Eso fue muy importante para mí, porque me enseñó a valorar la justicia", reflexiona Iván. Alfredo no olvida el sentido del respeto a la palabra empeñada que le enseñó su papá. "El siempre cumplía lo que decía. Si frente a alguna cosa me decía que no, no me la hacía. Pero si accedía, me la hacía siempre. Cumplía sus promesas".

Con Iván, el mayor, conversaba mucho. Le decía que tenía que estudiar más, ser más sociable, le preguntaba qué quería hacer después del colegio. También intercambiaban inquietudes políticas. "Yo a veces tenía ideas poco amplias, se las explicaba creyendo que las cosas eran así, y él me daba elementos para entender que podían ser más amplias. Yo pensaba muy en blanco y negro. Siempre eran discusiones en las que yo aprendía. El era muy pedagógico para explicar. Muchas veces me

pasaba sus artículos, al igual que a Alfredo y a Luciano para que opináramos".

Los niños en general vivían tranquilos. Salvo aquellas noches en que previsoramente se repartían en distintas casas o cuando aparecieron los panfletos amenazantes. Se sentían bien, tal vez por la alegría de vivir de Pepe. "El me decía que era absolutamente feliz, cuenta Silvia, que no quería nada más, porque estaba conmigo, con sus niños, sus padres. Había logrado volver a trabajar en Chile, había sido elegido democráticamente en el Colegio de Periodistas, me tenía a mí que lo venía acompañando desde la cárcel. Por primera vez estaba con sus fres hijos juntos, había llegado a logros sumamente importantes. Sentía que había vuelto a ser el mismo Pepe de antes, que podía hacer cosas para acortar los días de Pinochet en el poder, o que por lo menos volvía a ser parte de la historia de su pueblo. Tenía una gran confianza en su compromiso. Quería ver el cambio y creía que era posible, y eso era lo que le importaba. A veces estaba triste por la muerte de alguien, porque habíamos peleado, por algún problema con los niños, por su madre enferma, pero no tenía conflictos existenciales".

Del optimismo al "Yakartazo"

1985, no fue un buen año para la Dictadura. Dos meses después de levantado el Estado de Sitio, las movilizaciones comenzaron demostrando que el estado de excepción había contenido artificialmente el descontento. El fallo del Ministro José Cánovas dictado en

agosto, que involucró a personal de las FF.AA. en el secuestro y homicidio de tres profesionales comunistas, desembocó en una espontánea y masiva protesta y en una crisis al interior del Régimen que obligó a renunciar al Director General de Carabineros, César Mendoza, a la Junta de Gobierno y a la Institución. Una protesta convocada para septiembre se transformó en un paro nacional. Simultáneamente en los Tribunales de Justicia comenzaban a ventilarse procesos por masivas violaciones a los derechos humanos cometidas en los primeros años del Régimen. El proceso a las FF.AA. se iniciaba antes de su caída.

En los primeros días de septiembre, sectores de la derecha, el centro y la izquierda no adscrita al MDP, convocados por el Cardenal Fresno, suscribieron el Acuerdo Nacional, AN. Este ofrecía a las FF.AA. una estrategia de negociación para transitar hacia la democracia e invitaba a la ciudadanía a suscribirlo para conseguir una base de apoyo que permitiera presionar al Gobierno. Pepe entonces ya participaba en el Consejo Nacional del MDP, sector que había sido excluido del Acuerdo Nacional. En las organizaciones sindicales, estudiantiles y gremiales se discutía la adhesión al AN. Así ocurrió en el Colegio de Periodistas donde Pepe, en postura de minoría, planteó sus objeciones, las que quedaron registradas en las actas de una sesión extraordinaria convocada para discutir el tema. "En el AN hay un elemento que no es casual: la exclusión de importantes sectores de la vida nacional. El MDP pidió una entrevista con Fresno la que no fue concedida. La

exclusión está indicando el tipo de democracia que los firmantes del AN quieren para el país. Creo que para el Colegio de Periodistas y los periodistas esta situación no puede pasar inadvertida. Nuestra institución es pluralista, tolerante, abierta y no excluyente".

"El documento se presenta como una alternativa a la movilización social de los trabajadores que cada vez toma más fuerza. En el aspecto económico-social, el AN entrega garantías al sector empresarial, al gran capital, sin hacer lo mismo con los trabajadores, víctimas de los últimos doce años de gobierno. Esto tampoco es casual. Corresponde a la manera de pensar y de ser de quienes impulsan este Acuerdo y a quienes va dirigido. El AN no hace mención expresa a la cuestión de la libertad de expresión y de prensa, ni a los aparatos represivos de seguridad. Hay aspectos, como no considerar debidamente la soberanía popular, que no aseguran el futuro democrático del país. El AN no acorta los días de la dictadura, los alarga hasta 1989. Como Colegio, estimo que debemos saludar y valorar el AN, como un esfuerzo para avanzar hacia el término de la dictadura, considerando algunos de sus aspectos importantes como el desgajamiento de un sector que apoyó y usufructuó del Golpe y del Gobierno. Pero al mismo tiempo tenemos que señalar sus insuficiencias e insistir en la movilización social para poner fin al régimen".

Las discusiones sobre el AN se dieron en medio de una intensa actividad opositora, hasta que el General Pinochet lo respondió durante una entrevista con el

Cardenal Fresno en La Moneda. Cuando el Prelado le tocó el tema, éste le contestó en cuatro palabras: "Demos vuelta la hoja". Tras el paro de septiembre, el Gobierno había requerido a decenas de dirigentes sociales y conseguido su encarcelamiento. No obstante las protestas no se detenían. En noviembre el Parque O'Higgins fue escenario de una masiva manifestación. Todas las elecciones universitarias eran ganadas por la oposición. Incluso el último bastión de la dictadura en los Colegios Profesionales, el de los Profesores, fue conquistado por las fuerzas democráticas. Pepe estaba más optimista que nunca. En las reuniones de pauta en la revista exponía con vehemencia sus puntos de vista intentando convencer al resto de que el final de la dictadura estaba muy cerca. Nadie le hacía mucho caso. Pero su convencimiento era total y para demostrarlo hizo una peculiar apuesta: "Si Pinochet no cae antes de Navidad, me corto un coco", afirmó convencidísimo de ganar. Para la Pascua todos le cobraron la palabra. Naturalmente, no la cumplió.

Al comenzar 1986 el optimismo había invadido a la oposición que aseguraba que éste sí sería el año decisivo. En abril, representantes de un gran número de organizaciones sociales y políticas dieron vida a la Asamblea de la Civilidad que reunía a sectores profesionales, estudiantiles, pobladores, mujeres, trabajadores, jubilados, mapuches, comerciantes, campesinos y artistas, entre otros. Se trataba del arco más amplio de concertación civil formado desde septiembre de 1973. La Asamblea elaboró la Demanda de

Chile, que reunía reivindicaciones globales y sectoriales siendo la central "la restitución de la soberanía a la voluntad popular para ejercer la democracia". El gobierno no dio respuesta a esta demanda. Por el contrario, durante los meses siguientes continuó reprimiendo y ocupó militarmente Santiago en más de una oportunidad.

Paralelamente, los partidos políticos opositores formaron el Comité Político Privado, CPP. Por primera vez en los 13 años de dictadura, se reunía en una misma mesa a todo el espectro opositor democrático. En él participaban desde el MIR hasta la Derecha Republicana. Aunque no constituían una alianza o pacto, los partidos se concertaban para acciones específicas.

Entretanto, la Asamblea de la Civilidad, tras elaborar la Demanda de Chile y anunciar un paro nacional para el 2 y 3 de julio, solicitó a los partidos que formularan propuestas políticas. Estas debían servir de base a la movilización social, que se presentaba como la alternativa democrática frente a los planes de continuidad del régimen.

Pepe participó activamente en la Asamblea de la Civilidad y aportó a la elaboración de la Demanda de Chile. También concurría a las reuniones del CPP. Invertía mucho tiempo en tratar de levantar una plataforma democrática mínima que permitiera un acuerdo político de los partidos para continuar la lucha contra Pinochet. En este proceso, junto con estrechar lazos con otros

dirigentes y legitimarse como figura política, se daba cuenta de las dificultades para conseguir consensos. Luego que la AC invitara a todos los partidos a elevar propuestas que dieran una base política de apoyo a la Demanda de Chile, el MDP respondió con un planteamiento que exigía la renuncia de Pinochet. También proponía la creación de un Gobierno de Emergencia en torno a una figura de consenso político y social y un llamado a elecciones generales en un plazo no mayor de seis meses.

Debido a la coyuntura que se vivía, Pepe le otorgó gran importancia a la propuesta del MDP. Uno de sus compañeros de trabajo político recuerda: "El se jugó para que se defendiera y levantara con fuerza esa proposición. Se daba cuenta que la DC podía tender a separarse de la izquierda y que el MDP tenía que hacer un esfuerzo para concretar una unidad opositora. Se estaba a las puertas de un paro nacional al que era necesario dar un objetivo político concreto. Era importante para él evitar que un sector de la oposición se fuera a negociar con las FF.AA. y abandonara la movilización social. Pensaba que para que ello fuera posible, la DC tenía que acelerar un proceso de rechazo a la unidad con la izquierda y, por esa vía, iba a haber un recambio que iba a desplazar el poder político a una alianza distinta, donde la izquierda iba a sufrir una fase de aislamiento". "En las vísperas del paro las fuerzas políticas avanzaban en la discusión de las distintas proposiciones entregadas a la AC. No se definía aún una propuesta política única que aglutinara y diera sustentación institucional al gran esfuerzo que había

significado concertar a las principales organizaciones sociales en tomo a la Asamblea de la Civilidad.

El primer semestre del año concluyó con el paro nacional y el encarcelamiento de todos los dirigentes de la Asamblea de la Civilidad. Y también con una cuota de horror: dos jóvenes fueron quemados vivos por una patrulla militar. Pinochet comenzó a pasar por un muy mal momento. En una semana presentó y retiró su candidatura para el 89, después de anunciar que el gobierno podía prolongarse por otros 16 años. El Ejército tuvo que entregar a la justicia a los militares responsables de la muerte de Rodrigo Rojas y de las graves lesiones por quemaduras provocadas a Carmen Gloria Quintana. El "Caso de los Quemados" había desatado una fuerte presión interna y externa, particularmente por parte de EE.UU., ya que Rodrigo Rojas era ciudadano norteamericano.

Al finalizar julio, todos los avances de concertación social y política de la oposición, que prometían consolidarse rías el éxito del paro, se revirtieron. Coincidiendo con la visita a Chile del Subsecretario de Estado Adjunto para Asuntos Sudamericanos del Departamento de Estado de EE.UU., Roben Gelbard, comenzó a levantarse con fuerza la alternativa de una salida negociada de centro-derecha. El funcionario norteamericano declaró que Washington no estaba de acuerdo con los pactos y alianzas de los partidos de centro con el MDP, y que tampoco le gustaba la Asamblea de la Civilidad. Los primeros efectos de las palabras de Gelbard repercutieron en el Comité Político

Privado. Basándose en una entrevista del secretario general del MDP, José Sanfuentes, la DC rompió relaciones con el PC, lo que se tradujo en el quiebre del CPP. Posteriormente la Alianza Democrática dio a conocer su nueva propuesta política. Esta puso a Pinochet como el obstáculo principal para la recuperación de la democracia y llamó a que la salida política para el país fuera concertada con las FF.AA., favoreciendo la vía eleccionaria como fórmula.

En este contexto se produjo el hallazgo de arsenales en la zona norte del país. La noticia se hizo pública el 11 de agosto. En la tercera región, en la localidad de Carrizal Bajo, se había desbaratado un red clandestina de internación de armas llevada a cabo por militantes que se identificó indistintamente como miembros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, el MIR o el PC. Pinochet supo aprovechar la coyuntura. El descubrimiento de los arsenales fue seguido de una gran campaña propagandística, que se rumoreaba como la antesala de un "Yakartazo". Ocho días después que se destapó el "Caso Carrizal" comenzaron a circular en Santiago los panfletos que precedieron a la muerte de Pepe.

Tenía que morir así

La madre de Pepe, como todas las madres, siempre tuvo una especial intuición con su hijo. El día que se enteró que regresaba de Buenos Aires se le vino el mundo encima. "Yo rogaba para que no lo dejaran entrar, que lo detuvieran en el aeropuerto, que lo echaran en otro avión

para afuera. Era lo único que deseaba". Desde las amenazas del 84, nunca había olvidado un discurso del general Pinochet, en que éste había dicho que mucha gente que había entrado "tapadita" al país la tenía "en engorda". Doña Chela siempre pensó que Pepe era uno de ellos. Cuando lo asesinaron, pensó que su hijo "tenía un corazón tan grande que tenía que morir así".

Su compañera Silvia también creía que Pepe no podía morir de otra manera. "Para eso tendría que haber dejado de ser consecuente, porque la dictadura no perdona a la gente que, como él, no transa sus principios fundamentales, en lo que para él es una sociedad futura, en la defensa del pueblo, los derechos humanos. Pepe era de los imprescindibles de los que habla Brecht. Y ése es un enemigo irreconciliable de la dictadura. Y la dictadura a sus enemigos los mata".

Sus hijos saben que a su padre lo mataron por su compromiso. "El siempre, cuando estábamos solos, me decía que en cualquier momento lo podían matar. Yo estaba consciente. Mi mamá también. Ella nos dijo que él era una persona muy perseguida por su compromiso. Yo creo que él era un revolucionario por su forma de pensar. Siempre he pensado que él amaba a su familia, pero primero y más que nada amaba a su pueblo", reflexiona Iván. "Lo mataron por sus ideales políticos", piensa Luciano. Alfredo le escribió una poesía dos días después de su muerte, el 11 de septiembre:

Papá, papá
la semilla
del pueblo.
El periodista
perfecto
el papá
impecable.

La sonrisa
era tu expresión
humilde
y trabajador.
Ese era mi papá.

Fuiste fusilado
por ser impecable
sin fallas
ése es mi papá
siempre preocupado
de todos
menos de él.
El, el mejor papá.

Vivirás para siempre

Fue como una paradoja tantas veces repetida en los años de Dictadura. Porque mientras todo se detenía para Pepe a las 5.20 de esa madrugada del 8 de septiembre, todo se ponía en marcha para encontrarlo. Mientras los asesinos le quitaban sin clemencia la vida, comenzaba la vertiginosa carrera por arrebatarlo de la muerte.

Mientras le quitaban los movimientos, la ilusión, las caricias, la espera, las lágrimas y el dolor para siempre, partía esa búsqueda esperanzada e infatigable, tratando de ganar segundos al tiempo. Mientras todo ya se había consumado en medio de trece balas, surgía y se imponía la ilusión, ingenua y tozuda.

Silvia, llena de un dolor que parecía puñal y de una trágica certeza que le había ido corroyendo la alegría desde hacía mucho, fue la primera en ensayar todos los caminos de búsqueda. Apenas Pepe fue llevado de su lado, llamó a la Policía de Investigaciones intentando verificar si desde ese servicio había salido realmente la orden de arresto. Los detectives que llegaron a su casa a las seis de la madrugada agudizaron -con su respuesta- la terrible intuición que la acompañaba desde el primer momento: "José Carrasco Tapia no tiene orden de detención. Ningún funcionario de este servicio lo ha arrestado".

Pero Silvia sacó fuerzas de flaqueza y realizó llamados telefónicos al mundo entero. Entre las seis y las siete de la mañana se comunicó con todos los amigos que Pepe tenía en las diversas latitudes y les imploró que por favor la ayudaran a detener el asesinato. También llamó a los colegas de "*Análisis*" y a todos los medios opositores chilenos.

A las siete de la mañana ya salía por las emisoras su voz trizada: "echaron la puerta abajo y se lo llevaron...". Complementando el relato, se señalaba que los detenidos

de esa noche eran cuatro. En el cuartel central de Investigaciones estaban, se decía, el presidente del Movimiento Democrático Popular, Germán Correa; el sacerdote y vocero público del MIR, Rafael Maroto; el dirigente socialista de la Alianza Democrática, Ricardo Lagos, y el periodista de "Análisis".

Pero incluso a esa hora había algo oscuro. A Lagos se le había permitido llamar a su hogar poco después de ser detenido y había señalado que estaba en la policía civil sólo con Maroto y Correa. ¿Estaba allí Pepe? ¿Estaba en otra dependencia? ¿O estaba en otro lugar desde donde no podía comunicarse?

Sus hijos menores se inclinaron por pensar en esta última alternativa. "Yo pensaba que estaba preso y que lo estaban torturando. Nunca creí que lo iban a matar por ahí", relató después Luciano, de 14 años. Alfredo creyó saber de qué se trataba todo: "cuando a él lo amenazaron nos dijo que si lo mataban no nos pusiéramos tristes y que lucháramos. Entonces me dio mucha pena y me puse a llorar. Pero ese día que lo vinieron a buscar yo pensé que lo iban a torturar y que después lo iban a soltar". El mayor, Iván, no pensó mucho "porque andaba medio choqueado; pero después intuí lo peor. Cuando ya no aparecía, pensé que la verdad era que a mi papá lo habían matado. Lo presentía".

Esa mañana del lunes 8, Silvia estaba tan adolorida de su columna que casi no podía caminar. Al llegar a la Revista, cerca de las 9 de la mañana, la recibieron todos los

compañeros de Pepe, que se habían reunido muy temprano. Al entrar, cojeando y abrazada a sus hijos menores, lo primero que la escucharon decir fue *"ya lo mataron, ya lo mataron..."*.

Lo dijo sin histerismo, sin histrionismo. Con una certeza tan trágica como serena. "Yo sabía, desde que habíamos vuelto a Chile, que en algún momento tendría que pronunciar esa frase que dije esa madrugada: 'Pepe te buscan'. Y que desde el momento en que se lo llevaran, no lo vería más. Pero yo necesitaba aferrarme a una esperanza y lo hice, aunque en el fondo de mí sabía la verdad. Ese día era un hecho lo que tantas veces había temido cuando Pepe no llegaba a la hora acordada. Casi nunca se atrasaba, pero las pocas veces que se pasó del margen de cinco minutos, yo vivía un real *vía crucis*. Asistía a su muerte, a su funeral, a sus torturas, al llanto, al dolor sin límite que se siente cuando nos matan a un ser amado. El martirio sólo terminaba cuando él abría la puerta y me preguntaba ¿por qué estás llorando Verita? Pero esa mañana yo sabía que no abriría más la puerta".

Atesorando esa esperanza precaria, que también el equipo de "*Análisis*" se esforzó en transmitirle, Silvia comenzó por segunda vez en su vida una búsqueda desgarradora: la de su compañero desaparecido.

En el país se vivía el terror, algo que en la capital era especialmente notorio. El Estado de Sitio pesaba en cada esquina y en cada mirada amenazante tras un fusil o una tanqueta. Pesaba en el aire que asemejaba a un tableteo

sin tregua. Pesaba en cada paso a medida que las esperanzas se iban agarrotando.

Silvia hizo un recorrido de búsqueda tan conocido como desalentador en los últimos trece años: cuarteles de carabineros, policía civil, policía secreta, organismos de derechos humanos. También llevo a cabo otro ineficaz acto de esperanza: presentar un recurso de amparo.

En forma simultánea, los periodistas intentaban obtener luz sobre diversas pistas y rumores. Desde una agencia de noticias extranjera se seguía el rastro a la denuncia de un poblador de Conchalí, quien había contado que al lado del Cementerio Parque del Recuerdo había aparecido el cadáver de un hombre alto y semicanoso. En el Cuartel Central de Investigaciones, dirigentes de los periodistas del sector policial expresaban al director de ese Servicio que se habían puesto como tarea prioritaria encontrar al colega Carrasco y que mientras no se supiera de su paradero estarían en "pie de guerra". Desde la Revista "*Análisis*", los periodistas chequeaban cada rumor y seguían cada consejo que llegaba, por escalofriante que fuera. Como llamar a la morgue "porque hay un trascendido de que Pepe puede estar allí", trámite que -desde luego- no arrojó ningún resultado: la funcionaría que respondió lo hizo con un escurridizo "no se entrega información por teléfono". También se llamó al Aeropuerto Internacional, haciendo caso al rumor que decía que "tienen a varios detenidos en el terminal aéreo para expulsarlos de Chile".

En un tercer nivel de búsqueda, también paralelo, se movilizaban los dirigentes del Colegio de Periodistas. Luego de acudir al cuartel de Investigaciones -donde se les dijo que Pepe no estaba allí- y a la Comisión de Derechos Humanos, donde se les señaló que la CNI había respondido a diversas consultas diciendo que "no tenía a Carrasco", se inició una reunión de emergencia. Los directivos de los Consejos Nacional y Metropolitano acordaron -en vista de la gravedad que parecía adquirir la situación- pedir una entrevista al alto mando de Carabineros. Pero mientras aún se desarrollaba la reunión, la consejera María Olivia Mónckeberg, subdirectora de Revista "*Análisis*", recibió un dramático llamado telefónico. Fue el primer indicio de la verdad. "Una muy buena fuente me dijo que habían encontrado un cadáver en las afueras del Cementerio Parque del Recuerdo, que tenía muchas balas en la cabeza. Que esto había ocurrido en la mañana y que se lo habían llevado a la morgue. Me pidió que manejáramos con discreción la noticia para no sembrar alarma infundada". María Olivia recuerda que ella contó el hecho al Presidente del Consejo Nacional, Ignacio González, y al Secretario General, Guillermo Torres. Los tres decidieron que habría que ir a la morgue. "Pero nuestra intención era sólo para descartar que fuera Pepe. En nosotros no estaba en absoluto la premonición de su muerte. Sólo pensábamos que a Pepe lo tenían preso y que lo estaban negando".

Entretanto, Silvia seguía su estéril peregrinación. En el recorrido se encontró con otras mujeres, igualmente desesperadas, que buscaban a sus maridos. Y se enteró

de datos que sólo después develarían el siniestro cuadro que se estaba viviendo. Es decir, que lo ocurrido a Pepe no era un hecho aislado sino que formaba parte de una matanza fría, dirigida contra antiguos militantes del Partido Comunista y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

El primer dato, que Silvia no relacionó entonces, lo obtuvo en la Vicaría de la Solidaridad. El hijo de una jueza también había sido secuestrado esa madrugada. El joven era hermano de un preso político, militante del MIR. Con la segunda información se topó en las afueras del cuartel de la CNI de calle Borgoño. Esperando saber de Pepe, conversó con una señora que estaba en su misma situación: a su marido lo había llevado un grupo de civiles armados, sacándolo de su hogar en horas del toque de queda. La mujer se llamaba Alicia Lira Matus y su marido Felipe Rivera. Pasarían muchas horas antes que ella y Silvia pudieran enterarse, con horror, de la verdad que buscaban. En esc momento sólo consiguieron que un funcionario de la CNI les devolviera por una mirilla sus cédulas de identidad y les diera por toda respuesta un burlón "no hay visitas porque estamos en Estado de Sitio".

El tiempo pasaba y nada concreto surgía. Sólo dudas, terribles dudas. Desde Investigaciones, los detenidos en virtud del Estado de Sitio confirmaron no haber visto allí a Pepe cuando se permitió visitarlos. Pero oficialmente ese servicio no negaba ni reconocía la detención. Nadie lo

hacía, ningún organismo, ninguna autoridad daba respuesta alguna.

La verdad comenzó a perfilarse sólo cuando los dirigentes del gremio periodístico acudieron al Instituto Médico Legal en la tarde del lunes 8. El dato vago que habían recibido a mediodía se transformó en una evidencia demoledora, a pesar que no les dejaron ver el cuerpo del "NN" ingresado ese día. Recuerda María Olivia Mónckeberg: "Como se nos prohibió -insólitamente- reconocer el cadáver, llamamos al Ministerio de Justicia pidiendo una explicación. De esto derivó que el director de la morgue accediera a recibir a Ignacio González. Mientras ambos estaban reunidos, con Guillermo Torres, pensamos: '¡A dónde hemos llegado!', pero todavía no imaginábamos la muerte de Pepe. Sin embargo, cada vez más se nos cruzaba un pensamiento que mirado fríamente, era horroroso: 'ojalá lo tenga la CNI, que esté vivo, que no esté aquí, nos decíamos". Agrega que todo era un poco kafkiano. "En medio de esa espera, que se alargaba interminablemente, nadie osaba responder nuestras preguntas. Sólo logramos entablar un extraño 'diálogo de pasillo', donde fuimos configurando la horrenda verdad. Cuando salió Ignacio, venía demudado. Los pocos datos que había recibido casi daban la certeza de lo que todavía no queríamos creer".

El director del Instituto Médico Legal les había pedido que al día siguiente se presentara un familiar directo de Pepe a reconocer el cadáver del "NN". Sin embargo, la verdad no vino a través de esa terrible diligencia. Fue el

mismo lunes cuando se tuvo la certeza, aunque a nivel "extraoficial". Ocurrió en el despacho de un alto oficial de Carabineros.

Ignacio González fue citado allí a raíz de la entrevista que había pedido el Colegio de Periodistas. El uniformado lo llamó por teléfono y le pidió hablar personalmente. Cuando González estuvo frente a él, sacó de un cajón un parte policial y se lo comenzó a leer. Se refería al "NN" masculino ingresado esa mañana a la morgue: "No lleva zapatos, viste pantalón gris, tiene una camiseta enrollada en su cabeza, la que está destrozada por trece balas; tiene el pelo entrecano y alrededor de 40 años. También en un pie tiene una bala". Al salir de la oficina, Ignacio sólo tuvo fuerzas para tomar el teléfono y avisar del hecho a María Olivia Mónckeberg. Esta le pidió que se vieran, pero González le señaló: "por primera vez en mi vida no tengo fuerzas ni siquiera para lomar el auto y manejar". Poco rato después, otra fuente policial con la que también se habían intentado gestiones, confirmó los mismos datos.

A nivel solamente "oficioso", la versión también había llegado a los organismos de Derechos Humanos. Sin embargo, a quien con más desesperación buscaba a Pepe se le debía ocultar la verdad hasta que no surgiera la confirmación oficial. Ajena a las trágicas novedades, Silvia permanecía en su casa. A la espera del milagro.

Debido al mal de su columna, había optado por descansar un rato. A sus hijos los había mandado fuera de Santiago para protegerlos y sus compañeros de la revista la

acompañaban. Estos, que ya algo sabían de la verdad, vivieron entonces quizás los momentos más difíciles de esa jornada: debieron fingir una y otra vez ante Silvia, reprimiendo el llanto y la desesperación que ya comenzaba a invadir el ambiente. Hubo momentos muy duros, como el que le tocó vivir a uno de los periodistas que estaban con Silvia y que no sabía lo averiguado por el Colegio de Periodistas. Respondió el teléfono que ella mantenía pegado a su lado. Al otro lado de la línea estaba un colega de la agencia de noticias *Associated Press* que le advirtió: "Si estás al lado de Silvia, por favor disimula. Existe la confirmación, en un 99,9 por ciento, de que un cuerpo que llegó esta mañana a la morgue es el de Pepe".

Ya tarde en la noche, Silvia volvió a salir para realizar nuevas gestiones. Al volver -cerca de las diez de la noche- la derrota, que le doblaba el cuerpo, se transformó por unos minutos en dicha. Una vecina la recibió con la noticia de que en el informativo del Canal 13 de televisión habían dicho que Pepe estaba detenido en Investigaciones. Recuerda Silvia: "Sentí una alegría inmensa. Abracé a alguien que estaba a mi lado y sentí que se cumplía el milagro que yo tanto había esperado con Alfredo. ¡Pepe estaba vivo! Salté y corrí hasta mi departamento, pero al ir entrando se me acercó un amigo abogado y con una voz muy seca y fría me dijo: 'Silvia, Pepe no está en Investigaciones. Llamé allí y no está'. Cuando me lo dijo, tuve ganas de matarlo, de decirle '¡no me quites la esperanza, averigua bien!'. Pero él sabía perfectamente lo que me estaba diciendo. Había llamado diez veces antes de hablarme. Y comprendí una vez más

que los milagros no existían. Que la represión era sinónimo de muerte".

La exigencia de una explicación que se hizo a Canal 13 respecto de por qué había dado esa noticia falsa, no sirvió de mucho. Sólo se obtuvo de parte del departamento de prensa una insuficiente respuesta: "la noticia la sacamos del cable". El "error" informativo, -que también cometió el *Diario La Nación* al día siguiente- hizo trizas la minúscula esperanza que Silvia había cobijado todo el día. A las 11 de la noche fue necesario hablarle muy directamente, aunque aún sin confirmarle toda la verdad, de modo que estuviera preparada para lo que vendría al día siguiente: la visita a la morgue.

"El cadáver pertenece a José Carrasco"

Esa vigilia interminable del lunes 8 sólo concluyó con lo que todos ya sabían. Sin embargo, el *flash* noticioso con carácter de "urgente" que lanzaron las radios, hizo vivir el desgarro como por primera vez. Fue la derrota sin atenuantes frente al enemigo, al que una vez más no se le había logrado arrebatar la presa. Eran poco más de las diez de la mañana. Un llanto desde el abismo del dolor, un grito de ¡asesinos!, la rabia, la desolación, la impotencia, la furia. Y Pepe, botado allí en la soledad de esa cámara mortuoria desde hacía más de 24 horas.

Más tarde se supo que el Gobierno había querido mantener la incertidumbre hasta después de la manifestación del martes 9. Que quería postergar el reconocimiento del cadáver y la confirmación oficial

hasta una hora en que la noticia no fuese disfuncional a sus intereses. Pero que no pudo sostener más las cosas y debió entregarla, a pesar del temor que tenía a las reacciones.

No sólo jugó en favor de esta "quebrada de mano" la fuerte presión del Colegio de Periodistas, sino también la actitud de anónimos colegas de Pepe. Las agrupaciones de reporteros policiales y judiciales, por ejemplo, exigieron que se diera el parte oficial. "Si no se nos da, lanzamos la noticia en cinco minutos sin confirmación", amenazaron. "Así logramos dar la información antes que la familia tuviera que ir a reconocer el cadáver al Instituto Médico Legal", recordó uno de ellos.

Cuando la noticia hizo repiquetear los teletipos de todo el mundo, comenzó un nuevo calvario: la entrega del cadáver, que también se tornó en un real proceso "kafkiano".

Desde el momento en que Silvia salió de la morgue y entre sollozos exclamó "¡su cara está llena de balas!", pasaron más de diez horas de incierta espera antes que el cuerpo fuera devuelto. La razón "oficial": "el Jefe de la Plaza de Santiago es la única persona que puede autorizar la entrega y él está en el desfile, nadie sabe a qué hora puede volver...", se explicó en la morgue. El funcionario estaba, como todos los subalternos de Pinochet, absorto en las tareas asignadas para que la celebración de un nuevo aniversario del Golpe de Estado fuera "multitudinaria".

Entre tiras y aflojas, a Pepe se lo pudo sacar del Instituto Médico Legal sólo después de las 11 de la noche de ese martes 9. El féretro tuvo una singular escolta y una aún más singular llegada a la sede del Colegio de Periodistas, donde sería velado: dos motoristas de Carabineros y un furgón policial le abrieron paso entre las verdaderas hordas que rodeaban el lugar -ubicado a una cuadra de donde estaba el acto gobiernista- y que gritaban amenazantes "¡mano dura Pinochet!, ¡dales duro Pinochet!".

Masivo y sentido homenaje

En Amunátegui 31, sede del gremio periodístico, centenares de personas esperaban desde hacía horas rendir su último homenaje a Pepe.

Ese local fue elegido por los dirigentes del Colegio para despedir al colega asesinado, con los respetos que sólo grandes hombres de la prensa nacional habían recibido antes. Guardias de honor formadas espontáneamente acompañaron por varias horas el féretro. Desde esa noche y hasta al día siguiente, cuando fueron sus funerales, miles de personas desfilaron frente a el periodista. El sentimiento que mostraron en sus gestos y sus rostros contrastó con el odio que rugió en las afueras del Colegio el martes 9. Y que comenzó a ensañarse sin límites en el país.

El miércoles 10 se supo que la suerte corrida por otros tres hombres secuestrados en las madrugadas del 8 y 9 era la misma que había sufrido el periodista: en distintos

lugares despoblados de Santiago habían sido acribillados Abraham Muskalblit, contador y publicista, militante del Partido Comunista; Felipe Rivera, electricista, también de ese partido, y Gastón Vidaurrázaga, profesor y artista plástico, militante del MIR.

Esas noticias hicieron que el día del entierro de Pepe fuera uno lleno de incredulidad, impotencia, terror. Además de los asesinatos descubiertos, el gremio periodístico estaba sufriendo una de sus peores persecuciones desde el 11 de septiembre de 1973. El presidente del Colegio, Ignacio González, reflejó en sus palabras los momentos que se vivían:

"En un clima de inseguridad como el que vivimos, nadie puede sustraerse a una amenaza que es latente y colectiva, que está extendida y generalizada. No hay ninguna cámara de acero que pueda protegernos permanentemente. Hasta hace muy poco la amenaza que más presente teníamos los periodistas era la que podía afectar al medio en que trabajábamos... Ahora hay un peligro en el solo hecho de ejercer el periodismo y, todavía más, en el solo hecho de vivir, de discrepar, de tener existencia discrepante. Por ello el asesinato de Pepe representa una amenaza generalizada contra los periodistas y contra la sociedad".

Al expresar su adiós a Pepe, Pablo Portales, dirigente máximo del Consejo Metropolitano del Colegio expresó por su parte: *"Nos cuesta reconocer que la muerte se aloja en nosotros cuando nos paralogizamos, cuando no*

escuchamos, cuando descalificamos, cuando olvidamos. Antes que despuntara el primer rayo de luz llegaron los funcionarios de la muerte... Imaginémosnos qué pasaba dentro de ese furgón utilitario, qué le pasaba a Pepe... Imaginémosnos esos segundos, sus ojos, su boca, sus piernas, su corazón, qué hacían sus manos... No despeguemos la mirada de su sacudida violenta, abrupta. En un abrir y cerrar de ojos ha quedado ahí, inmóvil. No volvamos la mirada... No olvidemos. Eso sería como dar muerte... No olvidemos su honestidad consigo mismo, que le salía por los poros. Estaba lejos de la acomodación y la sumisión. Era de los que pensaban por su cuenta y escuchaba. Esas cualidades chocan violentamente con la actitud complaciente o exageradamente calculadora para deformar o mutilar la verdad de lo que sucede. Pepe era de los que se asombraban de este periodismo encadenado y entregado a la suerte de los negocios, o al capricho de los dictadores. La muerte domina, se introduce con diferentes ropajes entre nosotros. Y ese hombre sencillo, enamorado de la vida, que nos ha dejado la honestidad consigo mismo, nos estimula a derribar esos ropajes...".

Juan Pablo Cárdenas habló, "*a quienes se acercan para darnos fuerzas*", y a ellos les señaló: *"tengan por seguro que vamos a recoger esa fuerza, la vamos a volver a asumir y Pepe Carrasco tendrá la seguridad que con fuerza vamos a seguir luchando por sus ideales, que son también nuestros"*.

Ni siquiera en la muerte se permitió el descanso al redactor de "*Análisis*". La represión comenzó antes de la

partida del cortejo fúnebre hacia el cementerio. Mientras centenares de jóvenes, que rodeaban el Colegio de Periodistas, coreaban "Justicia, Justicia, haremos, Justicia", enarbolando afiches con la frase "Pepe vivirás para siempre", apareció el carro lanzaaguas. En su paso, dirigió con brutal potencia el chorro hacia los autos con coronas de flores, las que cayeron destruidas. Luego lo apuntó hacia la gente y a los locales comerciales donde ésta se refugió. Al sonido de vidrios quebrados, siguió una llovizna de polvo lacrimógeno que, -al mezclarse con el agua- se convirtió en pocos segundos en un elemento altamente asfixiante. Entró por los pasillos, subió por las escalas, llegó hasta donde se velaba a Pepe. La gente comenzó a ahogarse. Todo era irracional. Afuera, las fuerzas represivas detenían a decenas de jóvenes.

En medio de esa locura -casi cotidiana en cada funeral opositor-, fue sacado el cuerpo. A pesar de que todo era una sola nube de gas lacrimógeno, la gente siguió al cortejo hasta el cementerio.

Sólo allí cesó el ataque y se impuso el respeto. En medio de una lluvia de claveles rojos y del canto fuerte y unido en los versos de "La Internacional" y de la canción "Todas la manos todas, todas las voces todas, toda la sangre puede, ser canción en el viento...", Pepe fue despedido por las miles de personas que sabían que con él se iba uno de esos imprescindibles. De esos hombres que, como lo dirían después sus hijos, "murió porque luchaba por una patria libre; murió porque luchaba para que todos estuvieran mejor; para que todos tuvieran donde vivir. Y

nosotros lo valoramos por ello y no nos habría gustado que hubiera sido distinto. El hizo lo que debía hacer".

Una fecha simbólica

Pepe fue asesinado en una madrugada luctuosa. Pero el día en que los asesinos segaron su vida no fue uno cualquiera. En esa fecha se celebraba el Día Internacional del Periodista, proclamado así en 1947 en homenaje al periodista checoslovaco Julius Fucick, asesinado un 8 de septiembre de 1943.

Encarcelado por el nazismo hitleriano, Fucick escribió antes de su ejecución el dramático libro "*Reportaje al pie del patíbulo*". El periodista chileno exiliado Hernán Uribe expresó a raíz de esta coincidencia: "transcurridas más de cuatro décadas, la naturaleza del fascismo se expresa con análoga barbarie... Trece balazos en la cabeza desfiguraron el rostro de ese cuerpo lanzado allí en un camposanto, como una suerte de mensaje fúnebre y muy al estilo de la mafia". El periodista Oscar González también hizo la ligazón con el mártir checoslovaco: "Trece balazos lo estaban esperando en esa fría madrugada de Santiago. Este fue el precio impuesto por la sólida dictadura a la dignidad de un dirigente político, militante sindical y trabajador de la prensa que pudo, acaso en el momento en que era sacado de su hogar con el cierto destino de la muerte, recordar las palabras de Julius Fucick en idéntica circunstancia: 'por la alegría he vivido, por la alegría he ido al combate, por la alegría muero; que jamás la tristeza sea unida a mi nombre"'.

En el extranjero, la noticia del crimen fue ampliamente difundida. El hecho causó conmoción, diarios como "*El País*" la llevaron en portada. Revistas como "*Time*" le dedicaron un amplio reportaje. En los países donde Pepe vivió el exilio, sus amigos de la prensa le rindieron profundos homenajes. La revista mexicana "*Punto*" escribió: "Le abrieron una rendija para reincorporarse a la vida chilena. El convirtió ese resquicio en una ancha puerta a la dignidad. El terrorismo de Estado... al asesinarlo, lo ha inmunizado contra la peor de las muertes: el olvido... El adiós de Pepe será una permanente presencia, un inspirador ejemplo... Por lo pronto, el crimen le ha dado más vida... ni muerto ha sido imparcial. Pepe sigue entre los suyos".

Hernán Uribe, dirigente de la Felap, escribió: "Ultima víctima pero, puede vaticinarse, lamentablemente, no la postrera. El nombre de José Carrasco incrementa la nómina trágica de una treintena de informadores liquidados en Chile en los 13 años precedentes y aumenta la lista de 250 periodistas caídos en 14 países de América Latina y el Caribe en dos décadas". Añadió: "Es hora de parar este irracional ejercicio fúnebre. Es el momento de exigir el castigo para quienes intentan ocultar la realidad a costa de la vida de los informadores honestos, que en el chileno José Carrasco Tapia encontrarán un ejemplo imperecedero".

El asesinato también generó la condena de múltiples asociaciones de la prensa mundial. La Unión de Periodistas Españoles, la Asociación de Entidades

Periodísticas Argentinas (Adepa), la Federación de Periodistas de Perú (FEP), la Asociación de Corresponsales de Agencias Internacionales de Venezuela, la Federación Nacional de la Prensa Italiana, la Sociedad Interamericana de la Prensa (SIP), la Felap, fueron algunas de las decenas de organismos que repudiaron el crimen y la clausura de las revistas opositoras chilenas tras la dictación del Estado de Sitio.

También en Chile hubo una amplia condena al crimen, aunque ésta a duras penas pudo aparecer en la prensa. Sin embargo, la conmoción que causaron los asesinatos de Pepe y otros tres izquierdistas, fue tal que ni el Estado de Sitio fue capaz de ocultarlos. Todos los medios de prensa les dedicaron amplia cobertura y diarios como "La Cuarta" titularon por más de tres días seguidos con la noticia, entregando relatos veraces. En general, la tónica de los artículos fue ésa, ya que en el gremio de la prensa Pepe era un colega antiguo y querido. De este modo, mientras la solidaridad gremial se manifestó de uno u otro modo, la frialdad surgió sólo de los personeros de Gobierno. Fue sin tapujos. Ministros como el de Interior y de Secretaría General de Gobierno, se abocaron a mantener la historia que en agosto habían esbozado los panfletos de la muerte. Ricardo García y Francisco Javier Cuadra intentaron explicar lo inexplicable: que el asesinato era producto de "purgas internas que estarían aplicando grupos marxistas para eliminar a testigos de sus acciones", según dijeron.

Tal vez la reacción más importante frente al crimen se escribió en la ciudad más al sur del país, Punta Arenas. Fue la condena de la Quinta División del Ejército frente al asesinato de José Carrasco. En un comunicado público, emitido el 11 de septiembre, se expresó: "La Comandancia en Jefe de la V División del Ejército se hace un deber expresar su más enérgico repudio, rechazo y condena por el asesinato de un periodista en la capital. Al mismo tiempo, espera que los organismos correspondientes identifiquen a la brevedad la identidad del o los asesinos para que la justicia aplique todo el rigor que la ley otorga ". La nota fue firmada por el Brigadier General Jaime González Vergara, Comandante en Jefe de esa División. Esta insólita e inédita reacción en los 13 años de Gobierno militar se complementó con la condena que también efectuó el Intendente de Punta Arenas, General de Ejército, Luis Danús. Este señaló: "Es un hecho condenable e inaceptable. Lo que yo más quisiera, porque eso favorecería más al Gobierno, es que se descubriera, ojalá hoy mismo, quién fue el criminal que mató a ese periodista. Ese tipo de acciones son inconcebibles".

De quienes conocieron y quisieron a Pepe, además de la perentoria exigencia de justicia, surgió la expresión del dolor y de admiración por ese hombre que había dado la vida por sus ideales.

Germán Correa escribió desde la cárcel: *"Es difícil escribir sobre Pepone. Es doloroso y me parece casi irreal porque desde la misma noche que fue alevosamente asesinado, he estado encarcelado... No he podido vivir su ausencia, no se*

aún lo que es no escucharlo, no verlo aparecer sonriente pero a la vez urgiendo la próxima tarea... Será duro vivir otra vez ese mundo de afuera sin la presencia de Pepone, su alegría, su juicio certero, su risa fraternal. Como ha sido duro cada vez que uno de los nuestros ha entregado su vida por nuestras convicciones, por la libertad, por la democracia, por el socialismo justiciero... Pero ayudará a hacer más fuertes nuestras convicciones, más firme el compromiso, más alegre la entrega y, por sobre todo, más profundamente humana la tarea de liberación de nuestro pueblo y de construcción de un mundo mejor, donde los mejores no tengan que pagar con su vida el compromiso con la verdad, la justicia, la dignidad y la libertad".

Jecar Neghme, consejero del MDP, lo recordó como un hombre íntegro, como un revolucionario que no hacía gala de "martirologios": *"El aceptaba su compromiso cotidiano, con todos los riesgos que tenía, pero de allí a hacer un culto a la muerte, nunca. Detestaba a quienes lo hacían, a quienes se planteaban frente a la vida con esa actitud de 'si caigo, tenía que ser, todos los que luchan tienen una esperanza de vida corta, allá al final está la muerte, esperémosla'. Fue un hombre en el que jamás vi la duda ni el desánimo. El entendía también que el compromiso político no era incompatible con tener una familia. Más aún, pensaba que era necesario tenerla, porque sino se deshumanizaba la política, se convertía en una cosa de secta, en lo que quiere la dictadura: hombres 'aparatos', 'aparatos' contra 'aparatos', individuos fríos que sólo usan la razón fría y golpean. No, yo creo que Pepe pensaba que esa actitud niega la esencia de un*

revolucionario, que lo va separando irremediablemente del cariño que tiene que desarrollar por su pueblo, en el que están también sus seres queridos. Que el compromiso se hace maduro en la medida en que se tienen cosas que perder y se está dispuesto a asumir ese riesgo".

Para Renato, quien vivió la dura experiencia del exilio junto a Pepe, expreso que con su crimen se perdió a unos de esos hombres sobresalientes que no hacen jamás alarde de ello: *"Por ello uno mismo quizás consideró como 'normal' caminar junto a un luchador así, pero en su muerte, se siente todo el peso que significa haber perdido a un hombre excepcional. Creo que eso nos pasó con Pepone. El era un tipo 'común y corriente', que hacía todos los días las cosas que hace cualquier ser humano. Tal vez por ello pasaba casi inadvertido que era un ejemplo de consecuencia y valentía"*.

Quienes asesinaron a Pepe probablemente pensaron que la muerte de ese hombre "común y corriente" no iba tener mayor repercusión.

Nunca imaginaron que la reacción sería inmediata. Nunca pensaron que la animita que levantaron los pobladores que viven frente al terrible paredón de la Comuna de Conchalí sólo sería el comienzo del grito de rebeldía frente al crimen cometido.

"Pepito milagroso"

Gente parecida tal vez a la que Pepe conoció en los barrios de su niñez es la que habita en la Villa Los Héroes

de la Concepción, ubicada frente al Cementerio Parque del Recuerdo. Es gente humilde y desposeída, tal vez como la que lo motivó a luchar por la justicia. Esos pobladores marginales y marginados debieron ser involuntarios testigos de lo ocurrido en la madrugada del 8 de septiembre de 1986.

Ellos vieron cómo a Pepe lo llevaron en dos autos, cómo lo bajaron a empujones, lo obligaron a arrodillarse, lo hicieron cubrirse la cara con una camiseta y le dispararon a quemarropa. Ellos vieron cómo frente a sus casas un hombre fue fríamente asesinado. Cuando se atrevieron a salir a mirar, vieron su rostro destrozado por trece balas. No sabían quién era, pero la brutalidad de sus asesinos los hizo intuir que ése era un muerto del pueblo. Ese mismo día le levantaron una animita y le pusieron flores. Cuando se enteraron por las radios quién era el hombre, escribieron en una piedra: "Aquí fue asesinado el periodista José Carrasco".

Desde entonces vigilan su recuerdo. De noche le prenden velas, de día le ponen flores. También le piden favores y, aseguran, se los concede.

"Pepito es muy milagroso", señala la señora Carmen, una pobladora del lugar. "A mí me ayudó para no perder el trabajo. Me iban a cortar en el POJH y yo me encomendé a él. Le dije 'Pepito, por favor, ayúdame, no me *dejís*, que no me corten la pega'. Le fui a hablar a la animita y después me fui a la municipalidad pensando en él, pidiéndole.. Y

no me cortaron en el POJH. Ahora le tengo encomendada a mi hija, para que le encuentre un trabajo decente".

Los devotos de "Pepito" son muchos en la población conchalina. A medida de que pasa el tiempo, no sólo flores lo recuerdan con cariño y respeto. También hay muchas placas que dan "gracias por el favor concedido".

Sin embargo, hay quienes hasta el recuerdo de José Carrasco les molesta. Aunque ya lo asesinaron, la presencia de la animita los perturba. Son hombres que pasan de noche o a plena luz del día, destruyendo lo que los pobladores vuelven a levantar. Al principio botaban las flores, apagaban las velas, despegaban de las murallas carteles que lo nombraban, y borraban los rayados que denunciaban que allí lo habían asesinado. Se robaron también las cruces y hasta sacaron con sierra una de fierro, levantada sobre cemento. Los vecinos aseguran que son funcionarios de la Municipalidad. "Hay uno, el Guatón Quinteros, que viene en una camioneta y yo le salgo a gritar que por qué no dejan descansar en paz a ese hombre, que hasta cuándo lo siguen molestando", cuenta otra pobladora que ve a "Pepito", todas las tardes, con su camisa blanca, su pantalón gris y sus lentes. "Créame, yo lo veo. A veces le pido cosas. Otras, sólo voy a conversarle. Yo le digo 'mi lacho'. Voy a ver a mi lacho, aviso, y parto. A mí también me ha hecho milagros. La otra vez, fíjese, no tenía qué comer, nada para parar la olla. Salí a comprar unas papas bien lejos, buscando las más baratas y le pedí que me echara una manito. A la vuelta crucé a la animita y le dije 'Pepito, no

me *abandonís'*. En ese momento pasó un camión de la basura y me regaló un cajón de pescado. Hasta vendí pescado. Después, la otra noche, mi nuera que está de seis meses de embarazo, casi pierde su guagüita. Yo me le encomendé y le pedí que nos ayudara. No perdió la guagua". Su hijo, el padre de la guagüita, un conscripto de la Fuerza Aérea mira callado y asiente: "Es cierto, es milagroso".

Con José Carrasco, los asesinos volvieron a equivocarse. El también era de los muertos que nunca mueren.

Epílogo

El comando asesino

Desde el 20 de octubre de 1986 el ministro Aquiles Rojas, de la Corte de Apelaciones de la jurisdicción Pedro Aguirre Cerda, investiga los asesinatos de Felipe Rivera, Gastón Vidaurrázaga, José Carrasco y Abraham Muskatblit.

El magistrado fue designado originalmente para investigar el homicidio de Gastón Vidaurrázaga. Por ser la víctima hijo de una jueza, se nombró a un Ministro de Fuero para iniciar el proceso. Entretanto, las familias de los otros asesinados y el Colegio de Periodistas interpusieron querellas por homicidios calificados ante distintos Juzgados del Crimen. La caracterización de los crímenes, la aparición de un comando que se adjudicó las muertes y el surgimiento de pistas coincidentes en los

procesos -descripciones de los asesinos y automóviles- hicieron a los abogados solicitar la acumulación de las causas por estimar que las cuatro muertes fueron obra de una misma organización delictual con características muy particulares. El 20 de octubre la acumulación de los procesos fue aceptada.

El grupo criminal que cometió los cuatro asesinatos hizo pública su existencia el 12 de septiembre, cuando una voz masculina se comunicó telefónicamente con varias agencias de noticias para señalar que el "Comando Septiembre Once" era el autor de las muertes. La voz precisó: "Cinco fueron los muertos en el atentado al Presidente Augusto Pinochet y muy pronto habrá un quinto muerto, uno por cada escolta asesinado".

El "Comando Once de Septiembre" realizó su cometido sólo cinco horas después del fallido atentado. Mientras la mayoría de los chilenos permanecían pendientes de las noticias de la televisión, sus integrantes planificaban su recorrido mortal, que en la primera noche cobró tres víctimas. Ese domingo 7 a muchos televidentes les llamó la atención unos avisos de utilidad pública que aparecían de tanto en tanto por la red del canal nacional. Su contenido y la insistencia con que se repetían eran, por decir lo menos, extemporáneos: mientras el país aún no sabía si el General Pinochet había sobrevivido al atentado, uno de los avisos citaba a los "socios del Club Deportivo Papillón" a "reunirse en Colina". El otro pedía "sangre, para Estanislao Matta y Rosa Granate".

Recorrido mortal

A las 2 de la madrugada del 8 de septiembre, el comando llegó a su primer destino: la casa del electricista Felipe Rivera Gajardo (49 años, casado, sin hijos) en la comuna de Pudahuel. Saltaron murallas, golpearon puertas y ventanas y entraron a la casa a la fuerza. Encapuchados y armados, preguntaron por "Mao" -nombre político de Rivera en el período de la Unidad Popular, cuando militaba en las Juventudes Comunistas-. Dijeron que los había mandado el "Frente". Ni Felipe Rivera ni su esposa les creyeron. El alcanzó a advertirle a su mujer: "Yo no conozco a estos gallos, llama a la vecina". No hubo tiempo. Rivera fue sacado bruscamente y, a medio vestir, lo subieron a un taxi con los vidrios polarizados. Fue encontrado horas más tarde en un sitio eriazo, en las cercanías de la Municipalidad de Pudahuel. Tenía 14 balas en el cuerpo.

Cerca de las cuatro de la madrugada, Gastón Fernando Vidaurrázaga, 29 años, profesor básico, dormía en su casa en la comuna de San Bernardo junto a su familia. Fuertes golpes en la puerta los despertaron. Seis civiles armados con metralletas y con sus rostros cubiertos con pasamontañas, derribaron la puerta. Vidaurrázaga fue sacado en slip y camiseta, mientras su esposa e hija de tres años se refugiaban en el patio de la casa. Los secuestradores se movilizaban en un taxi y un auto Chevrolet opala rojo. El cuerpo sin vida del joven profesor apareció horas después en un costado de la ruta

cinco sur, a la altura de San Bernardo. Tenía 16 impactos de bala en el cuerpo.

Al promediar las cinco de la madrugada, el comando se trasladó hasta el Barrio Bellavista. Un hombre muy alto y otro más pequeño echaron abajo la puerta del departamento de José Carrasco. Apuntándole con un arma, lo sacaron de su casa, lo subieron a un furgón y enfilaron hacia el Cementerio Parque del Recuerdo. Allí lo asesinaron.

En la madrugada siguiente los asesinos reanudaron su macabra faena. A las 2.15 horas llegaron a la casa del publicista Abraham Muskatblit, en las cercanías de Puente Alto. Su mujer se despertó al sentir pasos de gente que corría en el jardín. Los sujetos, armados con metralletas cortas y uniformados con trajes verde oscuro, ingresaron a la casa rompiendo las chapas de las puertas. Obligaron al matrimonio y sus dos hijos a colocarse frente a una pared con los brazos en alto, revisaron el carné de identidad de Muskatblit y se lo llevaron. Un hombre extremadamente alto daba las órdenes. El cuerpo del publicista fue abandonado en el camino a Lonquén, en un canal de regadío con siete balas en el cuerpo.

La que pudo ser la quinta víctima anunciada por el comando, eludió su destino. Un llamado anónimo la puso en aviso. La tarde del 12 de septiembre, la hermana de Luis Toro, abogado de la Vicaría de la Solidaridad, escuchó una voz amable y familiar que le advirtió que el

profesional podría ser la próxima víctima. El aviso permitió al abogado tomar medidas de precaución. A las dos de la mañana del 13 de septiembre, el comando llegó a su casa. Toro sintió ruidos de auto en la calle y se asomó a la ventana: vio a cuatro sujetos saltando la reja, ingresando al jardín y escuchó cómo intentaban forzar una de las puertas de la casa. En la calle los esperaba un auto café oscuro, moderno, modelo americano. Mientras Toro llamaba a la policía, los sujetos se fueron. Minutos después llegó un segundo grupo que se movilizaba en un jeep. Tocaron el timbre y le dijeron que sabían que tenía problemas, que bajara a conversar, que eran carabineros de un servicio especial. Toro se negó a bajar y les advirtió que había avisado a la policía. Los sujetos escucharon algo por un transmisor que tenían en el vehículo y se fueron. Dos minutos después llegó un radiopatrullas de Carabineros.

Premeditación y alevosía

El comando homicida que vengó a los cinco guardaespaldas del General Pinochet, reunía características muy especiales: pudo desplazarse sin problemas por una ciudad con toque de queda y bajo Estado de Sitio recién implantado; manejaba información que podría calificarse de "inteligencia"; contaba con una sofisticada infraestructura para cometer los crímenes y sus integrantes actuaron con "notable profesionalismo".

Para planificar el recorrido mortal que realizaron en la madrugada del 8 de septiembre, el comando debió contar

con información especializada, que no es de dominio público. En las cinco horas que mediaron entre el atentado y el primer secuestro manejaron datos claves, como los domicilios de sus víctimas. No todos éstos eran públicos ni aparecían en la guía telefónica, por lo que es dable suponer que era información que manipulaban con anterioridad o que bien tuvieron acceso a un archivo muy especial. Los asesinos sabían también de las trayectorias políticas de sus víctimas, información que debió pesar en el momento de elegirlas. Sabían que Felipe Rivera había sido un dirigente comunista durante la UP y conocían incluso su nombre político, que ya no usaba. También debieron saber que el hermano de su esposa, Diego Lira Matus, estaba preso por el caso del hallazgo de arsenales en Carrizal Bajo. Lira Matus fue torturado y sus interrogadores lo habían amenazado de muerte a él y su familia, entre ellos a su cuñado Felipe Rivera. El comando también sabía que Abraham Muskatblit había sido un militante comunista mencionado en las confesiones del agente Miguel Estay Reino, "El Fanta", en un proceso que investigaba el destino de diez militantes comunistas detenidos desaparecidos. También sabían de la importancia de José Carrasco en el MIR.

El comando contaba además con muchos medios, por lo menos seis autos y muchas armas. De acuerdo a las versiones de los testigos, en dos ocasiones fueron vistos un furgón utilitario y un taxi. También se vio dos o tres veces un modelo Datsun, además de un Chevrolet Opala rojo, un auto americano café oscuro y un jeep azul.

Contaban también con mucha seguridad y tranquilidad para actuar. Todos los secuestros se efectuaron durante las horas del toque de queda. Los controles y patrullajes policiales y militares habían sido reforzados esa noche para ubicar y detener a los autores del fallido atentado. Sin embargo, los hombres del "Comando Septiembre Once" no tuvieron dificultades para desplazarse en varios autos y fuertemente armados, durante dos noches seguidas.

Acabaron con sus vícümas con una metodología que repitieron con precisión y frialdad. Fueron rápidos y eficientes en su brutal cometido. En una sola noche fueron capaces de llevar a cabo tres secuestros y homicidios. Su alta preparación para cometer los delitos fue señalada en un escrito ante la Corte por la jueza Yolanda Manríquez, madre de Gastón Vidaurrázaga: "...se encuentran altamente adiestrados para su acción, atendida la forma de operar, especialmente si se considera el corto lapso nue transcurre entre un delito y otro. Además no se dejan amedrentar, ya ue vuelven a cometer un nuevo delito (el asesinato de Muskatblit) a sólo 24 horas del primero".

En todos los secuestros no hubo interrogatorios ni tortura de por medio. Tampoco allanamientos en los domicilios. Los cuatro hombres fueron sacados de sus casas con la decisión tomada de asesinarlos. Sin embargo, como señalaron en otro escrito los abogados Carmen Hertz y Jaime Hales en relación al homicidio de José Carrasco, "se lo llevaron para no matarlo allí delante de

todos, pues, aparentemente, necesitaban algo de tiempo durante el cual debía mantenerse en penumbra la circunstancia del crimen". Por todas las características del comando antes descritas, los abogados indicaron en el mismo escrito que "el más elemental raciocinio nos habrá de llevar a la conclusión de que los asesinos deben ser buscados entre personas afectas al régimen imperante, muy fanáticas, o dispuestas a cumplir sin vacilar cualquier orden, preparadas para actuar y dar muerte a seres humanos con bastante facilidad". Al referirse a las facilidades de los asesinos para desplazarse bajo Estado de Sitio y toque de queda, indicaron:".. .el grupo de fascinerosos no sólo estaba integrado por personas que tienen simpatía en grado de fanatismo a las actuales autoridades políticas del país, sino que tienen un grado de autoridad que les asegura el desplazamiento expedito a través de la ciudad. Es decir, quienes cometieron estos crímenes eran portadores de salvoconductos o ERAN PERSONAS DE AQUELLAS QUE NO NECESITAN SALVOCONDUCTOS PARA DESPLAZARSE". Por su parte, la jueza Yolanda Manríquez concluyó en su escrito: "los hechos señalados no son improvisados, no podrían considerarse como la expresión espontánea de un grupo cualquiera de insanos que, actuando independientemente, cometen los delitos señalados, sin una orientación determinada. Por el contrario, se trata de acciones perfectamente coordinadas, lo que revela una planificación central cuya finalidad apunta a 'eliminar' físicamente a personas que, a lo más, lo único que podrían tener en común es ser

opositores al actual gobierno". La forma de actuar de los asesinos, agregó el escrito, "demuestra la existencia de una extensa y peligrosa organización criminal en la que tienen que haber intervenido, en distintos niveles y jerarquías, numerosas personas que han asumido tareas específicas. De acuerdo a lo anterior tenemos entonces autores intelectuales, los encargados de la implementación y de la infraestructura, y ejecutores materiales".

"Once de Septiembre"

En la investigación de los cuatro asesinatos, el ministro Aquiles Rojas ha contado con un elemento inesperado: un proceso instruido a un comando también llamado "Once de Septiembre", por el fiscal militar de la causa, Juan Guillermo Michelsen bajo el rol 1500-83. La información acerca de la existencia de este proceso llegó al Colegio de Periodistas a través de un comunicado de prensa firmado por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, FPMR. Este entregaba detalles sobre los miembros y tipos de trabajo que habría realizado este comando. El proceso, indicó el comunicado, fue sobreseído. El FPMR en su informe indicaba que a partir de la información proporcionada no era posible "concluir categóricamente que el actual 'Comando Septiembre Once' está compuesto por las mismas personas". Los abogados de los familiares de las víctimas, no obstante, pusieron en conocimiento del magistrado la información, por considerar que la coincidencia merecía ser investigada judicialmente.

Informaciones extraoficiales han señalado que el ministro Aquiles Rojas habría tenido acceso al proceso instruido por la justicia militar. Su acuciosa investigación lo llevó incluso a citar a declarar a Francisco Fuentes Ciscutti, quien aparecía sindicado como el jefe operativo de este comando. La posibilidad de hacerlo surgió porque Fuentes Ciscutti está preso desde hace más de un año, procesado por delitos comunes y otros que estarían vinculados a la justicia militar. Y, al parecer, Fuentes Ciscutti estaría muy dispuesto a colaborar en la investigación judicial, a la luz de una confesión suya en que señaló que "consciente de mis facultades mentales y sin actuar bajo presión alguna, frente a los acontecimientos que vive el país y la desaparición de personas por parte de organismos no identificados, entrego a los organismos que a continuación indico: Comité Internacional de Derechos Humanos, Delegación de la Cruz Roja Internacional, Embajada de Francia, Embajada de Italia, Arzobispado de Santiago, la siguiente declaración". En la confesión Fuentes Ciscutti reconoció su participación en el "Comando Once de Septiembre", entregó nombres y dio cuenta de su trayectoria:

> *"Fui integrante en el tiempo de la Unidad Popular del MAPU en la Universidad Técnica de Punta Arenas. Con posterioridad al pronunciamiento militar fui reclutado por el Ejército en el Departamento CIRMA dependiente de la Quinta División del Ejército, donde presencié los arrestos de más de 50 personas, incluyendo al señor*

Galetovic, el cual posteriormente, después de permanecer como preso político, abandono el país en calidad de asilado. También me tocó estar presente en el Regimiento Nº II Caupolicán, Porvenir, Tierra del Fuego, en chequeo y control de presos políticos, donde el oficial de fuero de Inteligencia para retirar a las mencionadas personas, era el teniente de Reserva Julio Márquez, ex funcionario de la ENAP (...)

"Una noche, el mencionado teniente Márquez, después de ejecutar a cinco personas, dijo que habría que decir que se fugaron del regimiento. Las personas que recuerdo figuraban entre las cinco, eran el profesor primario de la Escuela Fiscal de Porvenir, Héctor o Ramón Baigoni, yo lo conocía porque él era miembro del Mapu e incluso varias veces me hizo clases particulares. El segundo (...) era Ramón González, un ejecutivo, casado con la profesora de la Escuela Básica, de Punta Arenas, Genoveva Toro, (...) las otras personas eran gente universitaria que provenían de distintos puntos del país, para estudiar en la Universidad Técnica de Punta Arenas. En la mañana temprano, previa a la ejecución de las personas, se les colocó pastillas en los líquidos que ingirieron y se observó el comportamiento, y en la noche se

les sacó en un station Chevrolet de color amarillo, de propiedad de un señor Smith, en dirección a campo abierto a 10 kms. del regimiento, una vez llegado ahí, la gente comenzó a clamar por su vida, porque presentían que los iban a ejecutar, pero el teniente Márquez les dijo que se consideraba una buena persona, así que se largaran a correr y trataran de irse a Río Grande, sector argentino, y él lo daría como fuga. No tuvieron otra alternativa y en ese momento al dirigirme a la camioneta para traer la bitácora, sentí las descargas, y los cuerpos con sus ropas ensangrentadas estaban en el suelo, dos de los jóvenes universitarios trataron de incorporarse, pero fueron rematados por los demás agentes. También me tocó estar en la llamada Casa del Deportista, al lado del Gimnasio de Punta Arenas, donde funcionaba el Servicio de Inteligencia Regional. En más de cinco oportunidades me tocó ver torturas, en su mayoría jóvenes universitarios. Estas eran dirigidas por el señor Gutiérrez, agente; Luis Vidal Aguayo, cabo de la Fuerza Aérea, y Jorge Larraín, Coronel de Aviación de la DIFA. A este coronel lo apodaban Harry el sucio, actualmente el coronel Larraín se desempeña en el DINE de calle Presidente Ríos entre Alameda y Santa Rosa, Santiago.

Una de las mujeres torturada fue la señora Ema Filosa de Albarrán la cual fue conducida al interrogatorio recién operada, recobrando su libertad de inmediato por orden del coronel de Ejército Miguel Cerda González. "En el año 74 ingresé a la Escuela de Ejército de San Bernardo y el año 75 fui designado en la Escuela de Suboficiales del Ejército, en el curso de Combatiente Especial para Comando de Infantería y Fuerzas Especiales, en la unidad de fusileros. El director del plantel era Osvaldo Hernández Pedreros, actual Intendente de Santiago. Faltando 25 días para mi graduación me retiré en forma voluntaria, regresando a Punta Arenas. Fui detenido por el Servicio de Inteligencia, los cuales me preguntaron el porqué de mi retiro, pero como mi padre era militar y Jefe de Control de Armas y Explosivos del Cuartel General de la Quinta División del Ejército fui dejado en libertad al quinto día. (...) fui a Buenos Aires por unos meses mientras se olvidaban de mí. Regresando a Chile estudié mi profesión actual en Santiago, técnico ortopedista, perito estético terapista con mención en Tanatología, 'Medicina Legal'.

"En 1979, frente al conflicto limítrofe con la Argentina, fui llamado al servicio activo

como oficial, enviándome a la zona fronteriza de la Patagonia Austral.

En 1980 el Ejército me ofreció, a través de la CNI, si quería trabajar en la Clínica de la CNI de Av. República 517, lo cual no acepté y me dediqué a trabajar en forma privada. "En 1982, ingresé al Regimiento Tacna al curso AOR de reserva como para-médico, donde se preparaban los cursos de represión que actúan en las calles, poblaciones y universidades (...). "En 1983, el Servicio de Inteligencia Militar, me solicitó que deberíamos formar un Comando Anti-Subversivo cuyo nombre sería 'Comando Septiembre 11' o 'Comando Once de Septiembre' (...)"

Informes coincidentes

En el comunicado que recibió el Colegio de Periodistas se dio cuenta de un "informe preparado para el Ministerio del Interior por el abogado asesor del Gabinete don Hugo Ortiz de Filippi". Allí se describía al "Escuadrón CC 11, Comando Coordinador 11 de Septiembre" como un "escuadrón antiterrorista de infiltración, fuente de contrainteligencia formado por civiles, oficiales militares de planta y oficiales militares de reserva pertenecientes a las unidades: Regimiento Arsenales de Guerra,

Regimiento Tacna, (CECOE) Centro de Cohetería del Ejército, (CNI) Central Nacional de Informaciones, (DINE) Deparlamento de Inteligencia Nacional del Ejército".

Acerca de sus misiones el informe precisó textualmente:

> *"-Reunir información de inteligencia-conexión*
> *Grupos políticos y de prensa extranjera*
> *Grupos religiosos y control de parroquias*
> *Grupos poblacionales y universitarios -Operación silencio*
> *a) Dirigentes políticos, universitarios y prensa".*

Por su parte, Fuentes Ciscutti confirmó estos datos en su confesión. Allí, al referirse a su participación en el "Comando Septiembre Once" indicó: "que dentro de la programación nos comunicábamos con nuestros enlaces al teléfono 592020, teléfono de la Escuela de Inteligencia 'San Bernardo'. Como no podían figurar militares de planta en el ministerio y el comando dependería del Ministerio del Interior, fui elegido como capitán del comando y jefe de operaciones de enlace, entre el Ministerio del Interior y el Ejército". Agregó que el "escuadrón

tenía como misión, el control de personas, control de parroquias, grupos religiosos, grupos universitarios, dirigentes políticos y poblacionales. Para estos efectos se contaba con el conocimiento del asesor del Ministerio del Interior, abogado Hugo Ortiz de Filippi y sus secretarias Paulina y Ximena, además del jefe de la presidencia, coronel Morgado". Entre las actividades desarrolladas por el comando, Fuentes Ciscutti indicó que "durante las noches detuvo y secuestró a numerosas personas, trasladándolas al Regimiento Escuela de Paracaidistas Peldehue". Asimismo indicó que el comando "recibió la orden de interrogar y torturar sicológicamente a la sicóloga Andrea Hales".

El ex agente entregó, asimismo, una nómina de sus miembros: "Teniente activo del Ejército de dotación de Arsenales de Guerra, Hugo Hurtado Latorre; teniente de Infantería del CECOE, Centro de Cohetería del Ejército, Mario Larenas, actual jefe de la Policía Militar de FAMAE; teniente Marcos Lucare, del Regimiento de Arsenales de Guerra, hijo del subdirector de la Escuela de Inteligencia; Teniente Patricio Alejandro Ellios Rodríguez, enlace del CNI; teniente Arturo Quiroga (ex DINE); Patricio Torres, CNI. Estos últimos tres oficiales pertenecen al Regimiento Tacna, Centro de Oficiales de Reserva. Además los civiles Renato

Bolton Troncoso, Patricio López Acosta, Eliseo Muñoz Núñez, Julio Morales, Doctor César Domínguez Guayiller (cirujano)". En el informe entregado al Colegio de Periodistas se repitieron los mismos nombres, omitiéndose los de el teniente Marcos Lucare y del doctor Domínguez, y agregándose el del civil Alfonso Bolton Troncoso.

En su declaración el ex agente dio también nombres al referirse a los cursos de represión que realizó el año 82 en el Regimiento Tacna. "Entre las personas que dirigen el curso, indicó, están: El mayor de Ejército Carrasco, capitán Jorge Amagada de la Cuadra, capitán Patricio Cardemil, capitán Villarroel, teniente Patricio Torres (CNI), teniente Patricio Alejandro Ellios (CNI), teniente Arturo Quiroga (ex DINE), subteniente Arturo Marshall, hijo (seguridad)". Al referirse a los "apoyos de inteligencia", Fuentes Ciscutti aportó con más nombres: "Brigadier Sharlin, profesor de Inteligencia Militar, comandante del Regimiento Arsenales de Guerra. En esta misma unidad estaba el mayor Rebolledo y el capitán Salgado de Inteligencia Militar".

El ex jefe operativo del comando también proporcionó detalles acerca de los autos que utilizaban: "un Ford Corcel color rojo, conducido por el teniente Hugo Hurtado

Latorre. En su interior iban dos fusiles ametralladoras marca UZI, dos granadas de fabricación española, cuatro granadas lacrimógenas para dispersar multitudes, una pistola marca Walters, una bengala de fabricación española, una baliza de color rojo, además de un mapa con el área de todas las unidades, más una radio transmisor. El segundo vehículo era un Suzuki utilitario con las mismas armas".

Esperanzas de justicia

Los avances en la investigación del ministro Aquiles Rojas son aún desconocidos. El magistrado trabaja discretamente. No se sabe qué pasos está dando, ni tampoco si las pistas conseguidas han podido ser mayormente investigadas. Aunque sí ha acumulado mucha información: las declaraciones de Fuentes Ciscutti y el proceso contra el CU, instruido y sobreseído por la justicia militar, han sido hasta ahora el eje de su investigación. Entretanto, la colaboración de otros organismos oficiales para el proceso no se ha traducido en aporte alguno.

Así ha quedado demostrado en los resultados de diversas diligencias ordenadas por los magistrados que han tenido en sus manos la investigación. A solicitud de los abogados querellantes, se pidió a la Jefatura de Zona de

Estado de Sitio la nómina de salvoconductos entregados a los vehículos que pudieron circular en la madrugada del lunes 8 de septiembre. La jefatura respondió que no podía entregar esos antecedentes "por razones de orden práctico". Los abogados también pidieron que se solicitara la nómina y se citara al personal de Carabineros que estuvo de guardia o permaneció en el recinto de la Tenencia El Salto durante la noche del día 7 al 8 de septiembre, y especialmente cerca de las 5 horas. Frente a dicho recinto policial debieron pasar necesariamente los secuestradores y asesinos de José Carrasco. La primera respuesta a la diligencia fue el envío de los nombres de dos policías que habían estado la noche anterior al crimen en la tenencia.

Los abogados querellantes Carmen Hertz y Jaime Hales han solicitado otra serie de diligencias vinculadas al asesinato de José Carrasco, de las cuales se desconocen por ahora los resultados. Una de ellas pedía que se citara al Ministro Secretario General de Gobierno, Francisco Javier Cuadra, para que explicase las declaraciones en que aseguró que las cuatro muertes investigadas eran consecuencia de una purga interna de sectores marxistas y que estaban relacionadas con el fracaso del atentado contra el General Pinochet. Otras diligencias pedidas fueron: que se oficie al Registro Civil -

organismo que mantiene la información sobre vehículos motorizados- para que entregue la nómina completa de los vehículos Datsun Stanza, Toyota 1.6 -automóvil- y furgones Subaru del tipo utilitario; ofició a la Jefatura de Zona en Estado de Sitio y Zona en Estado de Emergencia para que den cuenta de las unidades policiales o de las Fuerzas Armadas que tuvieron a su cargo la vigilancia de los sectores aledaños a la casa de José Carrasco, y el barrio Recoleta la noche en cuestión; copia íntegra y auténtica del libro de novedades de la Tenencia El Salto, correspondiente a la noche del 7 de septiembre y al día siguiente; citación del personal que estaba en la Tenencia con posterioridad a las cinco de la mañana y hasta el mediodía, para que declare circunstanciadamente sobre la oportunidad y forma en que se enteraron de la presencia del cadáver de José Carrasco en el sector; ofició a Investigaciones para que se diga la razón por la cual no se tomó contacto con la familia del occiso una vez que se determinó su identidad mediante el procedimiento de huellas dactilares; ofició al Ministerio de Defensa Nacional para que señale qué instituciones dependientes de esa repartición o vinculadas con ella, tienen en su dotación vehículos como los que fueron usados por los secuestradores que asesinaron a José Carrasco.

Entretanto, el trabajo de la publicitaria Brigada Especial creada por la Policía de Investigaciones para aclarar las muertes arrojó insólitas conclusiones. El grupo fue disuelto con bastante menos publicidad que cuando fue creado. Al respecto, el abogado de la familia de Abraham Muskatblit, Jorge Mario Saavedra, comentó: "El Director de Investigaciones, Fernando Paredes, designó una comisión especial para investigar estos crímenes. Nosotros le prestamos bastante ayuda a pesar de nuestras reticencias. La brigada tomó huellas, investigó y de repente a sus integrantes se les designó a otros casos, y se acabó la brigada. Se da la paradoja que ese grupo realizó mucha investigación y los informes son increíblemente infantiles, como que las víctimas murieron 'por balas' y por 'acción de terceros', en circunstancias que en mi propia oficina, Investigaciones interrogó a testigos para después hacer ese informe increíble. Hay constancia de que a una jueza, Berta Rodríguez, le negaron auto y bencina para hacer una importante diligencia".

Para Jaime Hales, uno de los abogados de la familia de Carrasco, el descubrimiento de la verdad, no debiera ser difícil: "Sabemos dónde encontrar a los culpables. Podemos presumir su Rol de Pagos. Sabemos el poder que tienen, que pueden desplazarse cargando armas en noches de toque de queda y Estado de Sitio. Que

pueden pasar a través de barreras y saludar guardias armadas en las calles sin ser detenidos. Pero, mientras no haya voluntad de parte de la autoridad policial, administrativa y militar no se van a saber los nombres de los asesinos, que es el único dato que falla. No basta con tener un buen juez. Hay que tener un buen aparato investigador que no hay. Incluso, tampoco basta con eso. Hay que tener investigadores con voluntad". La conclusión para Hales es tajante: "Era más fácil encontrar a los culpables de estos asesinatos que a quienes participaron en el atentado contra el General Pinochet".
